

**SEGUIMIENTO Y COMPROMISO CRISTIANO EN LA PROPUESTA
CRISTOLÓGICA DEL TEÓLOGO FRAY JESÚS ESPEJA, O.P. UN ANÁLISIS
DESDE SU OBRA: *JESUCRISTO, UNA PROPUESTA DE VIDA.***

FRAY RODRIGO GARCÍA JARA O.P

UNIVERSIDAD PONTIFICIA BOLIVARIANA

ESCUELA DE TEOLOGÍA, FILOSOFÍA Y HUMANIDADES

MAESTRÍA EN TEOLOGÍA

MEDELLÍN

2013

Contenido

Introducción	4
1. Seguimiento y Compromiso Cristiano	7
1.1 Seguimiento cristiano y su sentido fundamental	8
1.1.1 Importancia de reconocer la humanidad y la divinidad de Jesús, aspectos indisolubles	19
1.1.2 Compromiso con la construcción del Reino	29
1.2 El encuentro y la experiencia con Jesús conllevan el seguimiento y el compromiso	35
1.2.1 Experiencia de seguimiento en las primeras comunidades cristianas	35
1.2.2 La importancia de descubrir la verdadera 'Imagen de Dios'	41
1.2.3 Jesús, punto de referencia inabarcable para el compromiso	46
1.3 La identidad del creyente cristiano	53
1.3.1 La Encarnación	53
1.3.2 Confrontación de los temas de la libertad y del seguimiento en Jesús Espeja	59
1.3.3 La moral cristiana en el ámbito del seguimiento	64
2. Problemática del Seguimiento y el Compromiso cristiano en el contexto de la Época Contemporánea	70
2.1 Presupuestos de la Modernidad	74
2.2. Presupuestos cristianos frente a la Modernidad y el mundo actual	85
2.2.1. El bienestar de la existencia humana, prioridad para Dios	96
2.3 Seguir a Jesús en una época que aparentemente no tiene sentido	104
2.3.1 Retos del seguimiento y compromiso en la época actual	104
2.3.2 Jesús sigue siendo Buena Noticia	107
2.3.3 Dios se hace presente en Jesús en la historia del hombre	115
2.3. La salvación ofertada en Cristo desde la época de la indiferencia, el secularismo y la increencia	126
2.3.1. ¿En qué Dios se cree?	126
2.3.2. La experiencia de Jesús nos empuja a compadecernos del mundo	131
2.2.3.1 En el seguimiento hay que renunciar a los ídolos falsos	140

3. Vivencia y Seguimiento de Jesús, en el Contexto Latinoamericano Actual, a la Luz de la Cristología de Jesús Espeja, O. P.	145
Introducción	¡Error! Marcador no definido.
3.1 Antecedentes de estudios cristológicos en América Latina: el tema de Jesucristo Liberador	152
3.2 Algunos retos y desafíos desde la Cristología de Latinoamérica y el Caribe	171
3.3 Retos que se perciben en el contexto latinoamericano a nivel de seguimiento cristiano, desde la obra de Jesús Espeja	174
3.4 La vivencia de Jesús desde la experiencia del compromiso socio/cultural/político y económico: Impacto de la cristología de Jesús Espeja en el contexto latinoamericano	182
3.4.1 El significado de ser cristiano como seguimiento a Jesús en la Obra de Espeja	182
3.4.2 El seguimiento a Jesús como reconocimiento de su Señorío	183
3.4.3. Seguimiento de Jesús como aceptación de su proyecto	185
3.5 Jesús, punto de partida y de llegada en los retos de la Nueva Evangelización en América Latina y el Caribe	186
3.5.1 El seguimiento de Jesús como estilo evangélico de vida	186
3.5.2 El seguimiento de Jesús como vivencia comunitaria	189
3.5.3 El compromiso y seguimiento cristiano, implica vida digna, personal y comunitaria	197
Conclusiones del Tercer Capítulo	205
Conclusiones Generales	207
REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS Y CIBERGRÁFICAS	213

Introducción

El siguiente trabajo investigativo es fruto de una reflexión teológica realizada en torno a dos categorías importantes y claves para una lectura cristológica desde Latinoamérica y el Caribe y que tiene como telón de fondo la obra del teólogo español Jesús Espeja, O.P., dichas categorías son “seguimiento” y “compromiso cristiano”.

En este trabajo teológico, se coloca en evidencia, el horizonte de reflexión cristológica analizada en la obra del teólogo español, que presenta un diálogo fecundo entre los principios elementales de la fe cristiana y la compleja realidad del mundo y la sociedad actual, marcada por unas circunstancias históricas, culturales y religiosas complejas, paradójicas y ambivalentes; razón por la cual el seguimiento de Jesús, invita a recrear las actitudes fundamentales del cristiano en un contexto nuevo, que requiere creatividad, originalidad y coraje en el testimonio y compromiso de vida cristiana hoy.

De la misma manera, este trabajo brinda unos importantes elementos en clave cristológica para abordar el diálogo entre fe-cultura-mundo de la vida y ofrece pistas para una nueva comprensión cristológica del seguimiento y compromiso cristiano desde la difícil realidad de Latinoamérica y el Caribe. Esta compleja problemática se aborda en este trabajo de tesis de maestría en teología, en tres capítulos.

En un primer capítulo se aborda una reflexión sobre la temática compleja y vital que busca esclarecer el verdadero rostro de Jesús de Nazaret, en la obra de Espeja; se trata de un rostro manifestado en la profesión de fe cristiana que reconoce la humanidad y la divinidad de Jesús, dos aspectos y/o dimensiones cristológicas indisolubles dentro del marco del misterio de su Encarnación. De ahí se deriva el sentido simbólico del compromiso con la construcción del Reino, como desdoblamiento de la categoría evangélica del “seguimiento cristiano”. Para alcanzar estas exigencias y ambiciosas metas es ineludible vivenciar el encuentro, la experiencia personal y comunitariamente con Jesús de Nazaret, que indefectiblemente conducen al seguimiento y al compromiso cristiano del Cristo de la Fe.

Este fue el encuentro y la experiencia de seguimiento en las primeras comunidades cristianas y su prístina comunión fraterna ('Koinonía') descrita en los Hechos de los Apóstoles, en orden a recuperar y redescubrir la verdadera Imagen bíblica, veterotestamentaria de Dios y que posteriormente marcó la visión del Dios de la Vida que predicó y vivió Jesucristo.

En el segundo capítulo se presenta un análisis entre fe cristiana y cultura contemporánea (postmoderna); en él se da cuenta del análisis del teólogo Jesús Espeja, sobre el estado de una sociedad que cada día es más laica, plural y postcristiana, una cultura caracterizada por el reclamo constante del hombre por su autonomía y libertad, incluyendo el rechazo a todo lo que suene a religión; sumado a lo anterior, el reclamo va acompañado por actos de injusticia y falta de solidaridad, como es el caso de la división entre aquellos que tienen posibilidades y otros que sufren extrema pobreza, injusticia y la falta de solidaridad, a estos fenómenos, se suma una inadecuada interpretación de la vivencia cristiana desde una visión parcializada de un Dios lejano e indiferente ante el dolor del hombre, imagen tergiversada de la experiencia del Dios de la Vida presente en Jesús Nazaret.

De la misma manera, este trabajo teológico, basado en la elaboración cristológica de Jesús Espeja, analiza las afirmaciones sobre la imagen de Dios que está presente en los seres humanos, y que desde su experiencia se descubre la importancia de no encasillarlo en conceptos ni categorías relativas a una sola religión, pues el encuentro real con Dios parte de una experiencia viva y contextualizada como la vivió Jesús y que es patrimonio de todos los hombres de buena voluntad; por lo tanto él, en Espeja, se afirma como la piedra fundamental de esta vivencia el ejemplo fundamental a seguir en el camino inacabable pero si reconfortante del encuentro de Dios con el hombre.

En un tercer capítulo se delinea la vivencia y el seguimiento de Jesucristo, en el complejo contexto latinoamericano actual, y para esto se delimitaron los antecedentes liberadores de Jesucristo en América Latina, identificando las luces y las sombras del medio milenio de Evangelización latinoamericana, y reconociendo muchas falencias en el testimonio del mensaje evangélico, opacado no pocas veces como muchos lunares que han opacado la

gracia del Señor. A todas luces, autores reconocidos aunque muy controvertidos, como Leonardo Boff, Jon Sobrino, José Comblin y Gustavo Gutiérrez, pioneros de una Teología Liberadora en nuestro 'Continente de la Esperanza', ayudan a esclarecer nuestro panorama, así como también el trabajo teológico de muchos pensadores europeos que respaldan esta válida línea latinoamericana y que son autores ampliamente reseñados en nuestro texto. No obstante, es en la Sagrada Escritura -sobre todo en el Evangelio- donde más firmemente fundamentamos nuestra posición teológica, como se evidencia en este capítulo.

Es por esto que el presente proyecto investigativo, profundiza en la vivencia de Jesucristo, desde la experiencia del compromiso socio/cultural/político y económico, como se infiere del impacto de la cristología de J. Espeja en el contexto latinoamericano y caribeño. En efecto, se trata de cuatro ineludibles coordenadas actuales que condicionan inevitablemente el significado de ser cristiano como seguimiento a Jesús, según el enfoque del teólogo dominico, marcado por el reconocimiento de su presencia salvadora en América Latina y el Caribe.

Por último, se espera que este trabajo investigativo sea un aporte a la conceptualización de la categoría teológica del 'seguimiento' de Jesucristo -tan recalcada en la Conferencia Episcopal Latinoamericana de Aparecida (Brasil, 2007) y que se traduce concreta e históricamente en la radical aceptación de su proyecto, asumiendo a Jesucristo como punto de partida y de llegada en los retos de la Nueva Evangelización en América Latina y el Caribe, en su estilo evangélico de vida, llamada que se plenifica en una vivencia comunitaria, que conlleva un transparente compromiso y seguimiento cristiano, y por ende implica una vida digna, personal y comunitaria.

1. Seguimiento y Compromiso Cristiano

Frente a la temática del seguimiento y compromiso cristiano hoy en América Latina¹, el teólogo dominico fray Jesús Espeja sostiene que para ser un auténtico cristiano, el creyente debe *seguir y comprometerse* con Cristo, y para que esto suceda es importante un encuentro personal y de Iglesia (entendida como comunidad creyente) con la Persona y el proyecto de Jesús de Nazaret. Esta experiencia es la que transforma la vida, suscitando una verdadera conversión y llevándonos a salir de sí para compartir la vida con los demás. Por lo tanto, conociendo a Jesús, el ser humano se relaciona con Dios y con los demás de una manera fehaciente. Así lo manifiesta la enseñanza de los primeros cristianos que experimentaron al Resucitado. Estos primeros Apóstoles fueron testigos de la alegría, la paz, el perdón, y la valentía que los llevó al encuentro testimonial con los demás hombres. En nuestro mundo actual esta experiencia es de singular importancia rescatarla, pues es necesario un encuentro personal con Jesús que nos lleve a un *seguimiento*, y nos comprometa con la construcción de un mundo más justo y solidario, en donde la semilla de la Esperanza se fortalezca gracias al sentimiento de experimentar a Jesús y el deseo de seguirlo en un compromiso decidido con su proyecto. En efecto, vemos que el deseo de Dios con los hombres es que todos “tengan Vida y ésta en abundancia” (Jn 10, 10²), y esto sólo es posible si se aprende a convivir como hermanos corresponsablemente, de lo

¹ “Seguir a Jesús en América latina consistirá entonces en reconocer el derecho a la esperanza, en rescatar la dignidad y empeñarse en la lucha solidaria por restaurar el rostro de Jesús en el rostro de los débiles y desprotegidos” Puebla, 27-50: Los rostros de Jesús en los rostros sufrientes de los pobres.

² Biblia de Jerusalén (1976) (...) “El ladrón no viene más que a robar, matar y destruir. Yo he venido para que tengan vida y la tengan en abundancia.” (...) Recuperado de: <http://www.pastoral-biblica.org/BIBLIA%20JERUSALEN/indexbibliaconlibros.html#>

contrario nuestras creencias y nuestra fe seguirán muertas (Cf. Sant 2,17³).

Por consiguiente, el *seguimiento* y el *compromiso* cristiano implican-según el teólogo español-, “cargar con el yugo de Jesús” (Mt 11:28-30⁴), que es, desde luego, una experiencia de alegría y paz que nos conduce a la fraternidad, con una pasión alegre por comprometernos con la llegada del Reino, pero también implica constantemente un conflicto generado por la fidelidad al seguimiento del Evangelio, primero que todo a partir de la persona misma que se compromete -porque Jesús nos pide dejarlo todo-, e incluso con las estructuras sociales que no han entendido que lo fundamental para Dios es la dignidad y la salvación compasiva de todos los hombres.

Por lo tanto, seguir y comprometernos con Jesús es apostarle a una conducta social en donde se pase del comportamiento reconcentrado marcado por una espiritualidad que evade los problemas del mundo, a una actitud de salir de sí mismo para ir al encuentro del otro con la intención de construir un mundo más justo y fraterno; de hecho, sino complementamos nuestra vida cristiana con este compromiso, literalmente no se puede llamar a un cristiano ‘testigo’ de Jesucristo.

1.1 Seguimiento cristiano y su sentido fundamental

Seguimiento y compromiso cristianos son dos categorías clave en la obra de Jesús

³ Biblia de Jerusalén (1976) “*Así también la fe, si no tiene obras, está realmente muerta.*” (...) Recuperado de: <http://www.pastoral-biblica.org/BIBLIA%20JERUSALEN/indexbibliaconlibros.html#>

⁴ Biblia de Jerusalén (1976) “28 «*Venid a mí todos los que estáis fatigados y sobrecargados, y yo os daré descanso. 29 Tomad sobre vosotros mi yugo, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas. 30 Porque mi yugo es suave y mi carga ligera.*»” (...) Recuperado de: <http://www.pastoral-biblica.org/BIBLIA%20JERUSALEN/indexbibliaconlibros.html#>

Espeja, que no se pueden comprender sino se tiene en cuenta que el punto de referencia, de partida y llegada para el autor es la persona de Jesús de Nazaret. Efectivamente, Fray Jesús Espeja, O.P, contempla la enseñanza, el mensaje y el impacto que produjo la presencia de Jesucristo en todas las personas que Él iba encontrando en su camino en su recorrido histórico por Galilea y Jerusalén, hombres y mujeres que descubrieron en Él la manifestación plena de Dios en la historia⁵; ellos entendieron esta manifestación escuchando su mensaje, viendo sus obras, e iban sintiendo que sus vidas les cambiaba cuando aceptaban su mensaje con fe. Por lo tanto, en todos los hechos históricos de Jesús, se auto-comunicaba Dios con los seres humanos, y éste era el punto de partida para entender la persona y la identidad de Jesucristo. En palabras del mencionado teólogo: *“Esta confesión cristiana, que responde a una mirada de fe sobre unos acontecimientos históricos, no inventa los acontecimientos ni procede al margen de los mismos; sólo puede ser entendida desde lo sucedido y constatado históricamente”* (2010:12).

Los seguidores más fidedignos que empezaron a ver y experimentar la salvación de Dios en Jesús de Nazaret son especialmente sus discípulos, que al sentir cómo procesualmente les iba cambiando todo su ser, siguieron a Jesús y se comprometieron con su enseñanza y mandato: *“Id y haced discípulos de todos los pueblos, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo; y enseñándoles a guardar todo lo que os*

⁵ Espeja manifiesta en su texto *Amor a Dios y Amor al prójimo* que “El seguimiento de Jesús no significa ni tolera huidas o evasión a «otro mundo» fuera de la realidad humana e histórica. Exige más bien profundización teológica sobre la historia para descubrir el paso de Dios en todos los acontecimientos y en todas las personas. No es posible seguir a Jesús, continuar su empeño por el reino de Dios, sin un clima de contemplación. En otras palabras, no es posible vivir el amor cristiano que, simultáneamente conlleva entrega incondicional a Dios y al prójimo, distinguiendo tiempos profanos y sagrados. En todo tiempo y lugar los seguidores de Cristo deben ser contemplativos, entendiendo esta palabra en clave cristiana.” (Espeja, p. 211)

he mandado” (Mt 28, 19⁶).

La experiencia con la persona y el proyecto de Jesús de Nazaret conlleva la tarea de asumir la misión de llevar a todas las naciones el mandato de bautizar desde el testimonio de Jesús; por lo tanto, todo cristiano que se comprometa en el seguimiento y compromiso con el mensaje y la persona de Jesús debe llevar fielmente con su vida la Buena Noticia a todos los hombres y mujeres del mundo. Este mensaje sólo será posible si logramos vencer los miedos y enfrentamos los retos que los nuevos contextos culturales nos van exigiendo a través de la historia, sobre todo con la confianza en la promesa de Jesús previa a su muerte y después de su resurrección: estar presente con los suyos por medio de su Espíritu hasta el final de los tiempos: *“Y sabed que yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo” (Mt 28, 20).*

Sin duda, esta promesa de Jesús nos ha acompañado durante toda la historia, y es uno de los tantos argumentos para afirmar que Jesús sigue vivo en nuestra historia, y que hoy igual que siempre palpita en nuestro contexto actual, palpita con su palabra⁷ y mensaje que, desde luego, son siempre actuales y actuantes⁸.

⁶ Biblia de Jerusalén (1976) (...) *“Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.”* (...) Recuperado de: <http://www.pastoral-biblica.org/BIBLIA%20JERUSALEN/indexbibliaconlibros.html#>

⁷ El seguimiento nace de la escucha de la palabra, como condición fundamental del amor a Dios, consistiendo en abrir el corazón y obedecerla; Lc 11, 27-28 se dijo: ... *“estaba Él diciendo estas cosas cuando alzó la voz una mujer entre la gente y dijo ¡dichoso el seno que te llevo y los senos que te criaron! Pero Él dijo: dichosos más bien los que oyen la palabra de Dios y la guardan”*

⁸ Es así como la escucha de la palabra de Dios, se convierte en una condición fundamental, que nos hace diligentes para para buscar a Dios, porque el hombre siempre está en una constante búsqueda.

El teólogo Jesús Espeja afirma que Jesucristo es “*palabra siempre nueva en las nuevas situaciones con sus interrogantes que van tejiendo nuestra existencia*” (p. 5). Por lo tanto, hablar de Jesús hoy no es algo tedioso ni es un tema acabado, ni pasado de moda, porque el Dios manifestado en Jesucristo debe ser re-creado en las nuevas situaciones e interpretaciones que el ser humano va obteniendo en el mundo, de acuerdo con sus contextos vitales y actuales que exigen preguntas y respuestas nuevas, según sus respectivos entornos culturales. Una premisa clara del autor es que la propuesta de Jesús sigue siendo un proyecto de vida que plenifica todas las dimensiones del ser humano, porque da luces para su plena humanización, que finalmente es el proyecto fundamental de Dios, revelado en Jesús de Nazaret.

En contraste con muchos estudios que se hacen en el campo teológico, en el ámbito exegético y espiritual sobre el ‘*seguimiento*’-en donde se toma en consideración y se analiza sólo el verbo ‘*seguir*’ (gr.: ‘*akolouthēin*’) referido a los discípulos-, en Jesús Espeja, específicamente, estudiar la relación de Jesús con sus discípulos desde la profunda experiencia con el Resucitado, conduce a sus seguidores a vivir un compromiso concreto con su persona y, así, ser constructores del Reino de Dios en la comunidad (Cf. Castillo, 2000:215).

A modo de digresión, la expresión ‘*seguir*’ procede del griego (‘*akoluzō*’), y figura principalmente como término para expresar el seguimiento de Jesús que, en sentido propio, significa *seguir* y en sentido figurado ‘*ser discípulo*’, ir en seguimiento de alguien; en un segundo sentido más propio traduce seguir o ir detrás de alguien. Y el objeto del seguimiento es siempre una persona o grupo de personas. Esto se aplica también al uso

absoluto del verbo, principalmente en forma de participio, como lo atestiguan diversos textos bíblicos (Cf. Lc 9, 49⁹; 22,5; Mc 8, 10¹⁰; Mc 3,7; 10,32; 11,9 y Jn 1,38¹¹; 21,20¹²).

En Jesús Espeja, la acción de ‘*seguir*’ no sólo es verbo sino que tiene un profundo arraigo en las principales fuentes de la tradición primera, tanto en los Sinópticos como en San Juan; incluso se puede afirmar que este verbo es muy frecuente en los tres primeros Evangelios. Vemos en ellos que hay un grupo de personas que están más cerca de Jesús; esta observación es muy significativa, porque nos muestra que Él quería tener personas cerca de sí y que no estaba dispuesto a recorrer sólo su camino, como el gran solitario.

Ahora bien, según la exposición que hacen los Evangelios, Jesús inicia su actividad congregando en torno a Él discípulos (Cf. Mc 1, 16-20; Mt 4, 18-22¹³; Jn 1, 35-51). En todos ellos la narrativa cristiana creó una forma especial de historias de vocación al discipulado, que por su estructura se muestran dependientes de la historia de la vocación de

⁹ Biblia de Jerusalén (1976) (...) “Tomando Juan la palabra, dijo: «Maestro, hemos visto a uno que expulsaba demonios en tu nombre, y tratamos de impedirselo, porque no viene con nosotros.»” Recuperado de: <http://www.pastoral-biblica.org/BIBLIA%20JERUSALEN/indexbibliaconlibros.html#>

¹⁰ Biblia de Jerusalén (1976) (...) “*Subió a continuación a la barca con sus discípulos y se fue a la región de Dalmanutá*” Recuperado de: <http://www.pastoral-biblica.org/BIBLIA%20JERUSALEN/indexbibliaconlibros.html#>

¹¹ Biblia de Jerusalén (1976) (...) “*Jesús se volvió, y al ver que le seguían les dice: «¿Qué buscáis?» Ellos le respondieron: «Rabí - que quiere decir, “Maestro” - ¿dónde vives?»*” (...) Recuperado de: <http://www.pastoral-biblica.org/BIBLIA%20JERUSALEN/indexbibliaconlibros.html#>

¹² Biblia de Jerusalén (1976) (...) “*Pedro se vuelve y ve siguiéndoles detrás, al discípulo a quién Jesús amaba, que además durante la cena se había recostado en su pecho y le había dicho: «Señor, ¿quién es el que te va a entregar?»*” (...) Recuperado de: <http://www.pastoral-biblica.org/BIBLIA%20JERUSALEN/indexbibliaconlibros.html#>

¹³ Biblia de Jerusalén (1976) (...) “*18 Caminando por la ribera del mar de Galilea vio a dos hermanos, Simón, llamado Pedro, y su hermano Andrés, echando la red en el mar, pues eran pescadores, 19 y les dice: «Venid conmigo, y os haré pescadores de hombres.» 20 Y ellos al instante, dejando las redes, le siguieron. 21 Caminando adelante, vio a otros dos hermanos, Santiago el de Zebedeo y su hermano Juan, que estaban en la barca con su padre Zebedeo arreglando sus redes; y los llamó. 22 Y ellos al instante, dejando la barca y a su padre, le siguieron.*” (...) Recuperado de: <http://www.pastoral-biblica.org/BIBLIA%20JERUSALEN/indexbibliaconlibros.html#>

Eliseo por parte del profeta Elías. Mientras que el vocablo *'discípulo'* proviene del griego *'mathetés'*—traducción de *'alumno que se forma'*—, es la persona que se vincula a otra para adecuarse a sus conocimientos y experiencias.

No obstante, la terminología empleada nos remite a pensar inmediatamente en la relación *maestro-discípulo*, característica del rabinismo. De hecho, en el Nuevo Testamento, el sustantivo *'mathetés'* aparece 261 veces, pero lo hace exclusivamente en los Evangelios y en Hechos de los Apóstoles (Mt: 72 testimonios; Marcos: 46; Lucas: 37; Juan: 78; Hechos: 28). Cuando los Evangelios dicen una y otra vez que los discípulos *'siguen'* a Jesús, quieren que se entienda este término en toda su literalidad.

En la actualidad, la imagen de Jesús se denota no tanto como un personaje más en la historia, que hizo una propuesta religiosa, sino como alguien que hizo una propuesta de Vida en la que se descubre la plena manifestación de la voluntad de Dios para con el hombre, dándole nueva y auténtica vida a la imagen de Jesús y su proyecto fundamental. Refiriéndose a esto Queiruga (citado por Espeja, 1998:157) piensa que *"los años que siguieron al Concilio Vaticano II han visto el florecimiento de la producción cristológica más abundante y, en conjunto, más rica, profunda y lograda de toda la historia de la teología."* Una reflexión que era necesaria, debido a las nuevas inquietudes del ser humano, en torno a movimientos como la modernidad y la Ilustración, que forjaron la necesidad de nuevas investigaciones para esclarecer cada vez más el mensaje profundo de Jesús. En la actualidad, nadie se atreve a negar explícitamente la existencia histórica de Jesús, porque

no hay argumentos suficientes para decir lo contrario¹⁴. De esta manera, en los estudios bíblico-teológicos Jesús es el paradigma fundamental de investigación, porque ahí es donde nace y se fundamenta la fe cristiana.

Para el teólogo Jesús Espeja, la manifestación más clara que Dios le ha hecho al hombre se ha dado en la persona Jesús de Nazaret, quien nos enseñó con palabras y obras lo que es en verdad la justicia de Dios. Es por esto que la misión de Jesús consistía en anunciar esa justicia que se traduce en Reino de Dios y se construye desde la fraternidad, y los valores que dignifican al ser humano como el perdón, el amor, la solidaridad, y el compromiso con la justicia.

Según el citado teólogo español, el ser humano está llamado a seguir, escuchar y a comprometerse con Jesús de Nazaret, que en su relación profunda de intimidad con Dios, su Padre, se dejó transformar por su amor y misericordia. Experiencia que también lo llevó a salir al encuentro del ser humano, especialmente de aquéllos que no contaban, como los enfermos, los excluidos por una religión o una clase política que sólo se preocupaba de sí

¹⁴Negaron la existencia histórica Dupuis (1743-1809) y Volney (1757-1820). Bruno Bauer enseña durante cuarenta años (1840-1880) que todas las figuras del cristianismo primitivo son ficciones literarias. Kalthoff, muerto en 1906, afirmó que el cristianismo no debe su origen a Cristo, sino a las condiciones sociales del siglo II. Jensen, H. Zimmern, y H. Wickier acuden a las tradiciones asirio-babilónicas para explicar la creación de Cristo. John Mackinson se apoya en las tendencias politeístas del pueblo judío. William Benjamín Smith apela a una secta pre-cristiana que tenía un dios llamado Jesús. Arturo Drews publicó en 1909 su primera obra contra la existencia histórica de Jesús. En Francia y Bélgica tuvo gran resonancia la obra de L. Couchoud, publicada en París en 1924 con el título “Le mystère de Jesús”. Los adversarios de la existencia histórica no aportan razones históricas. Forman su teoría a base de los datos que recogen de la historia de las religiones comparadas con la vida y la teología de Cristo. Esto explicaría, por otra parte, por qué los estados civiles laicistas fomentan la enseñanza de la “Historia de las Religiones. La crítica liberal del siglo XX y la Escuela de la Historia de las Formas nunca tomaron en serio la inexistencia histórica de Jesús. R. Bultmann, el crítico que más avanza en el negativismo histórico, no puede menos de reconocer como un hecho la existencia de Jesús, así como los posteriores teólogos liberales en Europa y los teólogos de la liberación en Latinoamérica.

misma y de sus intereses egoístas. Ante esta estructura excluyente inhumana, Jesús hizo muchos signos de perdón y liberación, porque Dios estaba en él actuando plenamente, dándole plena existencia y sentido al ser humano. Porque con Jesús estaba el Padre bueno "realizando sus obras" (Jn 14,10). Este es el papel de sus seguidores, que configura a la Iglesia, mostrando a Jesús como el Salvador del hombre que lo plenifica y lo colma de sentido, tal como lo manifestó el Concilio Vaticano II, al afirmar:

Cristo ha sido constituido principio de salvación para todo el mundo; cree la Iglesia que 'no ha sido dado bajo el cielo a la humanidad otro nombre en el que sea necesario salvarse' (Hch 4,12); cree que la clave, el centro y el fin de toda la historia humana se halla en su Señor y Maestro (LG 17; GS 10).

Es por esto que la figura de Jesús exige a todos, pero especialmente a sus seguidores, un compromiso que dé razón fidedigna del proyecto y de la experiencia del Dios de la justicia en nuestro mundo, que cada vez más presenta nuevos interrogantes, nuevos lenguajes, nuevos problemas, nuevos paradigmas que al mismo tiempo exigen nuevas respuestas significativas para el ser humano en las diferentes culturas actuales.

Por tanto, es de vital sentido seguir y comprometerse con la persona de Jesús, porque su mensaje no aminora la identidad humana, ni le borra su identidad y autonomía sino que le da sentido y vida al ser humano. Sin embargo, este mensaje tiene que ser presentado conforme al ejemplo de Jesús, que no teorizó a Dios sino que habló de Dios con su vida, una vida comprometida en hacer el bien y acabar con toda semilla de maldad. Esta cultura actual exige buscar nuevas argumentaciones para hablar de Dios, un Dios que

significa vida y felicidad para la raza humana y, desde luego, perfección para toda la creación. Al respecto escribe Espeja: *“Seguir y comprometerse con Jesús es una oportunidad para que hombres y mujeres se reconcilien consigo mismos y con su propia verdad” (2010:68).*

Por eso, Jesús se hizo pobre para sufrir compasivamente con los débiles y marginados de su momento, y hoy también Jesús necesita ser pobre en sus seguidores para poder entender los sufrimientos de los marginados y oprimidos por las verdades excluyentes de nuestro mundo. Los seguidores de Jesús deben sentir su vida cambiada, y con su testimonio cambiar la vida de los demás.

Esta compasión de Jesús lo llevó a salir al encuentro del otro, entender los problemas de sus hermanos, meterse en su piel, por lo cual denunció con audacia las injusticias, las opresiones y las exclusiones sociales de toda clase. Esta actitud fundamental surgió de su gran contemplación y acercamiento cotidiano a la experiencia del Dios del amor y la vida, al que llamó ‘Abbá’, y esto lo llevó a asumir un compromiso humano y social que implicó toda una vida de entrega para la salvación de todos los hombres, que tuvieron la capacidad de dejar¹⁵ a un lado sus ideales y se dejaron transformar por el gran ideal manifestado por Jesús, que tenía como principio elemental el amor; amor que le llevó a optar especialmente por los débiles, como lo recuerda Espeja: *“En esta pasión por lo verdaderamente humano, se comprende la debilidad de Jesús por los débiles” (1986:849).*

¹⁵ La búsqueda implica necesariamente seguimiento a Jesús, y dicho seguimiento implica dejarlo todo para escuchar sus instrucciones, seguir su proyecto, dejándonos atrapar por su propuesta de vida (Mc 1, 17- 18) *“Jesús les dijo venid conmigo, y os haré llegar a ser pescadores de hombres. Al instante, dejando las redes lo siguieron”*

Es indudable entonces que no se puede afirmar que se sigue a Jesús de Nazaret sino hay un compromiso radical con los valores y principios que Él nos enseñó. En este binomio los vocablos *seguimiento-compromiso* van inseparablemente unidos. Y un primer paso para que esto sea una realidad en la vida, consiste en reconocer a Jesús como “el Camino, la Verdad y la Vida” (Jn 14,6). Por consiguiente, Jesús es la revelación más clara que Dios le ha brindado al hombre. En Él encontramos la plena realización y humanización de la persona, en Él descubrimos la verdadera existencia dignificadora que otorga sentido a la existencia y colma el futuro de Esperanza, ante un mundo que necesita expectativas seguras y verdades que construyan auténtica humanidad. Es por esto que una vez más es importante rescatar la figura de Jesús, como una propuesta válida que debe ser presentada sin dogmatismos ni exclusiones, sino como una propuesta que incluya todo lo que vaya en favor de la justicia. Así lo expresa el teólogo Espeja:

Porque según la fe cristiana, Jesucristo vivió, murió y resucitó «por nosotros y por nuestra salvación». Por «nosotros» quiere decir «todos», cristianos, creyentes de otras religiones, indiferentes, agnósticos o ateos. Todos tienen derecho a conocer el Evangelio, y a todos ilumina la Palabra encarnada (Espeja, 2010:9).

Esta afirmación de Espeja es importante, ya que el morir en Jesús no es un acontecimiento arbitrario, sino que se produce "por todos los hombres". De esta manera, "en la medida en que Dios se identifica con Jesús de Nazaret, hombre muerto en favor de todos los hombres, se manifiesta como el ser que ama infinitamente al hombre finito". El amor, que es motor no sólo del actuar sino del ser mismo de Dios, es lo que se manifiesta, rompiendo, así, tanto la prohibición aristotélica de movimiento impuesta al ser divino,

como la lejanía radical entre la muerte y Dios afirmada por el Antiguo Testamento. El contacto entre Dios y la muerte, que se produce en la muerte de Jesús, comporta una tensión o lucha: amor y destrucción chocan a tal grado que se cuestionan recíprocamente. Pero la victoria de Dios sobre la muerte consiste, precisamente, en que Dios soporta en sí la negación de la muerte. Esta muerte que no debió haber sucedido así y que se perfilaba en algún momento, naturalmente Jesús lo supo y también hizo alusiones al respecto. Pero que sucediera así no fue la voluntad de Dios, sino por la maldad de los hombres. Ellos lo "han determinado así" (Lc. 22, 20-22¹⁶). Y, finalmente, los sucesos se produjeron de este modo, ya que las personas que habían prometido ser fieles a Jesús, fracasaron.

Visto de esta manera, la vida y la muerte de Jesús constituyen también un símbolo para la humanidad, que abandonó a Dios, que se decidió por la infidelidad, cobardía y desidia, en vez de seguir a Jesús.

Se trata entonces de una propuesta que conduce necesariamente a la salvación, que parte de una experiencia imperiosamente comunitaria, en la cual se vive y se experimenta plenamente la salvación como don de Dios manifestado en Jesús de Nazaret, ante esto el Concilio de Trento -citado por Espeja- afirma: *“Es verdad que la salvación o proceso para llegar a ser justos es obra de la misericordia divina; pero este amor seduce a las personas para que se comprometan responsable y libremente”* (Espeja, 2010:296).

¹⁶ Biblia de Jerusalén (1976) (...) “20 De igual modo, después de cenar, la copa, diciendo: «Esta copa es la Nueva Alianza en mi sangre, que es derramada por vosotros. 21 «Pero la mano del que me entrega está aquí conmigo sobre la mesa. 22 Porque el Hijo del hombre se marcha según está determinado. Pero, ¡ay de aquel por quien es entregado!»” (...) Recuperado de: <http://www.pastoral-biblica.org/BIBLIA%20JERUSALEN/indexbibliaconlibros.html#>

Por lo tanto, la libertad cristiana nos lleva a compartir la experiencia de la salvación de Dios con el otro, con el más próximo, en una actitud de entrega. Y esto nos llevará a formar misioneros propagadores de esta Buena Noticia, que ya hemos vivido en nuestras comunidades y que ahora necesita ser transmitida a los demás seres humanos. Una salvación que ya se había predicho en el Antiguo Testamento y en uno de sus tantos pasajes encontramos esta promesa en boca del profeta Isaías, que divisa esta salvación de Dios a un pueblo que ha perdido la esperanza y que promete la salvación definitiva, afirmando que "Dios llega con poder y viene a gobernar con su brazo" (Is 35,1-10), y que ahora se hace una realidad en la experiencia de Jesús de Nazaret, en el cual se da la plena experiencia salvadora prometida por Dios en el Antiguo Testamento. En él Dios nos da la salvación, y llega con poder.

1.1.1 Importancia de reconocer la humanidad y la divinidad de Jesús, aspectos indisolubles

Como se ha venido afirmando, no se puede seguir y comprometerse con Jesús de Nazaret sin tener una experiencia profunda con todo lo que implica su persona. Por esto es que la humanidad de Cristo es necesaria para confesar su divinidad. Por lo tanto, es importante analizar la persona de Jesús, entendiéndolo plenamente en su divinidad y en profunda reflexión a partir de la fe y la razón, como plenamente humano. Como dice la carta a los Hebreos: "en todo igual que nosotros, excepto en el pecado" (Hb 4, 15). La única manera de conocer y profesar la divinidad de Jesús es en los hechos que realizó como ser humano pleno, en un contexto histórico concreto, razón por la cual su humanidad sólo

puede ser entendida por la fascinación divina que ejerce su personalidad, un Jesús que no pasa indiferente a todo aquel que se le acerca con fe. Para poder entender a Jesús como humano y divino, es de relevancia realizar un análisis, con un fino discernimiento, pues no se trata de confesar la divinidad a costa de la humanidad sino de creer y confesar que en carne mortal nosotros podemos descubrir la más auténtica experiencia de Dios, de modo que humanidad y divinidad van inseparablemente unidas.

Ciertamente, las primeras comunidades cristianas en su proceso de fe fueron entendiendo que Jesús de Nazaret es al mismo tiempo el Cristo, el Enviado por Dios, el Mesías con la misión de manifestar el auténtico rostro de Dios. Pero para esto fue uno más de la raza humana, sometido a los límites históricos de su época, y respondió a sus problemáticas sociales. Situaciones que atentaban contra la plena felicidad del hombre. De hecho, Dios hecho hombre en Jesucristo propone un proyecto de salvación para todos. Decisivamente, los cristianos declaramos que Jesús es verdadero Hombre y también Dios verdadero; no obstante, esta afirmación puede parecer un tanto extraña, pues a propósito de la humanidad de ese Jesús histórico, una cuestión de carácter radical es que esa primera naturaleza supone ya unos factores típicos a todo hombre, a los cuales nos hemos acostumbrado en todos los tiempos, que no son congruentes con la realidad humana del Jesús, el de Nazaret de la historia, que es en todo semejante a los demás hombres, menos en el pecado.

Lo anterior, por tanto, revela una dicotomía del concepto Hombre, que conviene abordar por un momento, pues es relevante para entender la humanidad de Jesús, y en general la del hombre en tanto hombre, como un breve análisis antropológico, y aun

psicológico de la insinuación de qué es ser hombre: se le descubre como un ser falible, que hace mal uso de sus facultades, lo cual le hace perder muy a menudo la dirección de su vida; y es él mismo quien pregunta para qué es el hombre, a dónde va, qué destino tiene, y en su realidad no se comprende plenamente si no sabe qué hacer con los diversos conocimientos, por qué debe tomar decisiones congruentes con la verdad y el bien, qué debe amar, qué sentido tiene su condición de libertad, por qué se siente llamado a vivir en comunidad y establecer normas sociales y económicas. El objetivo de quien sigue a Jesucristo es no pretender alienarse o polarizarse con alguna de las naturalezas del Jesús de la historia. Así lo expresa el teólogo español: *“No se trata de salvaguardar la divinidad de Cristo, dejando otra vez en la sombra su integridad humana, sino de confesar que Jesucristo es el Hijo encarnado, la Palabra en carne mortal, Dios en experiencia humana”* (Espeja, 2010:10).

Una de las tentaciones que en determinados momentos históricos de la Iglesia, ha estado presente es la incitación de inclinar hacia algún lado de la balanza una de las naturalezas de Jesús, ya sea la divina o hacia el otro lado, la humana, y es importante reconocer que uno de los fundamentos elementales de la fe cristiana es identificar a Jesús como humano, pero al mismo tiempo como divino, pero para la fe cristiana es importante mantener la balanza en el término equidistante; sólo así se entenderá que Jesús es la Palabra de Dios encarnada¹⁷ en la historia humana, Dios mismo que se nos comunica en el acontecer concreto de la realidad misma del hombre.

¹⁷ Espeja (1995) hablando en su texto “El Coraje de Futuro” dice que “La encarnación es ley de vitalidad para todos los seguidores de Jesús que, cuando se desentienden del mundo, pierden su sentido evangélico. Por eso la escatología cristiana tiene una dimensión de inmanencia histórica que corrige saludablemente cualquier «huida del mundo» entendida como evasión espiritualista. Y esa es la vocación de los laicos: «Tratan de construir el reinado de Dios gestionando los asuntos temporales y ordenándolos según Dios.» (p. 99)

Al tener una visión integral de Jesús, sale a flote un problema: distinguir si el pecado parece ser o hace parte de la naturaleza humana y, de ser así, volver a nuestro discernimiento primero, afirmando que Jesús no podría ser verdaderamente hombre, pues no participaría de esta realidad tan tangible en todos los demás hombres. Como dice el Catecismo de la Iglesia Católica en su artículo 386: *“El pecado está presente en la historia del hombre: sería vano intentar ignorarlo o dar a esta oscura realidad otros nombres”*. Por consiguiente, la situación es un tanto oscura, pero se devela entendiendo el pecado como una experiencia de abuso de la libertad, que es la misma experiencia que hace al hombre esclavo; en los Evangelios y en los hechos históricos Jesús es entendido como el hombre libre en plenitud de libertad, radicalmente libre, y que a su vez quiere transmitir su condición de libertad a los demás hombres. Por eso se le llama Redentor y Liberador (Cf. Lc 4, 16-21¹⁸; Jn 7, 26; Jn 8, 36; Rom 8, 20-21; Gal 5, 1). Jesús fue plenamente humano porque al inicio Dios creó al hombre sin pecado, fue el hombre el que abusando de la libertad cayó en el pecado, pero Jesús inició una Nueva Creación desde Dios y para Dios, y supo mantenerse fiel hasta el final como plenitud de humanidad, y por eso no cayó en la culpa del pecado.

En esta medida, Dios es, definitivamente, Aquél que es trascendente, y por esto se sobrepone a todo cuanto pertenece a la capacidad humana. Es decir, Dios siendo misterio

¹⁸ Biblia de Jerusalén (1976) (...) *“16 Vino a Nazará, donde se había criado y, según su costumbre, entró en la sinagoga el día de sábado, y se levantó para hacer la lectura. 17 Le entregaron el volumen del profeta Isaías y desenrollando el volumen, halló el pasaje donde estaba escrito: 18 El Espíritu del Señor sobre mí, porque me ha ungió para anunciar a los pobres la Buena Nueva, me ha enviado a proclamar la liberación a los cautivos y la vista a los ciegos, para dar la libertad a los oprimidos 19 y proclamar un año de gracia del Señor. 20 Enrollando el volumen lo devolvió al ministro, y se sentó. En la sinagoga todos los ojos estaban fijos en él. 21 Comenzó, pues, a decirles: «Esta Escritura, que acabáis de oír, se ha cumplido hoy.»* (...) Recuperado de: <http://www.pastoral-biblica.org/BIBLIA%20JERUSALEN/indexbibliaconlibros.html#>

trasciende los límites de nuestra posibilidad de conocer, está fuera del campo intrínseco de nuestra capacidad de conocimiento, que es ante todo inmanente. Ahora bien, Jesús es Dios viviendo en experiencia humana plena, que mueve su actuar por el amor, que se torna oblativo hasta los extremos humanos; aquí es cuando se cae en la peligrosa posición de asumir su amor como particularmente divino, y se percibe la tentación de relegar su humanidad porque a la conciencia humana le es más fácil entenderlo sublime que tangible. Jesús Espeja, hablando de la divinidad de Jesús como una afirmación de su humanidad, a propósito de la religiosidad popular -que entiende más al Jesús Dios y casi que niega al Jesús humano-, cita el discurso inaugural de la V Conferencia Episcopal Latinoamericana de Aparecida, cuando afirma: *“Este imaginario religioso cae por tierra en Jesucristo, que no es Dios sólo pensado o creado por nuestra imaginación, sino 'Dios de rostro humano, Dios con nosotros, el Dios del amor hasta la cruz' (2008:299).*

Es importante afirmar que Espeja se fundamenta nuestra fe, en creer que el Dios que se nos revela en Jesús es un Dios que asume nuestras limitaciones humanas, y que se nos muestra cercano, con la propuesta del amor como único principio que puede salvar, liberar, trascender la historia del hombre; un Dios que no se puede conceptualizar sino experimentar en los aspectos cotidianos e históricos del hombre. Lo anterior implica, así mismo, una conversión pastoral como cambio de paradigmas, métodos y lenguajes (Revista Medellín, 34 y 134), y es precisamente esta condición de Jesús como *'Emmanuel'* (*'Dios-con-nosotros'*), la que motiva al hombre a buscarlo respondiendo a su interés particular por conocer más allá de lo evidente, en cuanto que en sí mismo busca expresiones de trascendencia que evidencian en Él una participación en la divinidad; no es que el hombre sea Dios sino que Dios en su perfección hace partícipe al hombre de su

libertad, para que siendo libre sea digno de la vida que Él le otorga y no se separa de Él, sino que permanece cerca, particularmente con la presencia de Jesús. Así lo expresa el teólogo español: *“Por eso, nos aproximaremos a la historia de Jesús, conscientes sin embargo, de que en los Evangelios historia y fe van inseparablemente unidas”* (Espeja, 2002:12).

Por otra parte, siguiendo las ideas anteriores, es igualmente necesario discernir los títulos otorgados a Jesús en los Evangelios: es Fuego y ha venido a traerlo a la tierra, es Luz y Camino, es Verdad y Vida, es Pan de Vida eterna, etc. Esto implica que es un fuego pero para la paz, es una luz para la misericordia, es camino en el cual el hombre cae y encuentra posibilidad de levantarse y continuar caminando, por cuanto es un camino donde se descubre el perdón: Jesús es el mismo perdón, que es alimento para encender a hombres de este mundo en el deseo de amar; se descubre su fuego quemando las soberbias, envidias y rencores. Jesús no agota las expresiones humanas de su amor divino, toca a los que se acercan a Él y aún le podemos encontrar besando y acogiendo a los niños, llorando por la muerte de su amigo Lázaro, a quien tantas veces visitó en Betania; conmovido ante la fe de quien pide ayuda en intercesión por uno de los suyos, deseoso de conocer a las mujeres que tocan sus vestidos, alegre en medio del festivo gozo de una boda en Caná; es el Jesús afectivo y misericordioso que transfigura su divinidad en la integridad de un ser humano común; esta es la grandeza de este Jesús histórico, del *Hombre-Dios* cuya humanidad en nada opaca su divina realidad, antes bien son esos gestos particularmente humanizados los que prueban su benevolencia divina y enaltecen sus atributos como Dios. De esta manera, lo expresa Espeja en su obra:

La compasión y la misericordia son las emociones que más son atribuidas a Jesús. Más que un sacrificio del ser humano para poner a Dios de su parte, la vida y el martirio de Jesús fueron epifanía o manifestación de Dios misericordioso, encarnado en la humanidad y promoviéndola en el amor (Espeja, 2010:178).

Jesús se siente interpelado por la angustiada necesidad de los hombres, muchas veces por causas físicas (Cf. Mc 8, 2-3; 1, 41; Mt 20, 34¹⁹), pero también por motivaciones espirituales (Cf. Mc 6, 34; Mt 9,36²⁰; 14,14; Lc 19:41). Un hecho concreto que revela al Jesús afligido es la muerte de su amigo Lázaro (Cf. Jn 11, 35). Su aflicción en otros pasajes se convierte en enojo, por ejemplo, cuando denuncia con ahincado carácter a los líderes religiosos y les dedica varias palabras que, fuera del contexto, pueden parecer en extremo duras (Cf. Mt 15,7²¹; 23, 27; 23, 33; 15, 14; Jn 8, 44), en otros textos este enojo está suscitado por los suyos (Cf. Mc 10, 14²²; Mt 17, 17²³). Al respecto, comenta Espeja cómo en el Nuevo Testamento no se nos presenta un Cristo insensible e inmovible sino, por el contrario:

¹⁹ Biblia de Jerusalén (1976) (...) *“Movido a compasión Jesús tocó sus ojos, y al instante recobraron la vista; y le siguieron.”* (...) Recuperado de: <http://www.pastoral-biblica.org/BIBLIA%20JERUSALEN/indexbibliaconlibros.html#>

²⁰ Biblia de Jerusalén (1976) (...) *“Y al ver a la muchedumbre, sintió compasión de ella, porque estaban vejados y abatidos como ovejas que no tienen pastor.”* (...) Recuperado de: <http://www.pastoral-biblica.org/BIBLIA%20JERUSALEN/indexbibliaconlibros.html#>

²¹ Biblia de Jerusalén (1976) (...) *“7 Hipócritas, bien profetizó de vosotros Isaías cuando dijo: 8 Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí. 9 En vano me rinden culto, ya que enseñan doctrinas que son preceptos de hombres.»* (...) Recuperado de: <http://www.pastoral-biblica.org/BIBLIA%20JERUSALEN/indexbibliaconlibros.html#>

²² Biblia de Jerusalén (1976) (...) *“Mas Jesús, al ver esto, se enfadó y les dijo: Dejad que los niños vengan a mí, no se lo impidáis, porque de los que son como éstos es el Reino de Dios.”* (...) Recuperado de: <http://www.pastoral-biblica.org/BIBLIA%20JERUSALEN/indexbibliaconlibros.html#>

²³ Biblia de Jerusalén (1976) (...) *“Jesús respondió: «¡Oh generación incrédula y perversa! ¿Hasta cuándo estaré con vosotros? ¿Hasta cuándo habré de soportaros? ¡Traédme acá!”* (...) Recuperado de: <http://www.pastoral-biblica.org/BIBLIA%20JERUSALEN/indexbibliaconlibros.html#>

Jesús de Nazaret apareció como un hombre que supo-como cualquier otro hombre- de las aflicciones porque él mismo las compartió y puede comprender nuestras tristezas; fue alguien que en varias ocasiones se sintió lleno de profunda pero justa indignación, enojado por el pecado del hombre que mira hacia sí mismo, y pretende alcanzar la felicidad con bienestar económico y satisfacción hedonista (Espeja, 2008:285)

Como hombre no fue ajeno a todo lo que implica ser humano como tal; Jesús, experimentó su vida emocional, no la excluyó ni la negó en su propia humanidad, las emociones las asumió en su naturaleza, pero no las excedió; muchos, queriendo exagerar al Jesús humano, han perdido la oportunidad de reverenciarlo como Dios. El Jesús del gozo y la felicidad fue el que se mostró inalterable, inquebrantable y firme ante un poder supuesto implantado en el mundo por el poder del pecado y por la muerte, fue un hombre represor de sus sentimientos, y más vencedor de los poderes del mundo y de la muerte; Jesús fue el conquistador de la alegría en el corazón de los hombres; a su vez, su motivación fue la victoria de su propio corazón, "y por el gozo que delante de Él veía, soportó la cruz" (Heb 12, 2) y, del mismo modo, tampoco titubeó con respecto a los métodos que debía emplear para predicar el Evangelio, antes bien "se llenó de gozo Jesús en el Espíritu Santo" según el Evangelio de Lucas (10, 21), viendo las maravillas que el Padre hacía en los humildes, porque "a pesar de todo Jesús se mantiene fiel a la voluntad del Padre para que todos tengan Vida" (Espeja, 2010: 73), y quiere comunicar su vida y su gozo a quienes fue enviado (Cf. Jn 15, 11; 17, 13).

En Jesús, dice la epístola a los Colosenses: "Reside toda la Plenitud ('Pleroma') de la divinidad corporalmente" (2, 9); es Dios que por su encarnación conoce todas las

vicisitudes, las pruebas, los gozos, los sufrimientos, las pérdidas, las ganancias, las aflicciones y aun las tentaciones; es modelo, según san Pedro (carta I; 2, 21) de perseverancia en el caminar.

Ahora bien, en Jesús es evidente una dimensión propia a la comunicación; se le puede encontrar en los textos sagrados, continuamente enseñando y exhortando. No es sólo un orador, ni su predicación se sustenta en monólogos, sino que reconoce las realidades y los contextos históricos y religiosos de sus interlocutores y entra en diálogo con ellos, siendo asequible y abierto a los afanes de su tiempo y, de este modo, puede iluminarlos con su *“palabra siempre nueva en las nuevas situaciones con los interrogantes que van tejiendo nuestra existencia. Ningún maestro, profeta o evangelista puede agotar el misterio de Dios que los cristianos creemos revelado en la conducta histórica de Jesucristo”* (Espeja, 2010:p. 5).

Esto quizá como reflejo-producto de otra actitud de diálogo, el que permanentemente entabla con el Padre; Espeja va a recordarnos que personalmente se siente motivado a:

Hablar con Él a su manera. Su predicación viene tocada por esta íntima relación con su Padre, la oración de Jesús no es lo mismo que su acción como predicador ambulante; pero es inseparable y necesaria para la misma. Gracias a la oración, sus acciones proféticas fueron siempre solidarias, y su contemplación se hizo verdad en la transformación de la historia (1986: 852).

Esta afirmación de Espeja nos recuerda que Jesús es una persona acostumbrada a orar. Él participa de la religiosidad de su pueblo, va constantemente a la sinagogas - casas de oración-, sube al monte a dialogar con su Padre, dándole una gran importancia a esta actividad, busca lugares y momentos para estar solo y poder hacerlo con libertad y entrega. La oración de Jesús es un encuentro de intimidad con el Padre. Cuando Jesús ora se dirige a Dios llamándolo '*Padre*'. Jesús ora en los momentos difíciles. Cuando se enfrenta a decisiones, cuando debe discernir cuál es la voluntad de Dios, qué es lo que Dios quiere de Él, la oración es su lugar de encuentro con la voluntad de Dios y de acción de gracias. Reconoce la gratuidad del amor de Dios y lo alaba. De hecho, si recorremos los cuatro Evangelios, nos encontramos con muchos relatos donde vemos a Cristo Jesús haciendo de toda su vida oración; es así como a continuación se presentan -para que nos confrontemos con la '*lectio divina*' de las Sagradas Escrituras- diversas referencias de Jesús en una vida de oración.

Se debe recordar que Jesús y sus discípulos son parte de una realidad cultural y social radicalmente religiosa, que tiene experiencia de oración litúrgica; sin embargo, Jesús descubre que esta práctica se ha vuelto muy formalista, dirigida a un Dios lejano de las realidades del mundo, que se muestra en cierto modo indiferente. Es Jesús quien revoluciona los climas de oración, su contemplación no discrimina las realidades temporales abstrayéndolas sino que las ubica en medio de la oración.

Se puede decir que la oración de Jesús es la expresión del Dios que va retornando y resurgiendo en la historia de los hombres. Dios en figura de hombre apareciendo en la vida

de los fieles que buscan de su voluntad y aguardan esperanzados en la alegría de la promesa del Reino, en la aceptación fiel hasta el final de la voluntad de Dios y en la confianza incondicional hacia el Padre. Basta con recordar la imagen de Jesús, cansado de las tareas del día, que reposa dormido en la barca; nada tan humano como ese momento y nada tan divino como su despertar para apaciguar la tempestad; con razón dice: “¿Quién es Éste, que hasta los vientos y el mar le obedecen?”(Mt 8. 23-27²⁴). ¿Qué prueba tan maravillosa de la humanidad de Jesús es su muerte en la cruz? ¿Qué divino el rasgarse el velo en el templo, y el asombroso despertar de la primera mañana de Pascua? En Jesús las referencias humanas y divinas son más que inseparables, y sin una de ellas se negaría la verdadera identidad de Jesús.

1.1.2 Compromiso con la construcción del Reino

En Jesús la experiencia Reino de Dios es connotación principal y fundamental de su predicación. Esta indicación es definitiva para comprender el objeto de su vida pública y ministerial. Los Evangelios nos cuentan que Jesús recorrió Galilea y proclamaba la Buena Noticia por todos los lugares por donde pasaba, especialmente en las sinagogas.

Jesús anunciaba una Buena Noticia de salvación y liberación, y con esa nueva iba sanando a las personas de sus dolencias físicas y psicológicas, por lo tanto íntegramente.

²⁴ Biblia de Jerusalén (1976) (...) “23 Subió a la barca y sus discípulos le siguieron. 24 De pronto se levantó en el mar una tempestad tan grande que la barca quedaba tapada por las olas; pero él estaba dormido. 25 Acercándose ellos le despertaron diciendo: « ¡Señor, sálvanos, que perecemos!» 26 Díceles: «¿Por qué tenéis miedo, hombres de poca fe?» Entonces se levantó, increpó a los vientos y al mar, y sobrevino una gran bonanza. 27 Y aquellos hombres, maravillados, decían: « ¿Quién es éste, que hasta los vientos y el mar le obedecen?»” (...) Recuperado de: <http://www.pastoral-biblica.org/BIBLIA%20JERUSALEN/indexbibliaconlibros.html#>

Esta liberación acontecía porque los débiles sentían la cercanía y presencia de Dios, un Dios cercano a todos pero especialmente con los más débiles y oprimidos, que colocaban en Él su confianza y su fe. Así lo vivió y experimentó Jesús. “Y en su misma cercanía, Dios sigue siendo amor desconcertante, escondido e inabarcable. Lo vemos en la oración de Jesús cuando llega la hora de su martirio” (Cf. Mc 14,36 /Espeja, 1986:847). El Reino de Dios, por lo tanto, lo develamos en Jesús mismo.

La vida y obra de Jesús manifiestan el Reino de Dios, que Él lo comunica a todos respondiendo a una realidad vocacional, que surge a partir de una experiencia profunda y auténtica *en y con* Dios, la cual contrastó con una reflexión del contexto vital de su época. Pero cabe preguntarse: ¿Qué es el Reino de Dios en el cual Jesús centró su vida? ¿Cómo podríamos definirlo y entenderlo hoy? Se podría abordar su respuesta afirmando que Jesús no define el Reino en simples conceptos, sino que con su Vida, Palabras y Obras -y sólo de esta manera-es como Él anuncia y proclama su llegada. En Jesús vemos reflejado sus efectos. Este Reino se explicita en vida digna para todos, que sólo es posible en el compartir comunitario, desde la perspectiva de Dios, por lo tanto: “*Reino de Dios o la nueva humanidad viene a ser un banquete donde todos pueden sentarse como personas libres y amigos a participar en la mesa de la Creación*” (Espeja, 2006:39).

Por consiguiente, la idea de Reino de Dios, que ha experimentado Jesús y que anuncia con tanta pasión, es una experiencia que no se puede conceptualizar porque es una práctica que supera todo límite. Por eso, lo que Jesús quiere manifestar y dar a entender es la intervención donativa de Dios en medio de este mundo, esperando una respuesta del hombre, para cambiar todas las situaciones de injusticia que desvían del objetivo

fundamental del ser humano: su felicidad y dignidad. Para los cristianos, este proyecto de Dios con los hombres lo hemos visto en la persona y obra de Jesús, donde descubrimos el verdadero rostro de Dios, la verdad sobre el hombre y la auténtica realización del mundo. Por tanto, el Reino de Dios es fundamentalmente humanizante, y precisamente este fue el *'absoluto'* antropológico de Jesús, que el Reino no tiene sus orígenes en el hombre sino que, siendo iniciativa divina, el Reino ha de establecerse en medio del mundo, en medio de los hombres y para los hombres (Cf. Mt 12, 28; Lc 7, 18-23²⁵). Así, toda acción de liberación que acontece podría entenderse como acción escatológica del Reino, lo cual nos permite - como Jesús-, ser contemplativos *en y por* la historia, desde su principal canal y motivo que es el Amor. Al respecto, reafirma Espeja: *“Sólo la experiencia de ese amor que nos precede y acompaña, garantiza un compromiso limpio y permanente por la llegada del Reino”* (2010:140).

Jesús entiende que la injusticia social, el dolor y el sufrimiento no son más que la expresión más tangible de la ausencia de la presencia de Dios en la vida del hombre y, por ende, la no realización del Reino. Esto significa que seguir a Jesús es comprometernos por trabajar para que la presencia del Reino en medio de los hombres sea una realidad tangible, donde desaparezcan todas las situaciones de opresión, y esta misión debe ir acompañada de la misma experiencia de Dios que acompañó a Jesús, pero dando respuesta a las nuevas

²⁵ Biblia de Jerusalén (1976) (...) *“18 Sus discípulos llevaron a Juan todas estas noticias. Entonces él, llamando a dos de ellos, 19 los envió a decir al Señor: « ¿Eres tú el que ha de venir, o debemos esperar a otro?» 20 Llegando donde él aquellos hombres, dijeron: «Juan el Bautista nos ha enviado a decirte: ¿Eres tú el que ha de venir o debemos esperar a otro?» 21 En aquel momento curó a muchos de sus enfermedades y dolencias, y de malos espíritus, y dio vista a muchos ciegos. 22 Y les respondió: «Id y contad a Juan lo que habéis visto y oído: Los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen, los muertos resucitan, se anuncia a los pobres la Buena Nueva; 23 ¡y dichoso aquel que no halle escándalo en mí!»* (...) Recuperado de: <http://www.pastoral-biblica.org/BIBLIA%20JERUSALEN/indexbibliaconlibros.html#>

situaciones históricas, contextuales y culturales de cada época. Por esta razón, el entusiasmo de Jesús con el Reino es una experiencia del afán de dignidad humana ante una realidad que lo contradice, por causa de unas estructuras que sólo buscan sus propios intereses, que no dan espera para reaccionar, una incontenible reacción al no soportar que Jesús coloque la dignidad del hombre por encima de cualquier institución, llámese religiosa o política.

Vistas así las cosas, la actitud de Jesús fue bien particular, se dijo antes que no intentó siquiera conceptualizar el Reino; a lo sumo lo comparó a las realidades terrenas por medio de parábolas (Cf. Lc 13, 18ss.), su actitud fue la del misionero de la Buena Noticia respondiendo a una moción particular de su personalidad dispuesta a la voluntad de Dios: “(...) *Su intimidad con Dios, su apasionamiento por la llegada del Reino y su opción preferencial por los excluidos*” (Espeja, 2010:19). No obstante, hay que aclarar que Jesús, llamado el Cristo, no es una abstracción; los cristianos tampoco deben entender su actuar como meramente sublime; cada vez que consiente su predilección por los pobres como su opción fundamental de construir el Reino entre ellos, no es simplemente orar por ellos, sino que la experiencia del Reino debe llevarnos imperativamente a una praxis²⁶, encauzada en favor de los hombres, pero especialmente por los marginados, de tal modo que se cumpla la promesa de vida abundante (Cf. Jn 10, 10). En este contexto, los milagros y palabras van dirigidos a la salvación que se manifiesta en una auténtica Liberación de todo aquello que

²⁶ Dentro de la fundamentación bíblica del seguimiento a Jesús, Merlos afirma que: “*SEGUIR A JESÚS ES ANTE TODO UNA PRAXIS. El seguimiento de Jesús, seguir a Cristo (el griego *akolouthéo* es evocador de sus correspondientes *mathétés*=discípulo y *mantháno* =aprender) es un término consignado unas 90 veces en el Nuevo Testamento. Dejando aparte 11 menciones: He (4 veces); ICor (1 vez); Ap (6 veces), las 79 restantes se hallan en los evangelios, distribuidas de la siguiente manera: Mateo 25 veces, Marcos 18 veces, Lucas 17 veces y Juan 19 veces.*”

no permite al hombre ser plenamente humano, esto es, ser feliz y digno. Sobre todo, en una realidad histórica donde el día a día de las personas es la pobreza, el hambre y el llanto; la promesa del Reino parece incumplida, sea porque el cristiano -lleno de oraciones y plegarias- se muestra a su vez falto de compromiso con una verdadera transformación social, o porque la interpretación que se ha dado a este tema no muestra más que una pobre lectura del Evangelio con la que se han motivado muchas causas de Liberación. Sin embargo, la Liberación de los pobres de su pobreza no se ha dado, los pobres aún no experimentan un cambio significativo alguno en su situación, aún no se puede hablar de una opción de preferencia por ellos, como tampoco se puede hablar de una liberación de las opresiones de los demás (los ricos), porque éstos también hacen parte de la herencia del Reino.

En consecuencia, Jesús comprende el Reino como una experiencia del Dios del Amor que debe permear con fuerza las instituciones sociales, religiosas y políticas, en una perspectiva evangélica que dé sentido de justicia a la totalidad de lo real, y suscite un compromiso testimonial con la vida por el amor, la justicia y la verdad. Una propuesta que ha de guiar e iluminar, con un sentido más profundo todas las dimensiones deshumanizadas. En efecto, es el mismo Jesús quien no acepta unos ritos culturales sino un *seguimiento y compromiso* de parte de los hombres para que sea posible la transformación de los corazones y, por lo tanto, las relaciones sociales injustas; desde Jesús, el ser humano está llamado a entender que todos los ritos litúrgicos deben ir dirigidos a descubrir el auténtico rostro de Dios, y a rescatar la dignidad humana. Pero la malinterpretación del proyecto de Jesús de instaurar el Reino en medio del mundo, ha servido en los tiempos como pretexto para muchos otros proyectos humanos, ha empujado a algunos a la violencia

y a otros a un pacifismo absoluto y casi vicioso; las diferentes ideas piadosas que se han tejido a propósito del Reino han servido hasta nuestros días de motivación última y legitimación del '*statu quo*'. Sin embargo, este apasionamiento por el Reino ha llevado a muchos, como a Jesús, a la experiencia de la muerte, algunos muriendo por ese Reino y otros asesinando también en nombre de ese mismo Reino. Apasionado por la llegada del Reino, con sus gestos y su palabra, Jesucristo se refiere a Dios Padre, que quiere vida y felicidad para todos; así provocó un conflicto que le condujo a la muerte.

En realidad, el Reino de Dios que propone Él, es una propuesta de oferta de humanización que tiene su principio y su culmen en Dios mismo; es una propuesta cuyo origen es la gratuita iniciativa divina, que sale de sí para compartir su esencia con los hombres; por lo tanto, toda acción de Liberación podría entenderse como acción escatológica del Reino, lo cual nos permite -como a Jesús-, ser contemplativos *en y por* la historia en virtud del amor. Esta experiencia del amor nos motiva a comprometernos por establecer el Reinado de Dios en nuestros contextos vitales. Por consiguiente, Jesús entiende que la injusticia social, el dolor y todo sufrimiento no son más que un reflejo de la ausencia de la presencia de Dios en medio del mundo. De hecho, en una realidad histórica donde el '*día a día*' de las gentes es la pobreza, el hambre y el llanto, la promesa del Reino parece incumplida, sea porque -como hemos dicho-, nos hemos llenado de oraciones y plegarias sin comprometernos con una verdadera transformación social -desde una experiencia profunda de Dios-, o porque la interpretación (hermenéutica) que se ha dado a este tema no muestra más que una sesgada lectura del Evangelio con la que se han motivado muchas causas de Liberación. No obstante, la Liberación de la pobreza de quienes en realidad han sido empobrecidos, no se ha dado porque los pobres aún no

experimentan cambio alguno en su situación. Y, en este sentido, es el mismo Jesús quien nos exige que para seguirlo es necesario el *compromiso*, para que la llegada del Reino sea una realidad patentizada en el cambio de los corazones, por medio de los Valores que construyen el Reino; sobre todo es importante sentirlo más profundamente en manifestaciones de Valores cristianos como la solidaridad, la justicia, la fraternidad, para cambiar las relaciones sociales y no utilizar la imagen de Dios para oprimir sino para liberar; sólo así lograremos el mundo que soñó Jesús y que hoy tanto hombres cristianos e incluso los declarados no-cristianos desean, que como hombres de buena voluntad sueñan un mundo más humano y solidario a partir de la experiencia del amor y del compartir con los demás, especialmente los marginados, al estilo de Jesús. El encuentro y la experiencia con Jesús conlleva el seguimiento y el compromiso.

1.2.1 Experiencia de seguimiento en las primeras comunidades cristianas

Para iniciar este apartado, se hace necesario partir del hecho de que tener una experiencia es adquirir cierto conocimiento o habilidad desde la observación o contacto con algo en concreto o alguien en especial. Una experiencia también abarca el hecho de tener una vivencia de un evento proveniente de la cercanía con los sucesos de la vida; en otras palabras, aprender no sólo a partir de la observación sino del compartir y de la vivencia.

En este sentido, la experiencia que tuvieron las primeras comunidades cristianas presenta su origen en la misma vivencia de un *hecho fundante*, generado en el compartir con el mismo Jesús, Hijo de Dios hecho hombre, lo cual se ubicó como una experiencia real

de fe. Esta experiencia la podemos ejemplificar a través de varias vivencias presentadas en los escritos del Nuevo Testamento.

En efecto, una de las experiencias con Jesús la protagonizan dos discípulos de Juan el Bautista, después de que éste lo ha bautizado y señalado como "el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo", ellos se acercan y le preguntan: "Maestro: ¿dónde vives?" (Cf. Juan 1, 38). Aunque es necesario anotar que fue el mismo Jesús quien tomó la iniciativa, cuando al darse cuenta de que lo seguían a Él, les pregunta: "¿Qué quieren?" (Cf. Juan 1, 38). Ante el interrogante de aquellos hombres, el Maestro no responde con una explicación acerca de su diario vivir sino, al contrario, responde con una invitación: "Vengan y lo verán" (Cf. Juan 1, 39a). Efectivamente, más que mediante las palabras se debe comprobar con el compartir, es decir, con la misma experiencia de vida. Se puede notar cómo los discípulos no se conforman con las palabras de Juan Bautista, sino que van al encuentro de Jesús para habitar con Él, logrando las experiencias de vida necesarias, no solamente para conocerlo sino para *seguirlo*, más aún, reconocerlo como el verdadero Mesías y poder anunciarlo, al punto de que más adelante -en el mismo texto- encontramos a Andrés, diciéndole a su hermano Pedro: "Hemos encontrado al Mesías" (Cf. Jn 1, 41).

Ahora bien, otro relato que se puede tomar como ejemplo es el de una *experiencia fundante*, sobre todo teniendo en cuenta que hace relación al encuentro de dos hombres que han perdido toda esperanza tras presenciar el acontecimiento de la crucifixión, con Jesús Resucitado, que les sale al encuentro. El evangelista nos narra cómo dos discípulos que van de regreso a su aldea de Emaús, mientras caminan conversando sobre lo que había pasado, tienen un encuentro vivo con Jesús, sin que ellos lo identifiquen; san Lucas utiliza la

expresión: “pero algo impedía que sus ojos lo reconocieran” (Cf. Lc. 24, 16). Al ser indagados acerca de su conversación, ellos se extrañan por ser el contradictorio el único de la región en no saber lo que ha pasado; es entonces cuando Jesús, haciendo uso de su título de Maestro, “y comenzando por Moisés y los Profetas, les hace interpretar todo lo que en las Escrituras se decía sobre Él” (Lc. 24, 27²⁷). Sin embargo, sólo cuando está Él a la mesa y con el gesto del *'partir el pan'* (mención explícita de la Eucaristía), en este acontecimiento tan sencillo pero tan profundo “se les abrieron los ojos y lo reconocieron” (Cf. Lc. 24, 31a). Aquí nuevamente vemos cómo en Lucas, es Jesús mismo quien toma la iniciativa y presenta todo un camino para llegar a la experiencia de reconocerlo en la *'fracción del Pan'*, lo que mueve igualmente a presenciarlo en el sacramento del altar.

Al comienzo se decía que se puede experimentar a través de la observación, más adelante se comentaba cómo se les abrieron los ojos a los discípulos al reconocer al Maestro, y cómo es que éste es un hecho recurrente en la experiencia con Jesús Resucitado.

Otro caso concreto que se puede citar de acuerdo con este tema, es el de Saulo de Tarso, quien después del encuentro con Cristo, pasará a ser reconocido en el cristianismo como el 'Apóstol de los Gentiles'. Nuevamente san Lucas -en los Hechos de los Apóstoles-, hace énfasis en el estar ciego ante el conocimiento de Jesús. Precisamente es el Resucitado quien toma la iniciativa para acercarse a Pablo, y quien le indica el procedimiento a seguir, valiéndose en este caso de un discípulo llamado Ananías; éste acude a su encuentro e,

²⁷ Biblia de Jerusalén (1976) (...) “Y, empezando por Moisés y continuando por todos los profetas, les explicó lo que había sobre él en todas las Escrituras.” (...) Recuperado de: <http://www.pastoral-biblica.org/BIBLIA%20JERUSALEN/indexbibliaconlibros.html#>

imponiéndole las manos, le dice: “Hermano Saulo, el Señor Jesús, que se te presentó en el camino por donde venías, me ha enviado para que recobres la vista y quedes lleno del Espíritu Santo. Al instante, fue como si se le cayeran escamas de los ojos y pudo ver” (Hch 9, 17b-18a).

El hecho de recobrar la vista es esencial en los relatos que narran los encuentros y las experiencias de los discípulos con Jesús; con palabras de Jesús Espeja, este acontecimiento *“es un modo elocuente de expresar lo que implica la fe: nuevos ojos para descubrir y gustar en la realidad algo que no se percibe a simple vista”* (2010:28). Ahora bien, no sólo es 'ver al Señor', ni tampoco escucharlo simplemente, es 'vivir con Él' (*'Koinonía'* = Comunión fraterna), dejarse llenar del Espíritu Santo y asumir el reto de anunciarlo. De hecho, la experiencia de las primeras comunidades cristianas se inició en el encuentro personal que tuvieron los Apóstoles y discípulos con el mismo Jesús, encuentro que los condujo a -después de anunciar el '*Kerigma*'-, consignarlo por escrito, junto con todas sus vivencias en los Evangelios, en los que se cuenta la experiencia de Fe de nuestras primeras comunidades cristianas, cuya sólida base no fue otra que el encuentro personal con Cristo, pero sobre todo su vivencia estrecha con Él. El mismo evangelista lo dice, como lo recuerda Jesús Espeja cuando escribe:

Lo que oímos, lo que vieron nuestros ojos, lo que contemplamos y palparon nuestras manos acerca de la Palabra que es la vida, porque la vida se manifestó a nosotros, eso que vimos y oímos, os lo anunciamos ahora'; experiencia, que según el autor, es un acontecimiento decisivo: Dios mismo entra como ser humano en nuestra historia y se hace solidario con nosotros en el recorrido de nuestra propia aventura. Tal es la

convicción de los primeros cristianos (2008:7).

Jesús prometió que el Espíritu Santo, que enviaría, haría recordar todo lo que Él les había enseñado; sin embargo, para el autor:

No se trata de que el Espíritu traiga las palabras y gestos de Jesús a la memoria de los discípulos desgastada por los años; 'recordar' significa 'pasar los acontecimientos por el corazón'; san Juan piensa que los discípulos 'eran torpes y lentos para entender' el significado y el mensaje profundos que tenían muchas palabras y gestos del Maestro. Pero a partir de la Resurrección fueron posibles una inteligencia y una interpretación nuevas (Espeja, 2010:29)

Es por eso que los Evangelios, y también los demás textos del Nuevo Testamento, se han de convertir en la roca firme donde se ve reflejado el camino de Fe de las primeras comunidades cristianas, fundadas sobre este cimiento de la experiencia de los Apóstoles, confesando a Jesús como el Mesías anunciado por los Profetas, el cual se entregó en la cruz para la salvación de la humanidad, y que estamos llamados a anunciar a partir de la experiencia que se vive con el Resucitado en cada celebración de la Eucaristía, donde el Espíritu de Dios sigue actuando en cada creyente. Por lo tanto, en palabras del autor:

Sólo este encuentro personal con Jesucristo vencedor de la muerte y con el misterio de la Iglesia, cuerpo espiritual e histórico del Resucitado, garantiza la salud de todas las formulaciones y de todas las prácticas culturales, así como de la misión encomendada al pueblo de Dios (Espeja 2008:295).

Los Evangelios y demás libros del Nuevo Testamento, por tanto, serán esos escritos que no sólo hablan de los acontecimientos a manera de historias, sino que nos narran esos hechos a la luz de la experiencia de fe de las primeras comunidades cristianas, es decir, desde su vivencia.

Jesús Espeja afirma que el objetivo fundamental de los Evangelios “no es describir los hechos al detalle, sino confesar y transmitir esa Fe o nueva interpretación de los mismos” (p. 7). Sin embargo, cada uno de las comunidades cristianas, teniendo en cuenta su experiencia de Fe, consignó por escrito su propia síntesis, pero con el fin de dar a conocer al único Hijo de Dios hecho Hombre. Continúa el autor: “Cada uno a su modo cuenta lo que fue una experiencia común: el mismo Jesús que anduvo por los caminos de Palestina, curó a los enfermos, acogió a los pobres y fue clavado en una cruz, se manifestó lleno de vida y vencedor de la muerte” (Espeja, 2010:26).

Pero, no sólo es el encuentro con Jesús, sino que también es la acción del Espíritu Santo, prometido por Él y enviado de lo alto, quien permite darle verdadero sentido a esta experiencia. De manera afín lo experimentaron Juan el Bautista, los Apóstoles, Esteban y Pablo. En este sentido y retomando las palabras del autor, se puede concluir que: “Difícilmente y de modo tan significativo dentro de la Esperanza bíblica, se podría decir mejor que el Espíritu es la fuerza de Dios que transforma y une a los seres humanos para crecer en la comprensión y la convivencia planetaria” (Espeja, 2010:7).

1.2.2 La importancia de descubrir la verdadera 'Imagen de Dios'

Los Apóstoles y discípulos de Jesús, el Hijo de Dios hecho hombre, fueron capaces de darlo a conocer, teniendo en cuenta que tuvieron una experiencia fundante con el Maestro; no sólo lo reconocieron, siguieron y escucharon, sino que estuvieron junto a Él, aprendieron directamente de sus palabras y acciones. Esto es algo que podemos confirmar a través de las palabras del Apóstol San Juan al comienzo de su primera carta: *“Lo que existía desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos mirado y nuestras manos han palpado acerca del Verbo que es Vida... se lo damos a conocer.”* (I Jn 1, 1.3a.)

Por eso, de lo que se ha experimentado y vivido, se puede hablar. Sin embargo, ¿cómo hablar de Dios Padre? ¿Quién ha tenido una experiencia de vida con Él para contarnos cómo es? ¿Quién ha vivido con Él para que nos lo dé a conocer? Al respecto de estas preguntas, se puede observar que a través de los relatos de la Biblia se descubren encuentros donde muchos personajes escogidos por Dios tienen vivencias cercanas con Él y actuales, a partir de las cuales poco a poco van dando a conocer la riqueza de la experiencia con el Maestro, con todas sus características.

Valga remitirnos al Antiguo Testamento, donde encontramos el caso concreto de Moisés, quien al darse cuenta de aquel acontecimiento de la 'zarza ardiente' que no se consumía, y al acercarse con intriga, escucha una voz que le dice: “Yo soy el Dios de tus padres, el Dios de Abraham, el Dios de Isaac, y el Dios de Jacob” (Éx 3, 6a); ante lo cual Moisés cubre su rostro porque teme ver a Dios, porque, según la tradición del pueblo, no es

posible "ver a Dios y seguir viviendo" (Éx 33:20).

Después de la Liberación del pueblo de la esclavitud de Egipto, Dios, por medio de Moisés, da a conocer a los israelitas su gloria, poderío y protección, a través de todo el recorrido por el desierto. Dios se da a conocer a los hombres, pone su morada en medio de ellos y establece una Alianza con el pueblo: "Seré Dios de ustedes mientras ustedes serán mi pueblo" (Lev 26, 12.)

Ahora bien, ya en el Nuevo Testamento, es de anotar que para el pueblo cristiano, quien da a conocer a Dios es quien existía desde el principio, como lo da a entender san Juan en el prólogo de su Evangelio: "El en el principio era el Verbo, y frente a Dios era el Verbo, y el Verbo era Dios. Él estaba frente a Dios al principio. Y el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros" (Jn 1, 1-2.14a), aspecto que es ratificado también en su primera carta, cuando hace referencia al Verbo como Vida Eterna que es anunciada: "Estaba con el Padre y se nos apareció" (I Jn 1, 2b).

No obstante lo anterior, hay que tener en cuenta que para los judíos el *hecho de Jesús*, como persona, como Profeta o Mesías, no es radical o fundante, como lo fue el caso de Moisés. En cambio, para los cristianos Jesús es la misma Palabra hecha carne, quien al manifestarse en la historia, asumiendo nuestra humanidad, revela al Padre Celestial y lo da a conocer, posiciones antagónicas que generan confrontación entre judíos y cristianos; Jesús Espeja manifiesta sobre este tema lo siguiente: "Los religiosos judíos no pueden aceptar que en la conducta histórica de Jesús se manifieste la divinidad. Sólo si se admite con realismo esa humanidad de Jesús y se acepta su conducta, se puede confesar sin error la

divinidad de Jesús” (Espeja, 2010:240).

En el diálogo que San Juan nos presenta entre Jesús y sus Apóstoles, después de la Última Cena, les promete un lugar en la casa del Padre y, ante el interrogante de Tomás sobre el camino para llegar, el Maestro responde: “Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida. Nadie viene al Padre sino por mí. Si me conocen a mí, también conocerán al Padre. Desde ya ustedes lo conocen y lo han visto” (Jn 14, 6-7); lo cual es una revelación, que inclusive llena de asombro a los mismos Apóstoles, a tal punto que el mismo Felipe con temor le dice. “Señor, muéstranos al Padre y eso nos basta” (Jn 14, 8).

Las palabras de Jesús ante esta petición suenan a un reproche: *“El que me ha visto a mí ha visto al Padre. ¿Cómo, pues, dices: Muéstranos al Padre? ¿Acaso no crees que yo estoy en el Padre y el Padre está en mí? Las palabras que les he dicho, no vienen de mí: el Padre que está en mí, es el que hace sus obras. Créanme: Yo estoy en el Padre, y el Padre está en mí; al menos créanlo por esas obras” (Jn 14, 9b-14).*

En este sentido, no hay mejor manera de conocer al Padre, más que a través de la misma persona de Jesús, Quien lo da a conocer, es más, y Quien es su propia revelación, en palabras del Papa Benedicto XVI (gran teólogo Joseph Ratzinger):

En la respuesta a Felipe, Jesús hace referencia a su propia persona como tal, dando a entender que no sólo se le puede comprender a través de lo que dice, sino sobre todo a través de lo que Él es, podemos decir que Dios asumió un rostro humano, el de Jesús, y por consiguiente de ahora en adelante, si queremos conocer realmente el rostro de

Dios, nos basta contemplar el rostro de Jesús. En su rostro vemos realmente quién es Dios y cómo es Dios (2006:34).

Pero conocer a Dios, a través de la persona de Jesús, es algo que no puede ser abarcado del todo, pues el conocimiento de Dios sigue siendo todo un misterio lejano a nuestra razón, como lo afirma el autor: *“En la novedosa revelación de Jesucristo, Dios sigue siendo realidad inagotable que nunca se termina de conocer. Su trascendencia desborda nuestras categorías mentales”.* (Espeja, 2010:233)

Así mismo, hay quienes dicen que no hay forma alguna de determinar cómo es Dios, ni siquiera tenemos una representación gráfica real de Jesús, y menos aún podemos hacer una del mismo Dios. La cuestión es que al intentar conocer a Dios no se trata de tener una imagen de Él, sino más bien de reconocerlo en nuestras vidas a través de la cercanía con Jesús. Ante este cuestionamiento, Jesús Espeja plantea:

Nosotros confesamos que en la conducta histórica de Jesucristo, Dios mismo se manifiesta; el encuentro personal con Jesucristo es el encuentro personal con Dios, siempre mayor en su misma cercanía; en vez de interpretar desde nuestras imágenes de la divinidad la conducta humana de Jesucristo, debemos conocer esa conducta humana para desde ahí barruntar y gustar cómo es y cómo actúa Dios (2010:18)

Desde luego, el anuncio que Jesús hace en su predicación sobre la instauración del Reino, y sobre todo a través de las acciones que hacen presente de ese Reino en medio de los hombres, se pone de manifiesto el actuar de Dios Padre que nos da a conocer el mismo

Jesús; así lo expresa el teólogo español: *“Los milagros de Jesús son gestos que manifiestan lo que Dios quiere, Liberación para todos. No son milagrerías sino manifestación del Dios Encarnado que, con las acciones de Jesucristo, impulsa la vida venciendo a la muerte”* (Espeja, 2010:264).

Jesús no sólo nos da a conocer a Dios, sino que nos invita a estar en contacto permanente con Él. De ahí que nos enseñe a orar, y no quiere decir que las personas no sepan orar -inclusive Jesús pertenecía a un pueblo que sabía orar-, sino que ante la imagen que está mostrando de Dios como Padre, Él ofrece una nueva forma de orar, oración que en muchos casos se ha de hacer desde la intimidad y la soledad, y como dirá el autor: *“No para huir de la historia sino para descubrir en las personas y en los acontecimientos esa presencia benevolente, la voluntad del Padre, y entregarse de lleno a la realización de la misma”* (Espeja, 2010:81).

En esa relación Padre–Hijo que se presenta entre Dios y Jesús, hay cercanía, esto es, la manifestación plena del Dios que se hace cercano a las necesidades del hombre, el Dios que se abaja y está junto a su Creación, el Dios a quien Jesús llama “Abbá” y por quien nos invita a estar en constante comunión, por medio de la oración, con el Padre suyo y Padre nuestro.

En palabras del Papa Benedicto XVI:

El objetivo hacia el que debe orientarse nuestra vida es encontrar a Jesús, tratando de ver en Él a Dios mismo, al Padre celestial. Debemos dejarnos conquistar por Jesús,

estar con Él e invitar también a otros a compartir esta compañía indispensable; y, viendo, encontrando a Dios, encontrar la verdadera vida. (2006:45).

1.2.3 Jesús, punto de referencia inabarcable para el compromiso

Jesús es el principal punto de referencia en nuestro *compromiso*, pues Él, más que un maestro de oración es un Maestro de Vida, una guía pero no bajo procesos establecidos sino a través de las enseñanzas de un nuevo modo de ver la existencia y de vivirla, así como de ver y contemplar a Dios. Es así como a lo largo de la historia, se ha creado la idea de que la fe en Jesús se manifiesta en las maneras más adecuadas de ver y vivir la vida. De esta manera lo plantea el teólogo español:

Cristo es Jesús, alguien de la raza humana, un hombre de condición histórica y social como nosotros. Tan inseparables como Jesús y Cristo, son la historia y la fe. Jesús salvaguarda cualquier manipulación del Cristo cuya mesianidad sólo se manifieste en la conducta humana de Jesús. Y Cristo evita reducir la verdad sobre Jesús a lo sólo históricamente controlable. En esos marcos procede la fe de las primeras comunidades cristianas (Espeja, 2010:43)

De esta forma, la fe en Jesús se referencia en las acciones concretas de sus seguidores, las cuales deben estar guiadas hacia el establecimiento de una relación personal de amistad con Él que se base en la confianza, es decir, no se cree en Cristo sino se confía en Él, basando cada una de las acciones en una respuesta libre a los llamados de Jesús; de

lo contrario no tendremos fuerza alguna, al no permitir de esta forma un encuentro personal, entendiendo como principal punto de referencia dichos llamados de Jesucristo. En este sentido, reafirma Espeja: *“Dios actúa en nuestra historia para que todos lleguen a la vida en plenitud, y pide ser escuchado para que hombres y mujeres traten de actuar como Dios actúa” (2010:25).*

De esta manera, en la medida en que se confía en Jesús se aprende a confiar en la Palabra de Dios, la cual permite avanzar hacia la plenitud divina a través del acercamiento a Él, de su recibimiento y su aceptación, y de aprender a ofrecer amor sincero que ponga de manifiesto las buenas acciones adquiridas por los seguidores del amor de Dios y de Jesucristo, siendo totalmente escuchados y siguiendo todas aquellas enseñanzas que Jesús nos brindó por medio de su Palabra. En este sentido, la fe se traduce en que mediante la experiencia de acercamiento a Jesús, se presenta una adecuada convivencia en comunidad, la cual se expresa en los diferentes espacios de bondad en la vida, y se apoya en razones que dejan ver la plenitud de vivir y convivir con los otros, y en el respeto por las convicciones propias de cada uno en los actos cotidianos. A continuación, expresa al respecto el teólogo español:

La única salida es vivir la fe cristiana no sólo y tanto como adhesión a unas verdades formuladas, unas creencias, sino como un encuentro personal con Jesucristo, que significa un encuentro con el Padre, desde donde miramos y valoramos a todos como hermanos. El cristianismo no es una ética o conjunto de preceptos cuyo cumplimiento asegura la salvación. Ni una filosofía muy sublime. La fe cristiana es un encuentro, gracias al Espíritu, con Jesucristo vivo. Radica en la contemplación de quien nos ha

revelado en su misterio la plenitud del cumplimiento de la vocación humana y de su sentido. (Espeja, 2008:294)

Es así como la fe cristiana o la fe en Jesucristo implica *seguirlo* radicalmente, ponerlo en el centro de la existencia, estar con él, vivir como Él vivió, ser un puente de comunicación que permita anunciarlo con el fin de construir un mundo mejor. A través de la fe sucede el encuentro con Jesucristo. Ya lo decía -con referencia a este encuentro personal del cristiano con Jesucristo, en América Latina-, el Documento-síntesis de Aparecida:

La alternativa crucial es ésta: o nuestra tradición católica y nuestras opciones personales por el Señor arraigan más profundamente en el corazón de las personas y de los pueblos latinoamericanos como acontecimiento fundante, como encuentro vivificante y transformador con Cristo, y se manifiesta como novedad de vida en todas las dimensiones de la existencia personal y la convivencia social, o corre el riesgo de seguir dilapidándose, empobreciéndose y diluyéndose en vastos sectores de la población, lo que sería una pérdida dramática para el bien de nuestros pueblos y para toda la catolicidad (DS, 2008:15).

En este orden de ideas, Jesús debe entenderse como el único punto de referencia para quienes siguen el camino cristiano, pues es Él quien puede asegurar la realización plena del ser humano en este mundo y en el venidero, porque nadie más que Él tiene tantas pautas válidas a seguir. Es por lo anterior que se presenta la apremiante necesidad de que en su gran mayoría la humanidad tome conciencia de las pautas cristianas que permiten una filosofía práctica de vida enfocada en la proyección humana. De este modo, los cristianos

debemos optar por la salvación cristiana que nos ofrece Jesucristo, la cual según el teólogo español:

La fe cristiana, la salvación tiene como equivalente el 'Reino de Dios', que tiene lugar cuando mujeres y hombres dejan que Dios-Amor sea el único rey o absoluto en su forma de vivir y en la forma de relacionarse con los demás. Desde esa clave, la salvación es integral, liberadora y eterna (Espeja, 2010:287).

A propósito de esta afirmación de Espeja, que ratifica una *salvación integral-liberadora* desde la propuesta cristiana. Conviene recordar en términos soteriológicos, que la *salvación-liberación* hoy para el cristiano en América Latina implica la dimensión espiritual y social de la persona humana. Ella tiene su origen en el camino de la conversión a Dios, lo cual significa una revisión de nuestros criterios de fe y actitudes correspondientes delante de los pobres. Las relaciones humanas subyacentes a esta visión antropológica suponen vínculos de solidaridad y excluyen una mantenida dinámica de dominación.

En Jesús Espeja, al igual que en muchos teólogos latinoamericanos, la salvación entendida en clave de la Liberación humana, se inserta en la Liberación definitiva traída por Jesucristo, quien la asume en la medida en que ella se realiza en vista del bien de la humanidad y en el respeto de la dignidad humana. El Antiguo Testamento sirve de base para exponer la intención de Dios de constituir un pueblo que participe de manera colectiva en la edificación del Reino de justicia y paz en la tierra. La enseñanza de muchos teólogos y hombres comprometidos como *Monseñor Óscar Arnulfo Romero*, opone proféticamente el pecado que actúa en toda sociedad a la importancia de tener una idea clara de la Salvación

deseada. De hecho, él insistió hasta el derramamiento de su sangre sobre la importancia de tener una visión determinada de la persona y de la misión del Jesús histórico y del Cristo resucitado que continúa su obra en la historia.

La re-definición de la intención divina y del *proyecto de Salvación-Liberación*, lleva implícita la restauración de la vida eclesial concebida como presencia orgánica y mística de Cristo en la historia. De esta manera, por sus actitudes y su palabra profética, el cristiano y el pueblo consciente de esta misión, se transforman en los mensajeros de Dios en la contingencia de la historia presente, llena de paradojas y contradicciones como ocurre en América Latina y el Caribe.

Por otra parte, el compromiso cristiano desde las actuales coordenadas latinoamericanas, no podrá tener un asidero verdadero sino parte de una actitud confiada en la Palabra de Dios, al ejemplo del mismo Jesús de Nazaret; esta actitud implica una responsabilidad en los diferentes contextos en donde se desenvuelve el creyente, para que de esta manera el mensaje de Jesucristo como punto de referencia siga siendo el que fundamente las acciones del cristiano actual, y a la vez le dé sentido a su vida comunitaria.

Por otro lado, se debe recordar que la primigenia figura de Jesús de Nazaret sigue siendo la más importante para las tres grandes vertientes cristianas: católica, ortodoxa y protestante, además del interés creciente en las tres religiones monoteístas por la figura de Jesús, lo que da lugar a una 'situación paradójica', pues en palabras del pensador Reyes Mate:

Occidente es impensable sin la figura de Jesús y, en la medida en que Occidente está pensándose y buscando un futuro, está buscando personajes fundamentales que lo han creado, y Jesús es uno de ellos, al igual que los musulmanes, que 'siempre le han reconocido como un profeta y eso lo vamos entendiendo ahora los cristianos y se va abriendo el horizonte de la significación de quién es Jesús (Reyes Mate, 2012: p. 32).

Siguiendo la idea de Reyes Mate, la experiencia de Dios a través de Jesucristo es fundamental en el proceso de la comunidad cristiana, ya que el Padre es Él el Dador de Vida, Él es quien pudo resucitar a su Hijo Jesucristo y permitió que resucitara con el fin de que transmitiera el mensaje de su acontecimiento histórico, impulsando a los cristianos actuar de acuerdo con los valores humanos tanto consigo misma como con sus iguales. De esta manera lo expresa Jesús Espeja:

No podemos ser hijos sin cruz. No encontraremos a Dios sino en lo seres humanos, en las realidades terrenas y en los acontecimientos históricos, todos ellos marcados por la caducidad, pero de algún modo habitados por la Palabra de Vida que siempre permanece. Sólo quien proceda en la lógica del amor y servicio gratuito para afirmar a los otros, es mediación verdadera de Jesucristo el Señor (2010:214).

Jesucristo con su predicación -llena de Esperanza y Fe en Dios Padre bondadoso-, infundía coraje a todos aquellos que aceptaban su Palabra; de la misma manera, su mensaje no defraudó a ninguno de los que pronunciaron su Nombre con su vida, y fue para todos como un pozo profundo de donde cada uno sacaba su experiencia dulce y quedaba saciado, con hambre únicamente de repetirlo de nuevo, reconociendo a un Dios manifestado en los

fenómenos terrenos, que desde luego son pasajeros, pero que están habitados y llevados por la presencia del Espíritu de Dios que se mueve activamente sobre todos los acontecimientos del mundo. Esta revelación la descubrimos en Jesús de Nazaret de manera más diáfana, pues Él enseñó a los seres humanos a descubrir a Dios en todos los fenómenos del mundo, pero especialmente en los más pobres y desvalidos, en aquellos que no cuentan, pero que para Dios sí son importantes. Es por esto que el teólogo Espeja asevera:

El punto de partida, de referencia continua y de llegada debe ser el acontecimiento histórico Jesucristo, tal como podemos vislumbrarlo en las fuentes neotestamentarias: como núcleo histórico permanente y fácilmente aceptable por todos, se ve una experiencia integrada por tres notas inseparablemente unidas: intimidad de Jesús con Dios, dedicación total a la llegada del Reino y debilidad con los débiles (1998:167).

Corroborando lo expresado anteriormente por Jesús Espeja, Jesucristo aparece entre nosotros con la fragilidad con que brota la vida; a pesar de todos los barnices comerciales, el nacimiento de Jesús sigue ejerciendo una fascinación sin límites. Un Dios cercano y débil sigue rompiendo, en su silencio de recién nacido, lógicas y organizaciones que nos alejan a ritmo electrónico de las mayorías excluidas de nuestro mundo -entre las que nació Jesús-, lugar privilegiado para contemplar este Nacimiento. La contemplación de este Niño, en medio de la debilidad y de la noche, en el anonimato de lo simple, en el olvido de lo irrelevante, en lo huidizo de lo puntual, nos ofrece hoy lo inédito de su inagotable novedad: una fuerza de salvación que podemos acoger dentro de nosotros y ayudar a que crezca en nuestra tierra de desencantos históricos, marcados por muchas cicatrices, o de espiritualidades

sin cercanía a los pobres y, por lo tanto, sin historia. ¿Acaso no es en la debilidad solidaria de su Nacimiento donde se revela de manera insuperable el amor solidario del *'Dios-con-nosotros'* o *'Emmanuel'* mesiánico? Ya antes nos había hablado con la sabiduría y la fuerza deslumbrantes de la Creación (Cf. I Cor 1,21). Fue, en efecto, su primera Palabra. Pero no la reconocimos. Ahora nos habla desde la *'locura'* y el *'escándalo'* de la debilidad, de "un Mesías que es fuerza de Dios y Sabiduría de Dios. Pues la locura de Dios es más sabia que los hombres, y la debilidad de Dios más fuerte que los hombres" (1 Cor 1,23-25).

Sintetizando este apartado, se puede argumentar que Jesús, el Dios hecho Hombre, ejerció un liderazgo que ha sobrepasado las barreras del tiempo, y por ello sigue hoy vivo en el pensamiento de muchos hombres, y en la Esperanza de los seres humanos que buscan a Dios. Han pasado alrededor de dos mil años y su influencia sigue latente en nuestros días, su ejemplo y su vida siguen llamando a muchos hasta el punto de dejarlo todo por seguirlo. Hoy en día, cuando muchas personas siguen en la búsqueda de una vida plena y ansían la felicidad, Jesús es el Camino cierto que nos conduce hacia esta realidad.

1.3 La identidad del creyente cristiano

1.3.1 La Encarnación

El aspecto más importante dentro de nuestra fe cristiana, y que disiente de las demás religiones, es el tema de la Encarnación, esto es: "la Palabra que existe desde siempre y es Dios, se ha hecho carne, asume nuestra condición humana que incluye un tiempo y un

espacio determinados” (Espeja 2010:189)

Esto se puede constatar en Jesucristo, que con su nacimiento se introduce de lleno en nuestra historia e hizo historia en un espacio y tiempo determinado, aspecto que se puede constatar en los mismos hechos reales en este mundo, y que no da lugar a dudas. La investigación histórica así lo confirma, sobre todo en la muerte y resurrección de Jesús, pero agregándoles un aspecto teológico y de fe que consiste en creer que en los hechos históricos de Jesús, Dios mismo se estaba revelando en favor de todo el género humano.

Vistas así las cosas, la Encarnación como hecho histórico y de fe no está terminada, pues sigue aconteciendo en todos los hombres y mujeres que tienen un encuentro con el Resucitado, que a su vez hace comprender cómo Dios sigue estando presente en la historia del ser humano. De esta manera lo corrobora el teólogo Jesús Espeja: *“Desde dentro y desde lo más íntimo de la humanidad -eso implica el realismo de la Encarnación- se hace cargo de nuestros sufrimientos, trata de remediados, combate las causas que los originan, y finalmente carga con todos nuestros males”* (Espeja 2010:224).

Lo anterior implica que en Jesucristo como la Palabra encarnada, es donde se nos manifiesta de parte de Dios una propuesta de vida para el creyente cristiano que reconoce en Él al Dios-Amor que se encarna y que transmite su infinito e incondicional amor, transformándolo e invitándonos así a re-crear el rostro humano de Dios manifestado en un estilo de vida, una espiritualidad, una vocación y un camino: el del mismo Señor Jesucristo.

En esta medida la Encarnación de Jesús, como lo confirma Tomás de Aquino (citado por Espeja, 1998) es “*obra del amor gratuito de Dios a favor nuestro*”. Esta afirmación es fundamental para cualquier persona al hacer, pues, una experiencia del amor de Dios para reconocer su rostro, pues sólo:

Desde ese encuentro personal y comunitario que llamamos fe cristiana la comunidad cristiana puede gustar lo nuevo que va emergiendo en las distintas culturas, y superar continuamente la tentación de instalarse escuchando la voz de Dios encarnado y siempre mayor, que le invita continuamente a salir de la propia tierra (Espeja, 2008:308).

Desde esta perspectiva encarnada del teólogo español, se puede afirmar que la grandeza y la belleza de re-crear el mundo que Dios ha hecho para nosotros, y se nos invita, pues, a volvernos más humanos, a sufrir con el que sufre, a salir al encuentro del otro para que desde el servicio desinteresado se pueda evidenciar que el Amor de Dios hoy sigue haciéndose presente, y que también está con nosotros a través de cada buena acción que realizamos y con la que construimos Iglesia, comunidad de vida y amor. Esta Encarnación manifestada y dada en Cristo, sigue aconteciendo en las diferentes épocas y contextos históricos del hombre y de la Creación, en la cual Dios sigue manifestando su gloria y su proyecto de salvación, frente a lo cual afirma Jesús Espeja: “*Bien podemos hablar de Creación y Encarnación continuadas porque el Creador nunca abandona a sus criaturas, y en la Encarnación el Hijo de Dios en cierto modo Él se ha unido a todo ser humano*” (2010:84).

Por lo tanto, Jesús nacido de una '*Mujer*', no es un mito sino un ser humano igual a

nosotros menos en el pecado (Cf. Jn 8:46). En Él, Dios nos ha manifestado su proyecto salvador, Jesús es un hombre que con su ejemplo nos enseña que la dignidad se alcanza con el trabajo y que para subsistir hay que hacerlo; por eso aprendió el oficio de la carpintería mientras vivía al lado de su padre adoptivo José. Jesús actuaba según lo que su corazón le decía para 'hacer el bien sin mirar a quién', ni el día ni el lugar; es decir, Jesús pensaba con inteligencia humana, estudiaba y predicaba, obró con voluntad de hombre: fue tentado en el desierto, pero supo aprovechar su libertad y venció la tentación; amó con corazón de hombre, por lo cual seleccionó a sus amigos, celebró con ellos, lloró por ellos, se entregó por ellos; son todas estas pequeñas cosas las que día a día hacen de la Encarnación el gran acontecimiento para la vida de nosotros los cristianos. Al respecto, recuerda Espeja:

La fe de la comunidad cristiana defendió siempre con firmeza: en Jesucristo, Dios se hace solidario de los seres humanos. En la Encarnación la divinidad está unida inseparablemente a la humanidad; Jesucristo pertenece a la raza humana; es en todo igual a nosotros, menos en el pecado que nos deshumaniza. (Espeja, 2010: 221)

Es así como la imagen que nos muestra Jesús sobre Dios es la auténtica imagen del Dios que proclama el Evangelio, un Dios que está *con* el ser humano, que sufre *con* el ser humano, pero que también se alegra *con* él, un Dios que sale de sí para ir al encuentro del ser humano en un ambiente de solidaridad. El '*Emmanuel*' sigue actuando hoy y nos invita a reconocerle, amarle, contemplarle y seguirle desde nuestra condición humana que, aunque frágil y vulnerable, es capaz de optar por el Bien supremo, por el Amor, la entrega y el servicio en busca de un mundo más humano, y así mucho más divino. Por consiguiente, el cristiano -al seguir a Jesús-, y comprometerse con su proyecto debe mostrar con su vida que

la Encarnación significa una opción libre por el hombre, en palabras del teólogo español:

Esta opción por el hombre se verifica en las acciones liberadoras de los pobres: acercarse a ellos, compartir su suerte, trabajar por la justicia sin dejarnos atar por miedos ni falsas seguridades. Este compromiso hasta las últimas consecuencias sólo es posible en un clima de contemplación sobre la verdad de Dios y sobre la verdad del Hombre. La fe cristiana abre nuestros oídos y nuestro corazón para que los pobres nos enseñen su verdad. (Espeja, 1986:855)

Siguiendo a Espeja, esta opción liberadora por los pobres a ejemplo del Maestro Jesús, implica hablar del tema de la Encarnación y reconocer este gran acontecimiento transformador que implica tener una relación profundamente con el otro, y encarnarse en la vida de los demás seres humanos. En este sentido, así como la Virgen María permitió asertivamente que el Verbo de Dios transformara su vida, encarnándose en su existencia, de la misma manera nosotros como creyentes, como cristianos, hijos de Dios, debemos dejarnos transformar por el Hijo de Dios. De esta manera, siendo cambiados y transformados por Dios, podremos cambiar la vida de los demás. Si Jesucristo transformó la vida de su Madre María desde su seno -y más aún en su vida cotidiana-, con más razón podrá Él transformar nuestra fragilidad, renovando nuestro corazón, nuestra vida y nuestra conciencia de seres humanos que se relacionan *en y para* la comunidad.

Otro aspecto fundamental al hablar de Encarnación es el de la “*Kénosis*”, que es la intimación que tiene Dios con el hombre de manera plena, la relacionalidad que tiene lo humano y lo divino, el cielo y la tierra, que se unen y forman un todo unitario. En

Jesucristo, humanidad immanente y trascendencia van de la mano; en este sentido Dios mismo al encarnarse en el mundo, lo que hace es humanizar y liberar al hombre de la opresión, del pecado, y desde esta perspectiva Jesucristo es un proyecto humanizador de evangelización. De esta manera, el concepto de “*Kénosis*” o abajamiento extremo de Dios en la historia no es otra cosa que la respuesta de Dios a la promesa de salvación hecha en el Antiguo Testamento a los Profetas y Patriarcas de Israel. Jesucristo es la plenitud de las promesas veterotestamentarias y en este sentido con Él se plenifica la Revelación y llega a su plenitud en Dios. No es cuestión de dar o recibir un regalo más, aquí lo que se recibe es al mismo Dios en el corazón del hombre. Jesús quiere que nosotros nos renovemos en el Amor auténtico y, por ende, quiere que seamos coherentes en nuestra vida con nuestros principios morales y cristianos.

Finalmente -y en un intento por sintetizar este aspecto que es fundamental a la hora de hablar del dogma de la Encarnación, el cual es el de la salvación por Cristo, en Cristo y con Cristo-, es importante plantear la problemática de la *soteriología* actual. En este sentido, la soteriología o tratado de la Redención va de la mano con la cristología en la medida en que sólo por el acontecimiento del nacimiento de Cristo es que la humanidad es salvada y redimida del pecado, y por tanto se obtiene el don de la gracia y el don del amor que sólo se alcanza en Jesucristo. Salvarse implica involucrarse con el otro, por lo cual la cristología es relacional y relacionante. Sólo quien reconoce a Jesucristo como comunión con el Padre y el Espíritu Santo -y hace lo mismo con quienes le rodean- alcanza la perfección en el proyecto humanizador de Jesús, que consiste fundamentalmente en la misericordia que debemos tener unos con otros; así lo afirma el teólogo Jesús Espeja: “*No hay salvación o auténtica realización humana sin el abandono en brazos de esa*

misericordia que nos sustenta y trata de emerger en nuestra vida liberándonos de falsas seguridades” (2010:97).

1.3.2 Confrontación de los temas de la libertad y del seguimiento en Jesús

Espeja

El amor de Dios es tan grande con el ser humano que lo hizo a su imagen y semejanza, regalándole el don de la conciencia y teniendo en cuenta que esta facultad única de él lo ayuda a que las decisiones que cada quien toma sean conformes a la verdad y sirvan para el bienestar, como dice Santo Tomás de Aquino: *“Es un dictamen de la mente que indica lo que está bien y lo que está mal, y sugiere lo que se debe hacer y lo que no se debe hacer; aprueba o condena lo que hacemos u omitimos”* (Espeja, 2010:332), y nos impulsa como cristianos a seguir trabajando para la vida, sirviendo y buscando el Bien Común tras la sana convivencia desde la experiencia de una vocación específica entendida como el llamado de Dios a comprometernos con el mundo para ser incluyentes, para luchar por los más pobres, y para trabajar sin cansancio por la paz y la felicidad como verdaderos testigos de Jesús que luchan por construir el Reino de Dios, un Reino de Amor verdadero donde todos somos hermanos y tenemos un mismo Padre.

Lo anterior implica -desde el enfoque de la obra de Jesús Espeja-, reflexionar desde la perspectiva cristiana en el hecho de que el ser humano es imagen de Dios, aspecto que lleva a afirmar que la presencia de Dios está en cada uno de los seres humanos. Al respecto, afirma el teólogo Espeja: *“Pero no es aceptable un Creador que prive a los seres humanos de su libertad e intervenga milagrosa y arbitrariamente para interrumpir los procesos de*

una Creación que él mismo está sosteniendo desde dentro” (2010:266). Esta aseveración, por consiguiente, conduce a pensar que una de las características de nuestro mundo actual es que implica una actitud de rechazo de todo lo que se imponga desde fuera de la conciencia, aspecto que igualmente es analizado por el mismo Espeja cuando afirma: *“La verdad no se impone desde fuera y a la fuerza; tiene que seducir a las personas para que actúen por sí mismas y desde dentro” (2010:342)*

Lo inmediatamente anterior -aseverado por Espeja-, induce a pensar que desde la perspectiva cristiana, el hombre es entendido como imagen de Dios, y por lo tanto Dios está en cada hombre en lo más profundo de su interior y gime para ser en cada uno, una realidad plena. Ahora bien, Dios no le quita a nadie su libertad, Dios no priva a nadie de su proceso natural, ni quiere estar por encima de la conciencia humana, sino que presente desde lo más profundo de la Creación está en un constante perfeccionamiento de la misma condición humana. Un ejemplo de ello, como se ha visto, es analizar cómo en Jesús de Nazaret la voluntad divina, lejos de anular, oprimir o aminorar la voluntad, libertad y autonomía humanas, las afirma y las potencia.

Efectivamente, el Amor de Dios alienta desde dentro la misma condición humana. Aquí está la referencia insustituible para pasar, en términos cristianos, de una moral prioritariamente *preceptiva* a una moral prioritariamente *indicativa*; de una '*moral de esclavos*' -con expresión de F. Nietzsche- que por muy bien que cumpla el deber sigue bajo la esclavitud, a una moral en "la libertad gloriosa de los hijos de Dios" (Rom 8, 21). El hombre y la mujer modernos -tan celosos de su autonomía y anhelantes de libertad- nos permiten descubrir un signo y una llamada del Espíritu Santo, oportunidad para ofrecer la

novedad de la moral cristiana²⁸. Un apoyo para que la autonomía y la libertad de las personas y de los pueblos no se queden a medio camino y se vuelvan contra ellos mismos. Si el amor es el centro de la conducta moral cristiana, tres aspectos son destacables:

La Buena Noticia de Jesús no es sometimiento servil a una divinidad que, ofendida por nuestros pecados, nos amenaza implacable, sino la conversión al Reino de Dios que ya está irrumpiendo, al amor del Padre que ya está presente y activo en nosotros y en el mundo. No está motivada por el miedo al castigo sino por la experiencia de un amor que gratuitamente irrumpe en nuestra vida, nos gratifica y nos cambia (Espeja 2010:326)

Al reconocer al 'Emmanuel' encarnado, el cristiano adquiere una espiritualidad también encarnada, que le da identidad y lo impulsa a vivir en libertad y autenticidad, siendo "sal y luz de la tierra" (Mt 5,13²⁹) para el resto de sus hermanos. Y se descubre cómo Jesús realiza y muestra el camino de la humanización, y desde allí damos los primeros pasos para una vida buena y santa que, mediante el testimonio personal, invita a compartir y a ayudar a que los otros actúen conforme a una conducta que ofrezca vida en plenitud; para esto debemos sentirnos Iglesia, pues *“Ser cristiano significa entrar en la Iglesia, construir y reconstruir cada día la comunión o fraternidad en medio de los inevitables conflictos y tensiones”* (Espeja, 2010:329).

²⁸ Espeja (1995) hablando en su texto “El Coraje de Futuro” manifiesta que “«Cristo es verdaderamente el lugar teológico más original de la ética cristiana; la originalidad de la moral cristiana es Cristo». Moral cristiana no es más que seguimiento de Jesús, conlleva «tomar parte en su misterio pascual de muerte y resurrección, que es el misterio de liberación integral de la persona humana; muerte de cuanto deshumaniza a la persona y resurrección para una vida nueva» (p.194)

²⁹ Biblia de Jerusalén (1976) (...) *“«Vosotros sois la sal de la tierra. Mas si la sal se desvirtúa, ¿con qué se la salará? Ya no sirve para nada más que para ser tirada afuera y pisoteada por los hombres.»* (...) Recuperado de: <http://www.pastoral-biblica.org/BIBLIA%20JERUSALEN/indexbibliaconlibros.html#>

Todo esto es una dinámica de Fe que el cristiano alimenta diariamente y que demuestra en una afectividad oblativa, en generosidad, misericordia, humildad, bondad y solidaridad, frutos de la seducción de Dios que actúa desde dentro y refleja la convicción personal que conduce a la mística como fruto de una fe bien vivida, confesante y testimoniada que trasciende de lo personal a lo comunitario y abre caminos al futuro de la Iglesia, todo esto desde la libertad y la autonomía humanas, signo del encuentro vivo con el Resucitado, que nos hace actuar con sus mismos sentimientos (Cf. Flp 2:5), y del mismo modo que Jesús nos invita a vivir en una continua *'teopraxis'*.

Por otro lado, desde Jesús Espeja, se puede leer cómo Jesucristo ofrece una nueva dimensión de la trascendencia que amplía el horizonte de sentido de la misma condición humana, el cual genera libertad y da un supra-sentido a la Iglesia, proponiendo un estilo de vida evangélicamente significativo que implica conversión desde una fe madura, que ayuda al hombre a servir mejor, e invita a dejar a un lado el poder y a reconocer el mundo como lugar de salvación y signo de comunión mundial.

Es así como -desde Jesucristo- la conducta histórica a seguir en el hombre de fe debe ofrecer caminos más humanos y re-significar una sociedad laica, plural y *'poscristiana'* como lo es la nuestra. Así las cosas, vivir en libertad desde la perspectiva de fe, es decirle sí a Dios, es obedecer sus mandatos y dignificar al hombre, es vivir con entusiasmo utilizando la razón siendo conscientes de la situación y el contexto en el que vivimos; es luchar por los derechos humanos, como portadores de la marca de la dimensión divina que nos lleva a la plena configuración con Cristo, al testimonio y al discipulado, verdaderas exigencias de la dimensión misionera que nos introyectó la *V Conferencia*

Episcopal Latinoamericana de Aparecida (Brasil, 2007).

Esto -en otras palabras- es espiritualidad cristiana, la invitación a vivir siendo auténticos y autónomos, dentro de una comunidad llamada Iglesia, poniendo al servicio los carismas que a cada quien se le han dado, siendo contemplativos, con una visión positiva del mundo, apasionados por el Reino y dispuestos a vivir con un estilo característico donde el Evangelio sea realmente el motor de nuestras vidas.

La libertad que se nos ha dado como cristianos es, pues, una doble responsabilidad: responsabilidad con nosotros mismos, con los demás y con la Naturaleza, en busca de emprender nuevos caminos de Evangelización y predicación.

Por otra parte, se debe considerar y aclarar la distinción de términos entre *libertad* y *voluntad*, pues aunque ambas tienen algunos puntos de convergencia, es preciso comprender su sentido y significado en la espiritualidad cristiana. Somos criaturas, pero libres significa entonces que Dios nos ha hecho 'a su imagen y semejanza', pero con la diferencia de que por la voluntad podemos optar entre lo bueno y lo malo, es decir, ejercer el discernimiento espiritual, una manera de decidirse por el camino del bien o por el del mal. Una disyuntiva donde sólo puede escogerse una de las dos alternativas.

Finalmente, es preciso hablar de otro tema interesante acerca de la Libertad que recibimos en Jesús, mediante el Espíritu Santo: la filiación o adopción filial que nos hace hijos en el Hijo (Cf. Rom 8, 15-17 y Gál 4,6). En efecto, somos hermanos en Jesucristo y, por ende, tenemos un Padre común que nos libera por su Hijo y nos permite *crisificarnos*,

salvarnos en Jesús de Nazaret. Somos redimidos por la gracia santificante que sólo otorga Dios por medio de su Espíritu Santo. Jesucristo -Proyecto liberador del Padre- quiere, así como en el Antiguo Testamento sacó mediante el éxodo a los pueblos que estaban en tinieblas y en sombra de muerte, dar una nueva divinidad a la humanidad.

1.3.3 La moral cristiana³⁰ en el ámbito del seguimiento

A partir de la reflexión realizada por el Concilio Vaticano II, la Iglesia sintió deseo, ánimo y ante todo la necesidad de entablar un diálogo sincero con el mundo moderno, analizando sus problemas no como una simple crítica hacia la fe cristiana y sus dogmas, sino como una manifestación del Espíritu Santo que interpela la fe y el comportamiento de los cristianos. Entre otros, uno de los problemas que tiene que enfrentar de manera dialogante es el ateísmo y frente a esto afirma el Concilio:

La Iglesia, al mismo tiempo que rechaza totalmente el ateísmo, profesa sinceramente que todas las personas, creyentes o no creyentes, deben contribuir en la acertada construcción de este mundo en el que todos viven, lo cual es imposible sin un auténtico y prudente diálogo (Constitución Pastoral 'Gaudium et Spes', No. 21).

Seguidamente, y en ese mismo deseo de dialogar con el mundo actual la encíclica

³⁰ «La moral cristiana lleva la marca de Cristo. Arranca de su vida y de su doctrina. No es un elenco de normas sino un seguimiento. No es una filosofía sino un estilo de vida inaugurado por Jesús. Sintetizando al máximo, se diría que la moral cristiana tiene un núcleo central, un mensaje y una proyección universal. El núcleo consiste en que el hombre es imagen de Dios que, después del pecado, ha sido rehabilitada por Cristo y en el Espíritu. (Espeja, 1995, p. 197)

'*Veritatis Splendor*' (1993), el Papa Juan Pablo II se preguntó por la moral cristiana y su sentido siguiendo la línea de los teólogos moralistas de la etapa *posconciliar*, que se fueron planteando preguntas acerca de la especificidad cristiana de la moral. Conviene preguntarse: ¿Predicó Cristo una moral que añadiese contenidos nuevos al código moral de la humanidad? Si la moral del Evangelio no aporta preceptos nuevos, ¿no podríamos decir que su novedad consiste en una '*nueva actitud*', en una exhortación o parénesis genérica? ¿No cabe afirmar que moral natural y moral cristiana son idénticas en cuanto a sus '*exigencias categoriales*' ('*mínimo ético*'), y que sólo las '*exigencias trascendentales*' ('*máximo ético*') otorgan especificidad cristiana a la moral? ¿No existe un '*orden ético*' autónomo y distinto respecto de un '*orden de la salvación*'? Este trasfondo es tenido en cuenta en la lectura que el Papa realizó sobre la pregunta moral y su respuesta.

Por lo tanto, la moral y su forma de abordarla es hoy uno de los grandes retos de la Iglesia católica, y para esto ha de respetar la libertad de las conciencias individuales, y dentro de este andamiaje respetar igualmente las diferentes propuestas religiosas, que debido a las nuevas propuestas antropológicas y concepciones del mundo exigen un nuevo concepto de libertad. Una sociedad que parece rechazar toda clase de normas, preceptos morales que son mal vividos o que sencillamente son rechazados por las nuevas generaciones. Ante esto, el teólogo Joseph Ratzinger (Papa Benedicto XVI) afirma:

Pero, si en un exceso de cuidado promulga demasiado, da excesivas normas, ¿no podría ser que éstas contribuyeran más a abandonar el mundo a la infidelidad que a salvarlo de ella? Siempre hace falta valor para confirmar en la fuerza victoriosa de la verdad que vive en la fe, sin atrincherarse tras seguridades externas. La verdad vive de sí

misma sin necesidad de tales defensas (1962:219).

Al respecto, Jesús Espeja reflexiona sobre la crisis que la Iglesia hoy sufre y que no viene dada por la carencia de normas o falta de cumplimientos, sino por falta de convicción personal, o mejor, por falta de una experiencia fuerte de encuentro con Jesucristo. Lo anterior conduce al cristiano a reevaluar lo que motiva el comportamiento moral de los cristianos, porque durante años se creyó que era las ascesis y el comportamiento moral preceptivo con rigor, lo que procuraba una salvación eterna, y esto - por el contrario- limitaba en algunas ocasiones, el conocimiento y la vivencia de la salvación de Dios ofrecida en Cristo Jesús.

Es por esto que, dentro de la renovación en materia teológica que se ha continuado a partir del Concilio Vaticano II, la moral cristiana tiene como punto de partida la conversión y está movida por la experiencia del amor de Dios que toca nuestra vida, nos refrenda y nos cambia; es un proceso diario y constante que implica esfuerzo, perseverancia, voluntad y compromiso. Este compromiso es el que refleja cambio y genera vida en abundancia, amplía el horizonte humano, busca la perfección y la felicidad que en nuestros términos no es otra cosa que la *santidad*, una santidad vivida desde la mística, en tanto encuentro profundo y personal con Dios. Un amor compasivo y misericordioso que nos ha mostrado en Jesucristo su rostro humano y en él nos muestra el camino, la conducta a seguir y, por consiguiente, la clave de nuestra moral que nos dignifica, nos hace creíbles y nos compromete con la vida.

Por lo tanto, se hace urgente dentro de la moral cristiana recuperar una actitud

mística que nos conduzca a trascender los preceptos que dentro de la práctica moral se encuentran. Jesús nos enseñó que nuestra vida debe ir siempre en dirección de la misericordia y de la compasión. Ante esto Espeja afirma tajante: *“La tarea más urgente que hoy tenemos en la Iglesia es fomentar ese encuentro personal con el acontecimiento de Jesucristo, que abre un horizonte nuevo y da nueva orientación a la existencia”* (2010:p. 320).

Esta nueva orientación de la existencia lleva al cristiano a optar por nuevas visiones y nuevas maneras de ver su propia existencia a la luz del mismo Evangelio, que generan y dan vida, incluyendo una nueva manera de ver la moral en clave antropológica y en clave de conversión comunitaria. Es así como la moral de un cristiano se basa en la libertad de sentirse hijo de Dios, libertad que descubre los signos y las llamadas del Espíritu Santo, y se mueve a partir de la autonomía y del amor. En la conciencia del ser humano Dios ha escrito su Ley y desde ella el discípulo encuentra su identidad, su misión y su vocación. Es por eso que ser cristianos es tener una conducta moral que viene de Jesucristo, y se fundamenta en Él, que re-crea la propia historia y es testimonio para los demás.

Desde esta perspectiva, la invitación es a vivir una moral que se centre en los Evangelios, propiciando un encuentro profundo con el Señor y transformando la propia vida para que, a partir de una nueva conducta pueda extender hoy el Reino y, en el plano de la misericordia, comprometerse a ejemplo del Buen Samaritano, logrando un mundo más humano. Para esto, como dice Espeja: *“Hay que pasar de una moral prioritariamente preceptiva, a una moral prioritariamente indicativa”* (2010:326). Esto indica que la libertad de los hijos de Dios no es sometimiento de esclavos, no es una moral del miedo o

del castigo, sino por el contrario es la moral que concede la mayor importancia al amor que plenifica y concede vida nueva.

El ser humano, visto desde esta óptica cristiana, ha nacido no para cumplir normas por cumplirlas, sino que desde el plan de Dios ha nacido para ser feliz y para vivir en armonía. Es por ello que el comportamiento moral del cristiano debe ir dirigido a rescatar su propia dignidad humana y la de los demás.

Por otra parte, la moral cristiana dentro de la vida de la Iglesia es una manera de comprender la Ley del Señor, desde una actitud de humildad; una forma de ver a Dios en los acontecimientos cotidianos de la existencia, donde el cristiano se rija por una norma común: la regla del amor, pues según san Pablo: "Amar es cumplir la plenitud de la ley" (Rom 13,10).

Jesús en virtud de su Encarnación en la historia humana, no sólo reconcilia a los que estaban en pecado y en tinieblas, sino que concede una nueva Ley, una nueva norma de vida, la norma de la compasión y de la misericordia con el otro. En este sentido, cuando desde la dimensión cristiana nos compadecemos del sufrimiento y del dolor de los demás, reconocemos la presencia de Dios en ese hermano sufriente -también criatura de Dios- y, por tanto, en el cual debemos y podemos ver un verdadero hijo de Dios.

Finalmente, debemos tener presente que los 'Hijos de Dios' somos hermanos en una regla común, la del mandamiento del amor a Dios y a nuestro prójimo. Sólo si aceptamos el proyecto de Dios en nuestras vidas, comprenderemos totalmente la intención primera de

Jesucristo verdadero Dios y verdadero Hombre en la Historia de la salvación. De hecho, en la humanidad de Dios se encuentra inserta su divinidad, puesto que para llegar a Dios primero es preciso ser hombres, relacionarnos, amarnos, perdonarnos y respetarnos incondicionalmente.

**II. SEGUIMIENTO Y COMPROMISO CRISTIANO EN LA PROPUESTA CRISTOLÓGICA
DEL TEÓLOGO FRAY JESÚS ESPEJA, O.P. UN ANÁLISIS DESDE SU OBRA:
*JESUCRISTO, UNA PROPUESTA DE VIDA.***

1. [Problemática del Seguimiento y el Compromiso cristiano en el contexto de la Época Contemporánea](#) 69
 - 1.1 [Presupuestos de la Modernidad](#)
 - 1.2 [Presupuestos cristianos frente a la Modernidad y el mundo actual](#)
 - 2.2.1. El bienestar de la existencia humana, prioridad para Dios
 - 2.3 [Seguir a Jesús en una época que aparentemente no tiene sentido](#)
 - 2.3.1 [Retos del seguimiento y compromiso en la época actual](#)
 - 2.3.2 [Jesús sigue siendo Buena Noticia](#)
 - 2.3.3 [Dios se hace presente en Jesús en la historia del hombre](#)
 - 2.3.3.1 [Una historia que debe retomar el sentido](#)
 - 2.2.3.2 [Dios se revela y se manifiesta en nuestro mundo](#)
 - 2.3. [La salvación ofertada en Cristo desde la época de la indiferencia, el secularismo y la increencia](#)
 - 2.3.1. [¿En qué Dios se cree?](#)
 - 2.3.2. [La experiencia de Jesús nos empuja a compadecernos del mundo](#)
 - 2.2.3.1 [En el seguimiento hay que renunciar a los ídolos falsos](#)

1. Problemática del Seguimiento y el Compromiso cristiano en el contexto de la Época Contemporánea

En el contenido problemático de este trabajo teológico visto a la luz del teólogo Jesús Espeja y su propuesta cristológica para la sociedad actual, vale la pena hacer referencia directa a la temática del seguimiento y el compromiso cristiano en el contexto de la época contemporánea. Por esta razón, en este segundo capítulo, se hará un análisis de dicha problemática contemplada desde la compleja y paradójica sociedad multicultural y ambivalente de nuestro tiempo, que como afirma **Cervantes Gabarrón (2011)**, tiene las **siguientes características:**

Se trata del problema de la violencia humana y sus raíces socio-culturales. Se plantea la nueva forma de abordar la Ilustración y la teología judeo-cristiana. Después de Auschwitz e Hiroshima ha quedado radicalmente cuestionada la afirmación de que el poder lleva a la emancipación humana y de que Dios es providente y se preocupa de los suyos en los acontecimientos históricos. Auschwitz e Hiroshima se han transformado en el símbolo mismo de la crisis de occidente en el siglo XX. Ambos acontecimientos fueron una voluntad perversa de aniquilación de la vida. La concepción teológica tradicional ha sido globalmente cuestionada por Auschwitz. ¿Qué podemos decir acerca de la presencia de Dios en la historia? J.A. Estrada plantea que no se puede volver a la teología de la retribución (Dios sádico y vengativo), pero ¿es posible mantener la confianza en Dios y el hombre tras el holocausto? Surge la llamada Teología del desamparo: el abandono del hombre. A partir de Auschwitz el lenguaje cristiano y judío sobre la redención quedan tocados. Queda el recuerdo de tanto dolor inútil. ¿Podemos hablar de que la historia tiene un sentido? Ya no se puede seguir creyendo en Dios, ni esperar el Mesías. Y es que parece

que ni los mismos cristianos lo esperan, ni las iglesias suspiran por el Reino que no llega. La instalación en el presente desplaza la expectativa mesiánica, la moral privatizante sustituye la praxis liberadora del Reino y la religión con sus prácticas, doctrinas y ritos parecen desplazar a la misma experiencia de Dios. Se desarrolla un desencanto y una desesperanza ante la fe. (Cervantes Gabarrón, 2011:16)

En este panorama planteado por Cervantes, es importante decir que los términos seguimiento y compromiso son esenciales a la hora de predicar a un Dios hecho hombre que se entregó hasta su muerte con el ánimo de crear en la mentalidad de sus discípulos, y por ende, de sus creyentes futuros, un estilo de vida concreto que se debe traducir en actos concretos hacia la Liberación, desde las coordenadas cristianas.³¹

Ésta se orienta tanto a una liberación de sistemas e ideologías alienantes de la esencia humana, las cuales lo único que han dejado como resultado es un mensaje más, que bien se podría confirmar con la pretensión cartesiana de las 'ideas claras y distintas'. Esta posición plantea que las verdades del mundo de la modernidad son tildadas de verdaderas por presumir que son 'claras' por medio de la razón, y 'distintas' porque se permite una separación de verdades. Contrario a esto, se puede argumentar que estas presunciones no

³¹ Según los evangelios, hay verdadera relación con Jesús y auténtica fe donde hay seguimiento del mismo Jesús. Y que no existe esa relación ni esa fe donde el seguimiento falta. O dicho de otra manera, es creyente el que sigue a Jesús. Y no lo es el que no le sigue. cuando los evangelios cuentan la primera relación sería y profunda, que Jesús establece con determinadas personas, expresan esa relación mediante la metáfora del seguimiento. Así ocurre en el caso de los primeros discípulos junto al lago (Mt 4, 20.22 y par), en la vocación del publicano Leví (Mt 9, 9 y par), en el episodio del joven rico (Mt 19, 21 y par), en la versión que da el evangelio de Juan de los primeros creyentes (Jn 1, 37.38.40.43) e incluso cuando se trata de individuos que no estuvieron dispuestos a quedarse con Jesús (Mt 8, 19.22 y par; Le 9, 59.61). En todos estos casos, el término técnico que se utiliza para expresar lo que está en juego —la relación con Jesús— es la metáfora del seguimiento. Es más, sabemos que, en los evangelios, la llamada de Jesús se ajusta siempre a un esquema fijo y uniforme: a) Jesús pasa (Me 1, 16.19; 2, 14); b) ve a alguien (Me 1, 16.19; Jn 1, 47); c) indicación de la actividad profesional de ese hombre (Me 1, 16.19; 2, 14; Le 5, 2); d) la llamada (Me 1,17-20; 2,14; Jn 1, 37); e) dejarlo todo (Me 1, 18.20; no aparece en Me 2, 14, pero sí en Le 5, 11.28); f) el llamado sigue a Jesús (Me 1, 18.20; 2, 14; Le 5, 11)

son ciertas, porque ante la pluralidad de ideas y la extensión del pensamiento cada vez se evidencia una confusión, ante la cual el hombre busca múltiples respuestas que fundamenten su existencia, desde la perspectiva de su misma humanidad.

Esta abundancia de ideas y propuestas-algunas de ellas confusas-, son reflexionadas por los cristianos como una oportunidad para seguir afirmando rotundamente que en Jesús se encuentra un camino verdadero, en el cual se puede fundamentar auténticamente el ser humano y en el cual se encuentra el sentido pleno a la pregunta por el infalible sentido de su propia existencia.

Por otra parte, frente a los cuestionamientos complejos y paradójicos que se formula el hombre del siglo XXI, y que contempla aspectos y situaciones socio-culturales y religiosas nuevas, que abordan en la actualidad la pregunta por el sentido de la realidad, es decir, por el sentido mismo de la vida, de la historia y del fin del universo y de la especie humana, estas preguntas forman parte consustancial del hombre mismo.

El mismo ser humano no sólo se pregunta cómo es la realidad (ciencia), ni cuál es su significado y sentido racional (filosofía), sino que sigue percibiendo todo el entramado 'hombre-mundo-sociedad' como algo misterioso que suscita admiración, asombro y ansiedad. No sólo se afronta la vida desde la razón, sino que es toda la persona con sus deseos, carencias, expectativas, proyectos, esperanzas, miedos y temores la que se enfrenta con la realidad. Es aquí justamente en este aspecto que las creencias y la experiencia de seguimiento y fe, responden a expectativas humanas que superan la racionalidad cartesiana

que se enunciaba anteriormente.³²

Por otra parte, es igualmente importante decir que las religiones y sistemas de creencias procuran dar respuestas coherentes y existenciales, aún más allá de la experiencia empírica y mundana. Es más, estas respuestas hoy por hoy exigen ir más allá de los principios metafísicos constitutivos del ser, propio de las grandes ontologías clásicas, los teoremas científicos y los dioses de las religiones. En este aspecto es clave resaltar el seguimiento³³ y la experiencia cristiana, entre muchas ofertas válidas, responde a preguntas y necesidades humanas que no pueden ser resueltas por la mera ciencia y tampoco por la filosofía, aunque sean éstas las que más se acercan a las inquietudes y dramas existenciales que vive el hombre contemporáneo: se trata de responder a preguntas existenciales inevitables y mantener el carácter abierto y dialogante ante los misterios del universo y del hombre en su paso por la historia.

1.1 Presupuestos de la Modernidad

La cultura de la Modernidad ofrece una mutación axiológica (propuesta de valores) que consiste en una nueva visión del mundo, del hombre y Dios, analizados y explicados desde luego sólo desde la óptica de la razón y del empirismo. La modernidad plantea una

³² El seguimiento no es obviamente una exigencia limitada a los «discípulos», sino que es para todos los que quieran ir con Jesús, estar cerca de él. Por lo demás, según la interpretación del evangelio de Marcos, «la multitud» es una designación de «el grupo en torno a él», es decir, los seguidores no israelitas. Lo que viene a confirmar que todo el que quiera acceder seriamente a Jesús y ser su discípulo no tiene más opción ni más posibilidad que el seguimiento. (Castillo, 2005)

³³ Los evangelios nos recuerdan que, en diversas ocasiones, era una gran multitud la que «seguía» a Jesús (Mt 4, 25; 8, 1.10; 12, 15; 14, 13; 19, 2; 20, 29; 21, 9; Me 3, 7; 5, 24; Le 7, 9; 9, 11; 23, 27). Por lo que se refiere al evangelio de Marcos, ya he dicho que esa «multitud» designa a los seguidores no israelitas y representa, por tanto, el seguimiento de Jesús en su sentido más fuerte. En cuanto a los otros evangelios (Mateo y Lucas), la cuestión está en comprender que el seguimiento de la multitud indica siempre la presencia de la gente a la actividad salvífica de Jesús. Es decir, no se trata de una indicación meramente circunstancial del relato evangélico, sino que es una afirmación propiamente teológica. Así, la multitud sigue a Jesús y éste pronuncia el sermón del monte (Mt 4, 25).

diferencia entre la concepción de la visión clásica del cristianismo y una visión fundamentada en la nueva ciencia, que se dirige a una interpretación del mundo crítico racional. Estos fenómenos que pretenden explicar el mundo también prometen la felicidad, bienestar y progreso, pero al margen de la religión, que entra en materia de opción y debate; lo religioso se vuelve opción personal, ya no es cuestión pública, ni algo obligatorio en la sociedad. Dios, por lo tanto, es la misma razón humana y la ciencia, que proponen una nueva visión del mundo y de la historia, y pretenden darle sentido a las utopías humanas.

La ciencia y la razón humana prometen darle también sentido a las preguntas existenciales del ser humano, en contraposición de la religión y sus creencias dogmáticas, que para el racionalismo son meros simbolismos de la vida moral propuesta por sus cultos inventados por el hombre, y que pasan a un segundo plano en la modernidad.³⁴

Se puede afirmar que se pasa de una visión teocéntrica -en la cual Dios define el destino de los hombres-, a una visión antropocéntrica en la cual el hombre quiere ser el único centro del universo. Así lo afirma Jesús Espeja: *“El hombre moderno discurre cada vez más curvado sobre la tierra, confiando en sus nuevos inventos. La presencia de Dios se diluye y se da un proceso de emancipación respecto de lo religioso”* (2009:12).

Al pasar lo religioso a un segundo plano, se pretende desplazar la fe religiosa del horizonte del mundo, y se plantea al hombre como centro y su principal aliado la razón.

³⁴ El seguimiento lleva consigo una apertura al futuro, una tensión hacia adelante, sin condiciones ni cortapisas que, de la manera que sea, puedan retardar la marcha. Porque seguir a Jesús es abrirse a lo nuevo, a lo por venir, en tensión hacia el futuro. (Mesters, Carlos; Equipo Bíblico CRB, 2000)

Este paradigma toma fuerza gracias a los logros y descubrimientos de la ciencia y la tecnocracia, que en sus propuestas crean la alucinación de poder asegurar la felicidad al ser humano. Antes de la modernidad era indudable que Dios era la garantía que solucionaba los males del hombre, y las nuevas tecnologías, basadas en la razón humana, era algo meramente instrumental. En la modernidad, se considera que únicamente la razón humana puede salvar al hombre de todas sus limitaciones y la fe en Dios pasa a un segundo plano.

Por otra parte, el teólogo Adolfo Galeano (2008), en su artículo “*El conflicto de la teología católica con la modernidad*”, aborda el modo de concebir el pensamiento humano, desde la *Ilustración*, al afirmar: “*La época contemporánea ha estado marcada por el error de no buscar la verdad, sino de intentar dominar la Naturaleza*” (p. 13). Dicho intento que desde luego estuvo patrocinado ideológicamente por los presupuestos de la modernidad, pretendía buscar y encontrar la verdad, pero fracasó la razón al sentirse dueña de la verdad y no mediadora y servidora de ella. Mediante esta idea de progreso científico, manifestada fundamentalmente en la modernidad, la Humanidad ha buscado reinar sobre la Naturaleza.

En la actualidad, los rasgos de la modernidad mencionados anteriormente, de igual manera se pueden considerar “mitos”: el hombre moderno heredó al posmoderno una serie de sinsabores que minaron su sentido de la existencia. El hombre actual siente un desenmascaramiento de la ‘razón ilustrada’, y sigue perdiendo la fe en las utopías de la razón y la ciencia como únicas garantes de la existencia humana, dándose un retorno a lo sagrado.

En esta compleja urdimbre también aparece el cristianismo, que cada día pretende inculturarse en las nuevas situaciones del hombre. Y ante muchas incertidumbres, el creyente cristiano tiene el reto de encontrarse con su fundamento y siente la necesidad de hallar los medios adecuados para reconocer en los nuevos movimientos los signos de la presencia de Jesús, bien sea fuera o dentro de su entorno eclesial.

De ahí que surjan innumerables comunidades y grupos que desean auxiliar a aquellas personas que no encontraron, en el proyecto moderno, una forma de entender y experimentar la presencia de Jesús. Un fundamento para aquellos que buscan de nuevo la fe en algo seguro, y desde la experiencia cristiana esa fe debe estar en Jesús de Nazaret. Así lo expresa Jesús Espeja:

El positivismo consideró a la fe como una ilusión, y para el materialismo dialéctico era una alienación; incluso para los osados del neo-positivismo es un sinsentido. Otros pensadores de hoy, sin embargo, opinaron distinto. K. Popper, por ejemplo, quien propugnó por la sociedad abierta, luchó contra el pseudo-racionalismo de los marxistas, que se creían en posesión de las leyes de la historia, la cual, sin embargo, los cogió por sorpresa. (Galeano, 2007:259)

Desde la modernidad, se ha abordado por parte del hombre, consciente de sí mismo y de su entorno, la pregunta por el sentido; allí cuenta la adhesión personal al cristianismo, en la cual priman expresiones de compromiso con un estilo de vida marcado por el seguimiento³⁵ a Jesús. Este hecho se convierte en la nota característica del mismo

³⁵ «Seguir por el desierto», he ahí la cuestión. Seguir a Dios, el Dios de la historia y del futuro, que nos

pensamiento cristiano.³⁶

Como lo afirma el teólogo Muller:

El hombre moderno, en términos de seguimiento y compromiso, entiende que en la plenitud del hombre, en el punto máximo de su existencia se halla la presencia de “Jesús en palabras de auto-entrega absoluta. Ésta sólo se llevó a cabo mediante la unión de la naturaleza humana con la persona de la Palabra de Dios, en cuanto que Dios se ha comunicado a sí mismo, y de manera absoluta, en Jesús.

En consonancia con la cristología de Jesús Espeja, Muller añade: “Que en la mencionada unión, apoyada en el mismo Dios, el hombre Jesús no es instrumentalizado, sino que es llevado hasta la realización suprema del acto fundamental humano de la libertad, de la obediencia y del abandono absoluto a Dios" (Muller, 2009:368-369).

La importancia que ha cobrado para el hombre actual entender la manifestación de Dios en su Hijo Jesús, es clave para darle sentido a su existencia, pues Jesús nos comunica un Dios que es 'Buena Noticia' para el ser humano, que le recuerda su libertad, una de sus facultades elementales. Un hombre que no debe vivir en la coacción sino desde la

prohíbe «seguir mirando atrás» (Le 9, 62). Es la tesis fundamental del seguimiento. (El Mensaje de la Cruz (III) Seguir al Señor, S.F)

³⁶ De acuerdo con (Gutiérrez, S.F); cuando el antiguo testamento habla de «seguir a Dios», no se refiere a la idea de imitación, sino a la idea de pertenencia (Dt 13, 5, 1 Re 14, 8, 18, 21, 2 Re 23, 3, Cron 34, 31, Jer 2, 2-3) El pueblo fiel es de Dios, es un pueblo que pertenece a Dios Pero como se trata de un Dios que no es sedentario y que, por eso, no está vinculado a un lugar determinado, sino que peregrina y avanza hacia un destino, de ahí que la actitud básica de sus fieles tiene que ser el seguimiento El pueblo tiene que seguir a Dios porque el lo ha sacado de Egipto (Dt 13, 5) y porque el Señor ha hecho con el la alianza (2 Re 23, 3) En estos textos se recuerdan los acontecimientos fundamentales de la peregrinación y de la marcha Se trata del éxodo, el penoso caminar por el desierto el Señor va delante de su pueblo, día y noche, y el pueblo sigue a su Señor (cf Ex 13, 21).

perspectiva del amor. La experiencia humana y divina de Jesús de Nazaret es 'Buena Noticia' para el hombre de hoy, que debe descubrir en Jesús un Dios que no es rival ni enemigo del ser humano, sino que es amigo y compañero de camino.

De la misma manera, sigue anotando Galeano lo siguiente:

Además, si consideramos la parte interna de la sociedad actual, la espiritual y del pensamiento, el desconcierto es inmenso. Darío Antiseri, filósofo católico italiano, destaca el conflicto y el rechazo del pensamiento de la modernidad al cristianismo y sus consecuencias. Afirma que el siglo veinte empezó con un movimiento filosófico unido por la idea de que “homo homini deus est” (el hombre es dios para el hombre), el mismo siglo terminó con la conciencia de las limitaciones de la razón humana y de aquí con la conciencia del abismo de la nada (2007:259).

Una de las causas de la “conciencia del abismo de la nada” se debe al carácter funcional excesivo de la modernidad: justamente en esta época, es el hombre quien se opone a este funcionalismo, pues piensa el mundo actual que es mejor pensar en la ética de los bienes y dejar a un lado las imposiciones éticas de carácter religioso o incluso secular.

Es evidente el escepticismo que se presenta frente a las propuestas modernas de desarrollo: el hombre prefiere más bien vivir el presente, queriendo encontrar en él un sentido subjetivo, apostando a un mañana en que el mundo que pueda tener otro significado. De la misma manera, es conveniente recordar que en la sociedad y culturas modernas, se pretendió con gran fuerza colmar las ansiedades del ser humano desde el paradigma de la tecno-ciencia. No obstante, tal como lo plantea Antiseri, a

finales del mismo siglo XX y principios del XXI, este aparato tecno-científico amenaza con destruir la humanidad; es por esto que muchas personas, desencantadas de las promesas de la modernidad, buscan unos valores seguros, fundamentados en otras experiencias de amor y compromiso, que implican una acogida y un encuentro con el otro, en los acontecimientos reales del mundo.

Así mismo, es bueno recordar que nos encontramos en un tiempo que se llama *posmodernidad*, un movimiento sin horizontes históricos, sin una orientación clara, con una realidad fragmentada, donde parece ser que el hombre está dejando perder lo mejor de sí mismo, lo que le da sentido a la vida humana.

De la misma manera, no está desarrollando y trabajando el sentido ético de su propia existencia, ya que si es verdad que la técnica es importante y se valora, la ética debe ser primordial en estos tiempos cambiantes, y ésta hay que rescatarla desde la experiencia espiritual: el mundo actual necesita la técnica pero acompañada de la experiencia espiritual que nos conduce a una ética, la misma que debe buscar, a toda costa, la dignidad humana.

Por otro lado, es conveniente recordar que la religión cristiana, como las demás religiones, implica como propiedad fundamental en nuestro mundo posmoderno, crear comunidad, independientemente de sus creencias y tendencias socio-políticas. Vale la pena rescatar la dignidad de la vida humana, la cual es más importante que las creencias y dogmas particulares. Es una época, tal como lo proclaman muchos documentos, en donde la Iglesia debe recordar de nuevo y

acentuarlo con el testimonio, que su función principal es construir comunidad desde el servicio y la fraternidad universal.

Siguiendo esta línea, es necesario afirmar que es importante atender la integridad humana de Cristo, la mejor forma de entender a Dios Padre, ya que Él es la Palabra humana de Dios. “*Jesús fue humano, demasiado humano. Tuvo la conciencia de llamarse Cristo en el momento crucial de la Cruz; de ahí que la salvación esté mediada por la humanidad, la cual ha de ser lugar de acceso para confesar su divinidad*” (Espeja, 2007:164).

Articulando todo lo anterior, podría afirmarse la necesidad de esclarecer la relación entre cristianismo y sociedad. Se alude a la categoría 'sociedad', puesto que ésta ha estado constituida, en buena parte, por el desarrollo de movimientos culturales tales como la Premodernidad, Modernidad y Posmodernidad. Más que un simple periodo histórico, la Premodernidad marca una visión de mundo caracterizada por la primacía de un cosmos, de suyo ordenado y armónico. En la *Edad Media*, dicho cosmos tomó un matiz teológico, es decir, que la mencionada organización cosmológica se entendió con base en cierta idea de Dios en tanto 'Uno, Grande, Simple e Infinito' (Cf. Scotto, 1978).

La nueva ciencia, fundamentada en la matemática y acompañada por el movimiento moderno, propone la idea de un universo que funciona al modo de una máquina, cuya regularidad de trabajo posibilita el análisis y predicción de los fenómenos naturales. La

consecuencia más inmediata es indiscutible: el hombre busca con ello la manipulación³⁷, o si se quiere el dominio total de la Naturaleza, con el fin de alcanzar ideales de 'progreso' para la humanidad.

La modernidad, al igual que cualquier otra etapa de la historia, ha tenido elementos que humanizan y otros que deshumanizan; desde luego, la época moderna ha aportado mucho de esto último, por ejemplo, el aparente desarrollo de la ciencia, ha aportado un mayor conocimiento de la dignidad y los derechos humanos, y tantas otras cosas. Pero parece que, justamente cuando el hombre había logrado desarrollarse mejor en toda una serie de aspectos, el no haber cuidado otros elementos, *el ético y espiritual*, está llevándolo a peligros que hoy en día todos observan y denuncian.

Es igualmente importante recalcar que desde la propuesta cristiana actual, aún sigue siendo válida la invitación a 'hablar de Dios y con Dios' -como santo Domingo de Guzmán, lo cual sólo es posible en clave de Jesús y a partir de su historia y de 'mi' historia, rescatar lo ético y espiritual para nuestro mundo. Puesto que el llamado que hace Dios Padre en Jesús y por el Espíritu Santo es más que personal con 'mis' actos; 'mi' vida como creyente tiene que convertirse en agente posibilitante de 'nuestra fe'. Así, 'mi' experiencia me debe conducir a la filiación total y de ahí a una decidida construcción del Reinado de Dios en la sociedad actual, a partir de una comunidad que comparte su fe.

Desde esta afirmación, el mismo Espeja aclara el panorama cristológico en vista de

³⁷ El seguimiento de Jesús, rectamente entendido, vence y supera la alienación de la fe. Es más, se puede afirmar, con toda seguridad, que el seguimiento de Jesús es el único camino para superar esa alienación.

un nuevo proyecto pastoral eminentemente marcado por la presencia real del Jesús hecho hombre, es decir, del Jesús histórico, quien es el mismo Cristo de nuestra fe, según lo expresa el teólogo español:

La cristología debería partir siempre del acontecimiento histórico, leer las interpelaciones de las primeras comunidades cristianas que tienen cierto carácter normativo para todos los tiempos de la Iglesia, conocer las nuevas dimensiones del misterio que se han ido explicitando en otras épocas de la historia, y leyendo a fondo los signos del tiempo actual, aportar una versión nueva siempre atendiendo a la vida de la comunidad creyente y a su magisterio (Espeja, 2009:162)

La Iglesia como comunidad creyente participa y está en la actual historia de la humanidad, y por lo tanto es afectada y retada por los nuevos movimientos. Puesto que la fe se profesa en un ámbito en el que el mismo mundo ha entrado y hecho irrupción, con deseos de hacer progreso pero también con situaciones de injusticia, y se descubre en el rostro de los pobres y maltratados del Sistema establecido. Las primeras bases de la fe cristiana se hicieron sobre la historia concreta de estas primeras comunidades eclesiales, pero hoy se necesita rehacer todo el edificio, a partir de nuevas experiencias del misterio que sigue actuante en nuestro mundo. Para seguir a Cristo en nuestro mundo actual se necesita de una mística³⁸ de encuentro con Jesús. Debemos volver a los contenidos que generan espíritu en nuestro mundo, y transmitirlo con el Espíritu de Dios. Contenidos que, desde luego, desencadenen la esperanza y la exigencia de la práctica de la justicia.

³⁸ No puede haber mística sin compromiso Como se ve igualmente que no basta cualquier tipo de compromiso El único compromiso aceptable, para el cristiano, es el compromiso incondicional por servir al pueblo. Amar al pueblo como Jesús lo amo, es el único camino para el seguimiento. (Zuercher, 2009)

A modo de síntesis, se puede entender que la Modernidad significa el cambio de perspectiva del mundo, del hombre y de Dios, con las instituciones que la representan. Si el Medioevo tenía como centro paradigmático a Dios en tanto omnipotente, omnisciente y único, la Modernidad, en cambio, coloca en el centro al hombre mismo como racional, igualitario, fraterno y libre (llevando el Humanismo hasta el 'antropocentrismo'). El caso de la ciencia dominante es asumido por la teología, encargada de sintetizar la Escolástica y de aplicarla en el Renacimiento y en el mundo moderno. La ciencia, en su vínculo con las matemáticas, demuestra las leyes que rigen el dinamismo del mundo y, por consiguiente, su transformación acorde a los nuevos sistemas matemáticos. La institución característica para los medievales es, sin duda alguna, la Iglesia, y ésta es 'Una, Católica y Apostólica'. Caso distinto es, para los modernos, que en aras de su total separación de lo eclesiástico -más por razones político-económicas que teológicas-, tuvieron las energías para entender el mundo de lo religioso desde otras perspectivas y se lanzaron a ubicar la sociedad con el hombre como individuo y eje central de su 'Nuevo Mundo'.

En la época contemporánea, el tema del seguimiento³⁹ -y unido a éste, el del compromiso cristiano-, son los medios para iniciar este quehacer no ya para los eruditos en la materia, sino como empresa personal y comunitaria, fruto de una toma de conciencia de asunción racional y razonable de su fe, por parte de cada creyente. El creyente es heredero de la Ilustración que, como lo afirma Jesús Espeja (2009): *“quizás sea mejor hablar de dos líneas: una de la razón teórica ya proclamada por Kant -'atrévete a pensar por tu cuenta',*

³⁹ El seguimiento de Jesús se convierte entonces en la fórmula breve del cristianismo, porque enuncia la recuperación de Jesús y el modo de recuperarlo; tiene la virtualidad de resumir la totalidad de la vida cristiana y de evocarla desde lo concreto; tiene el carácter de norma y también de ánimo a su realización, de exigencia por lo costoso y de gozo por haber encontrado la “pela preciosa”. (Floristan & Tamayo, 1983)

y otra de la libertad real o emancipadora que postula el cambio de las estructuras sociales” (p. 160).

De allí se infiere que es portador de un pensamiento crítico de su realidad y capaz de generar una '*crisis*', entendida en su etimología griega, es decir, un juicio a su fe, de tal forma que redunde en cambios estructurales de su actividad, en los que demuestre su fe y su relación filial con Jesús de Nazaret, efectuándolos en la construcción del proyecto del Reino.

2.2. Presupuestos cristianos frente a la Modernidad y el mundo actual.

Ahora bien, frente al panorama de la Modernidad y sus resultados, cabe la pregunta: ¿Qué puede esperarse de la mencionada relación entre Cristianismo y Modernidad? ¿Cuál debe ser la posición cristiana frente a los interrogantes del hombre en la actualidad? A primera vista, parece haber una separación marcada entre algunas propuestas cristianas como la institucionalización, la moralidad, y la dimensión pública de la propuesta de Jesús.

Por otro lado, algunas propuestas relegadas por la Modernidad y recogidas por el hombre actual, como el subjetivismo, primacía de lo tecnocrático, la liberación⁴⁰ y la

⁴⁰ El compromiso cristiano por el bien del hombre tiene una orientación específica apunta a la liberación integral de todos los oprimidos de este mundo. Por liberación integral entendemos, no solo la liberación del pecado y sus consecuencias, sino además la liberación de las estructuras económicas, sociopolíticas y culturales que oprimen a la persona de la manera que sea. Esto quiere decir que el compromiso propio y específico del seguimiento cristiano se orienta, ante todo y sobre todo, hacia la liberación de los pobres, puesto que ellos son los más oprimidos de este mundo. Y junto a los pobres, los marginados sociales, ya sea por razón de raza, sexo, trabajo o salud Sin olvidar la opresión que se ejerce, en la moderna sociedad de consumo, sobre los ciudadanos en general. Todo esto quiere decir que para tener un compromiso

democratización, son principios modernos provenientes de ideologías que tienen su fundamento en la Modernidad, como por ejemplo el llamado *'Materialismo histórico'*, que propone la existencia de leyes universales de la historia, aprehendidas con base en la relación del hombre con la Naturaleza, a través del trabajo. Allí no tendría sentido aludir a la propuesta de vida cristiana. Dentro de esta perspectiva marxista, al hombre sólo podría esperar el sujetarse, correctamente, a las mencionadas leyes materiales.

Además, es indiscutible el papel desempeñado por la Ilustración. *“La sistematización más completa de la Ilustración la realizó E. Kant. Desde la 'razón crítica' él fundamenta la ciencia, la moral, la organización de las sociedades y su realización en la historia. Incluso la religión habrá de someterse a ella”* (Galeano, 2007:263).

Para Kant y la propuesta de la Ilustración el paradigma fundamental de la historia es el ser humano, cometido para el cual se propone la importancia de la autonomía frente al poder religioso, que gracias a la capacidad que éste tiene para pensar por sí mismo puede desarrollarse, sin necesidad de ningún agente externo a él. Por su parte, la Modernidad crea la utopía de que el hombre es el único dueño de su propio destino y esto sólo lo puede lograr gracias a la ayuda de la razón y el 'progreso'.

Sin embargo, antes de ahondar la cuestión nietzscheana de la superación de la Modernidad, cabe mencionar cuán importante es la idea de que dentro de la Modernidad misma no sólo se elaboran ideas de disolución del Cristianismo, sino que también se

auténticamente cristiano no basta comprometerse por el bien del hombre en general. Semejante planteamiento es susceptible de ser manipulado en cualquier dirección O bien se presta a generalidades que no desembocan en nada concreto. El compromiso cristiano o se orienta hacia la liberación del hombre o no es tal compromiso.

cambian otros paradigmas. Por ejemplo, la Modernidad rechazó la visión cosmocéntrica del pensamiento griego y dio un giro antropocéntrico, aspecto que le dio una ubicación nuclear a la historia humana. Esta nueva visión trajo consigo grandes aportes axiológicos a la construcción del cristianismo: el valor de la racionalidad, nuevos métodos en el estudio de la Sagrada Escritura, la teoría de la evolución de Charles Darwin, el inmenso desarrollo de la psicología gracias a Sigmund Freud, las nuevas teorías sociales de Karl Marx, y el grandioso desarrollo de las ciencias naturales y cosmológicas a partir de las investigaciones de Nicolás Copérnico, Johannes Kepler y Galileo Galilei.

No obstante, Galeano anota: *“La crisis de la Modernidad está ligada al 'ocaso de los ídolos' proclamada por Friedrich Nietzsche, en este caso, los ídolos de la modernidad, particularmente la razón y el progreso”*(2007:257); ante este ocaso lo que le esperaba al hombre era una pérdida de sentido y valores, y Nietzsche propuso un retorno al pasado, a los valores que el hombre tenía en sus orígenes, en donde el hombre construyó y modeló su futuro y no lo esperaba de Dios, como lo afirman los cristianos u otras creencias. El destino humano tampoco podía estar determinado por el *'progreso'* o el *'materialismo histórico'*.

Para Nietzsche el hombre debía recuperar su confianza arcaica, en la forma de ser en los orígenes, dejarse llevar por los instintos, porque del mismo modo como los antiguos controlaron el caos y se fueron civilizando así mismos, así había que hacerlo en los tiempos actuales.

La Encíclica *'Pascendi Dominici Gregis'* de 1907, menciona que el papa san Pío X (citado por Galeano, 2007) habla del modernismo como una *'peste'*, un *'delirio'*, un

'sacrilegio audaz', una 'monstruosidad'. Afirmaciones fuertes que condujeron al cristianismo a buscar la manera de dar respuesta a las exigencias de la Modernidad. La Iglesia⁴¹ vio que el cristianismo no se debía acomodar a la Modernidad sino buscar que los principios rectores de este movimiento se establecieran dentro del cristianismo, sin perder su esencialidad. La fe cristiana⁴² empezó a argumentar que la experiencia de Dios sí está reflejada en los acontecimientos del mundo, en la racionalización del ser humano, y en la estructuras de la sociedad humana. Que a Dios no se le puede determinar ni objetivizar como pretende hacerlo a ultranza la racionalidad humana desde la perspectiva de la Modernidad, sino que es algo intuitivo que surge desde lo más profundo del corazón, como afirma Joseph Ratzinger (el ahora emérito Obispo de Roma, citado por Ramos Reyes):

La fe cristiana no es un sistema. No puede mostrarse como una construcción intelectual acabada, completa. Es un camino, y la característica de un camino es que solamente se reconoce como tal si uno entra en el mismo, y comienza a seguirlo (2009: p.1).

Según este orden de ideas, a partir de la Modernidad se plantea la fe⁴³ una

⁴¹ La Iglesia vive presente en la sociedad. Y por eso participa inevitablemente de los procesos sociales e históricos que se producen en el conjunto de la población. Desde este punto de vista, resulta obvio decir que en la base eclesial, entre el pueblo fiel, hay ciertos sectores que presentan síntomas, más o menos manifiestos, de una cierta involución. (Tomar la Cruz y Seguir a Jesús, 2005)

⁴² Nos encontramos aquí con lo que es la naturaleza profunda de la fe cristiana, tal como está fe es presentada por los evangelios. Los teólogos explican que la fe tiene una estructura personal. Y eso quiere decir, ante todo, que el término de la fe es Jesús mismo. Es verdad que la fe incluye también creer *en unas determinadas verdades*. Pero antes que eso, y por encima de eso, la fe cristiana consiste esencialmente en creer en *una persona*, que es Jesús mismo. Lo que comporta adherirse a él, comprometerse con él, vivir en relación a él y para él. Los evangelios expresan esta realidad de diversas maneras. (Espeja, 2004)

⁴³ En los sinópticos, se habla de la fe a propósito de las curaciones milagrosas que hace Jesús: cuando sana al paralítico (Mc2, 1-12; Mt9, 1-8; Lc5, 17-26), alahijade Jairoy ala hemorroísa (Me 5, 21-43; Mt 9, 18-26; Le 8, 41-56), al ciego Bartimeo (Me 10, 46-52; Le 18, 35-43), al siervo del centurión (Mt 8, 5-13; Le 7, 1-10), a la hija de la mujer cananea (Mt 15, 21-28; Me 7, 24-30), a los dos ciegos (Mt 9, 27-31), a los diez leprosos (Le 17, 11-19). Por eso, con mucha frecuencia, Jesús atribuye las curaciones a la fe de los enfermos o sus

cosmovisión fundamentada en la filosofía, que implique la vida -representada en una ética-, que tenga en cuenta y fortalezca la idea de que la vida es ante todo un don, que implica cultivarla dentro de un destino y una historia donde se manifiesta la dignidad humana como la verdad fundamental para el ser humano. Al reflexionar con profundidad la vida y la historia de Jesús de Nazaret, se revela que en la vida de aquel Hombre se evidenciaba una experiencia profunda de Dios dirigida a que Él hiciera siempre la voluntad del Padre. En esa intimidad con Dios Padre sintió gran pasión por la dignidad humana, y entendió que darle gloria a Dios es dignificar a los humanos. De hecho, la verdad de Dios es la verdad del hombre.

Es por esto que Jesús se tomó en serio la sociedad de su tiempo y en ese contexto social manifestó e hizo realidad la presencia de Dios, siendo y mostrando el camino hacia una verdadera Humanidad. Misión que también asumimos los cristianos en el mundo actual, que tiene sus aspectos positivos pero desde el Evangelio plantea muchos retos. Se necesita en la actualidad una Iglesia más contemplativa que lea los 'signos de los tiempos', y desde ahí promueva la vida del hombre y enfrente y venza los signos de la anti-cultura de la muerte en nuestro mundo actual.

De lo anterior, podría interpretarse que dicha relación entre Cristianismo y Sociedad moderna actual es inevitable, aunque siempre implica una cierta tensión, pero al mismo tiempo aportes mutuos. Los primeros científicos -como Galileo-, realizaron sus

familiares: «tu fe te ha salvado» (Me 5, 34; Mt 9, 22; Le 8, 48; cf. Me 10, 52; Mt 8, 10.13; 9, 30; 15, 28; Le 7, 9; 17, 19; 18, 42). Todo esto quiere decir que la fe comporta una confianza absoluta en Jesús y, en ese sentido, una adhesión incondicional a su persona²². Pero, sin duda alguna, donde aparece más claramente la dimensión personal de la fe es en los escritos de Juan, donde el hecho de creer expresa una relación personal del hombre con Jesús mismo. (Espeja, Jesús y América Latina. La Cristología Latinoamericana, S.F)

aportes incluyendo ciertas convicciones cristiano-católicas. Los avances ulteriores de la ciencia parecían excluir e incluso eliminar los dominios de la religión. No obstante, ésta se vio alimentada por el desarrollo de la nueva ciencia, sobre todo, para entender mejor quién es el hombre y cómo debe vincularse a su comunidad política:

Adaptar la religión católica a las necesidades intelectuales, morales, sociales de nuestro tiempo. Pero aquí, precisamente, está el meollo de problema, porque no se trata, en definitiva, que el mensaje cristiano se acomode a la modernidad sino de asumir la modernidad dentro del cristianismo. Éste se encarna, pero no se disuelve (Galeano, 2007:277).

La tarea de la Iglesia en el mundo actual y frente a los nuevos movimientos e ideologías, es que en estas circunstancias o en otras, la prioridad de la Iglesia sea la evangelización.⁴⁴ Y esta evangelización debe repercutir en todos los quehaceres de la sociedad humana. La Iglesia no puede estar sólo circunscrita en los templos, ensimismada y encorvada sobre sí misma, sino que tiene que salir al encuentro del ser humano, y éste entiende que a Dios no se le puede arrinconar en la conciencia de los seres humanos, como si sólo se tratase de un carácter subjetivo y no comunitario y compartido. Es por esto que movimientos como '*La Nouvelle Théologie*', la cual pretende volcarse contra el inmanentismo moderno -caracterizado por excluir dimensiones de trascendencia para constituir la realidad y el mundo-, apelan, pues, a la recuperación de la dimensión sobrenatural, que está inevitablemente acompañada del Misterio divino.

'La Nouvelle Théologie' tiene unas características muy precisas: para

⁴⁴ Está claro, por tanto, que las «obras» de Jesús son sus acciones liberadoras en favor de todos los oprimidos, acciones que culminan en la evangelización de los pobres, como algo más fuerte y más importante que la resurrección de los muertos.

combatir el inmanentismo de la modernidad y la orientación meramente especulativa de la teología, se propuso la recuperación de lo sobrenatural y del Misterio, la preeminencia de la Sagrada Escritura e igualmente la de los Padres, como también el sentido y el valor de la historia en la teología, y el valor de la orientación 'encarnacionista' en la misma (Galeano, 2007:284).

Por otra parte, es importante decir que es impropio ubicar sólo propuestas teológicas para solventar los problemas modernos. Desde la filosofía, sobre todo, la nietzscheana se busca un retorno a los ideales de la Grecia antigua. Para ello es preciso transformar los valores cristianos que de suyo moldean la conciencia occidental, rastreando, genealógicamente, las raíces fisiológicas del devenir humano; es decir, que los esfuerzos, según Nietzsche, de postular valores cristianos absolutos corresponden a la necesidad humana de sentir seguridad frente a un mundo siempre cambiante (Cf. Nietzsche, 1999).

Para muchos comentaristas, en los planteamientos del filósofo alemán yacen los orígenes de nuestra cultura posmoderna. Allí prima el interés por derrumbar los fundamentos absolutos de la vida humana. Sin embargo, en términos positivos o propositivos cabe interpelarse: ¿Qué lugar puede adquirir el *Cristianismo* ante esta conciencia demoledora y poco propositiva? *“La modernidad ha terminado por gastarse y el cristianismo y la Iglesia se encuentran hoy con una realidad socio-cultural evanescente, la llamada postmodernidad” (Galeano, 2007:289).*

En este contexto, los términos *'seguimiento y compromiso'* -que privilegiamos en nuestra tesis- toman un mayor realce, toda vez que en la libertad del ser humano se asume

razonablemente su experiencia con el Dios que llega a su camino, planteándole un proyecto concreto que se traduce en actos -puntuales signos de resurrección-, tal como lo afirma el teólogo latinoamericanizado Jon Sobrino. Allí, obviamente, la Liberación se convierte en un símbolo concreto de la mencionada 'nueva teología', la cual es más accesible al hombre actual, en cuanto que ya no es un asentimiento casi irracional de los presupuestos de la fe, sino una toma de conciencia responsable de su relación con Dios en la persona de Jesús. La imitación de Cristo ya toma otro matiz por el *seguimiento y compromiso*, que sitúan a la personalidad de Jesús como eje central de la pastoral cristiana en los tiempos actuales.

Cabe decir que el cristianismo se ha visto -en algunas circunstancias- tildado por algunos contradictores como patrocinador de utopías⁴⁵, ideales de justicia, de paz y perdón universales, aspectos que en algunos momentos no han sido una realidad. Pero al mismo tiempo estos pensadores y contradictores de la fe cristiana han planteado propuestas de libertad, bienestar, progreso, ideales realizados más por el marxismo, el comunismo y el capitalismo, y actualmente avalados por el neoliberalismo, utopías que pretenden desmentir el cristianismo y sus aspiraciones, para endiosar otros ideales, que al fin y al cabo son verdaderamente esclavizantes porque desfiguran el verdadero sentido de la realidad humana. En la actualidad, la Iglesia ha visto morir muchas utopías.

El problema yace en que el mismo cristianismo ha sido la fuente última de muchos

⁴⁵ La utopía comporta el rechazo del sistema social vigente, el orden establecido y, al mismo tiempo, es el deseo y la búsqueda de algo completamente nuevo y distinto, el espacio humano y la convivencia que debería existir. Ahora bien, lo que debería existir es un orden de vida en el que finalmente se resuelve la dialéctica entre igualdad y libertad. Porque ahí es donde está el problema y el nudo de la cuestión. Los sistemas sociales y de convivencia, actualmente existentes, pecan por lo uno o por lo otro: unos toleran y hasta fomentan la libertad, con lo cual hacen imposible la igualdad entre los hombres y así nacen las terribles desigualdades e injusticias existentes (modelo de los países capitalistas); otros se empeñan en conseguir la igualdad entre todos, pero eso es a base de reprimir la libertad a todos los niveles (modelo de los llamados países socialistas).

ideales pero no está muchas veces a la altura de ellos. La Iglesia ha hablado -desde luego fundamentada en el evangelio de la justicia, la fraternidad y la igualdad-, y estos ideales también han sido planteados por las ofertas modernas. Pero, de la misma manera, estas propuestas han sido fuertemente juzgadas por otras escuelas como la Crítica de Frankfurt, que se atrevió a poner en tela de juicio la Ilustración, la Modernidad y sus ideales de 'progreso' después de ver morir a tantos hombres y mujeres sacrificados para mantener y dar culto a sus ideales propuestos:

Esto lo expresa con lucidez el teólogo Galeano:

En otras palabras, las utopías son la secularización de la escatología cristiana, pero el hecho es que el ideal de la Modernidad de apropiarse y secularizar el 'Eschaton' cristiano - tanto como otros principios suyos: la fraternidad, la justicia y la igualdad-, ha fracasado de manera apocalíptica: millones de seres humanos fueron sacrificados en guerras entre las ideologías europeas y monumentos ignominiosos de la crueldad humana: los Auschwitz y los Gulags. En consecuencia, en todas partes se levanta una crítica implacable contra la Ilustración y la Modernidad por parte de la izquierda socio-política -cuyo ejemplo claro es la Escuela de Frankfurt-, como por la derecha conservadora revolucionaria (2007:260).

De la anterior afirmación de Galeano, se deduce que la teología -y su estandarte la cristología-, deben expresar unas nuevas formas de entender el mensaje cristiano, procurando alejarse de los sistemas autoritarios, y promoviendo una clara postura de adhesión razonable a Jesús, quien quiere liberar el pensamiento y la vida humana misma.

Cristo es el fundamento que le da sentido al ser humano, al cosmos y la historia, es el fundamento único y absoluto, que supera las expectativas racionales humanas que pretenden fundamentar la existencia y su quehacer sin la ayuda y el fundamento de Dios, un Dios que se revela en la historia y que hace historia con el ser humano.

Es interesante anotar la afirmación del teólogo Galeano, citando a K. Löwith -a propósito de la relación historia y cristianismo-, al precisar que fue “éste el encargado de crear en Occidente la conciencia histórica” (2007:260). Porque desde el horizonte de la fe y conciencia cristiana⁴⁶ Dios ha creado la historia, es el Dios del futuro y la Esperanza verdadera del ser humano, muy superior al optimismo triunfalista. Esta conciencia, a su vez, ha hecho que el hombre actual no viva en el ámbito de la Naturaleza sino en el de la Historia.

Una historia que, gracias a los nuevos movimientos teológicos, se convierte en contexto de Salvación, en razón de los aportes que los exégetas han planteado acerca de la acción salvífica de Yahvé en el Antiguo Testamento, pues el pueblo de Israel siempre vio en su diario trasegar la Palabra divina que salva (heb.; *'debarim'*). Más aún, en el Nuevo Testamento, la Iglesia ha visto en la persona de Jesús, en sus actos y en sus palabras, cómo Yahvé testimonió su presencia y su afán de salvar al hombre; ya los Apóstoles interpretaban la vida de Jesús como la culminación de la promesa hecha al pueblo elegido. Por último, es

⁴⁶ Un acontecimiento no es un mero suceso, ya que el acontecimiento presupone libertad, determinación y, por tanto, conciencia. Lo cual quiere decir que la conciencia no es algo que se refiere tan sólo a un suceso determinado cuando llega a ser conocido, sino que entra, junto con la libertad, en la constitución misma del acontecimiento. Por eso, se puede decir, con toda propiedad, que aunque debemos considerar el acontecimiento de la salvación como causado por Dios, también es cierto que Dios lo causa de tal manera que la conciencia humana, la experiencia humana, la aceptación por el hombre de esta acción divina, entran como elementos constitutivos en el acontecer de la salvación.

el Nuevo Pueblo de Dios, en el seguimiento comprometido a Jesús, que evidenció y sigue enseñando que Dios Padre habla con su Palabra, que se hace vida en cada creyente que, libremente, asume su historia en clave de Jesús; de ahí que sea la figura de Jesús, en nuestra cultura, el único sentido de toda existencia humana, de tal forma que -como bien lo anota J. Espeja, a propósito de Edward Schillebeckx-: “*Es preferible no conocer a Dios, no creer en la vida eterna que creer en un Dios que, en nombre de la otra vida, desprecia, oprime y humilla al ser humano en esta vida*” (2007:166). Ésta ha de ser la máxima para entender los términos de *seguimiento y compromiso*.

Continuando con las afirmaciones de Galeano con respecto a K. Löwith, el mismo teólogo afirma: “*Muchas cosas descubrieron los griegos por vez primera; en cambio, carecían de la conciencia histórica moderna, cuyas raíces se encuentran en el futurismo escatológico del judaísmo y del cristianismo*” (2007:260). Además, les interesaba el orden y la belleza del cosmos, no su sentido ni el de su historia en cuanto al dinamismo de los acontecimientos. Es por esto que siempre afirmaron que todo lo que el hombre hacía no podía zafarse de las leyes de la Naturaleza.

Los modernos quisieron radicalizar esta tendencia, despreciando todo aquello que se alejara o escapara de los límites de la razón. A partir de esta concepción, los términos *seguimiento y compromiso*-unidos a los de la fe, entrega, resurrección-, quedaron encerrados en el ámbito de lo personal y así se avizoró el intimismo religioso y la bipolaridad de una sociedad que sólo se entiende desde el mecanicismo y la tecnocracia de la más alta calidad. Prima cierto estado incipiente e inmaduro de la vida interior humana, hasta el punto de que se ha vuelto a las falsas creencias de la magia, el esoterismo y de lo

paranormal para sublimar toda esa falencia interna, de forma que pueda darle sentido a su propia existencia. A esto también se agrega que el ser humano, luego de salir del marasmo existencial de los finales de la época moderna, no se satisfizo con las respuestas dadas por las religiones institucionales e históricas. Se recurre, entonces, a las sectas y pseudo-religiones que le muestran otros panoramas más flexibles y acordes con una sociedad que predica el facilismo, la magia y demás teorías que promueven y tratan de convencer al ser humano para alcanzar el éxito sin esfuerzo alguno.

2.2.1. El bienestar de la existencia humana, prioridad para Dios.

La Modernidad, llevada al extremo y utilizada cual ideología -como sucedió en algunos sectores de occidente, que patrocinaron las dos guerras mundiales-, fue un fracaso para el ser humano. Éticamente hablando, el hombre perdió el horizonte y las relaciones fraternas entre los seres humanos fueron prácticamente desvirtuadas. La Modernidad prometió bienestar y salvación⁴⁷ definitiva al ser humano, pero su visión como única salvación y explicación de todo fue un fracaso. Galeano (2007), citando a Fackenheim, afirma:

La modernidad fracasó en esta empresa: su ídolo empezó a desmoronarse a partir de la primera guerra mundial y culminó en la segunda. Auschwitz y los Gulags demostraron que el ídolo era un demonio: si en el Sinaí se reveló Dios, en Auschwitz se reveló el demonio. (p. 262).

⁴⁷ El evangelio es la palabra de Dios encarnada. Y es, por eso, el acontecimiento de la salvación hecho presente en la historia. Este acontecimiento sucedió de una vez para siempre y se cumplió, de manera definitiva, en la persona y en la obra de Jesús de Nazaret.

Estos hechos manifestaron con creces que en nombre de la razón como único instrumento de redención humana, el proyecto racional había sido un total fracaso, al verse todas las víctimas que en actos inhumanos habían desaparecido y perdido la vida. Algunos sectores críticos académicos como la Escuela crítico-social de Frankfurt, empezaron a cuestionar los ídolos de la Modernidad que estaban exaltados, especialmente el ídolo del *'progreso'*, ante el cual la mayoría de países europeos se habían postrado, con la seguridad de que si lo adoraban tendrían el poder para dominar el mundo y estar por encima de las demás restantes culturas.

La razón y el progreso como propuestas absolutas había sido un fracaso, aspecto que alcanzaron a divisar F. Nietzsche y M. Heidegger. Es por esto que estos dos pensadores proponen en vez del progreso y la razón desenfrenada, regresar a las propuestas axiológicas del pasado. Afirman que *“las raíces arcaicas de la Europa pagana que, según ellos, persiste en el hoy, los hará, de nuevo, dueños del futuro”* (Galeano, 2007:262). Desafortunadamente, el 'dios' de Nietzsche y de Heidegger es el mismo ídolo de los nazis, sólo que ahora aparece con otra pintura y otros adornos. Como el ídolo de los nazis fue aniquilado de manera brutal, los idólatras no se resignan y, con los escombros del viejo ídolo, levantan uno nuevo ante el cual quieren hacer nuevos sacrificios.

Y el templo que levantaron al antiguo 'dios' fue Auschwitz, donde sacrificaron millones de personas, como los aztecas de México sacrificaban también millones de personas en sus santuarios. Es preciso recordar entonces que las religiones arcaicas sacrificaban seres humanos a sus ídolos. Así mismo, la idolatría del materialismo, del llamado 'modernismo' y del secularismo, igualmente exige sacrificar a sus víctimas en

retribución al bienestar material y económico.

Es el ídolo soñado que persiste en los mitos y que les devolverá la verdad mítica, el ser original del hombre europeo, pues -según ellos-, la verdad del hombre es su origen o ser original, ya que el hombre se descubre en su naturaleza primordial o arcaica; la historia funciona como retorno al origen y en nombre de esta *ideología*, del retorno al pasado, la 'razón' como eje explicativo de todo y el 'progreso' como bandera que muestra al hombre como centro y fin, son ideas que inducen a presentar una negación del Dios cristiano, presente desde la perspectiva cristiana en la historia del ser humano. Estas afirmaciones implican que el hombre, en su afán por colocarse como centro del universo y desde ahí querer explicarlo todo, niega cualquier explicación metafísica y, por la tanto, la existencia de un Dios Creador y providente que lo trasciende así mismo.

Retornando a la cuestión planteada en este apartado -el reinado de la razón y el progreso-, cabe afirmar que la sistematización más completa de la Ilustración la realizó Kant. Efectivamente, en su obra "Crítica de la Razón Práctica" (1788) fundamenta la ciencia, la moral, la organización de las sociedades y su realización en la historia como elaboraciones y constructos del ser humano, sin ningún fundamento teológico ni metafísico. Según Kant, incluso uno de los deberes de la religión es someterse a la razón y como una pieza del constructo humano, y no de una revelación como lo afirma el cristianismo.

Así mismo, W. Hegel en su gran obra la "*Fenomenología del Espíritu*"(1807) rescata y le da sentido preponderante a todo lo que después viene a desarrollar la Modernidad con sus postulados absolutos. Por su parte, el filósofo Friedrich Nietzsche (1844-1900), en oposición a la Modernidad, afirma que las posiciones y postulados de la Modernidad eran ilusas, y que ellas conducían a que el ser humano empezara a adentrarse en un sinsentido de la razón humana; por lo tanto, sus postulados utópicos empezaban a desvanecerse sin argumentos para resurgir de nuevo más adelante. Ante esto, Nietzsche propone en su pensamiento la 'transmutación' de los valores cristianos y un retorno a la Grecia Antigua, a su comunión con el cosmos y la Naturaleza -y a su concepción cíclica del tiempo-, afirmando la inmanencia del ser humano y negando desde luego cualquier atisbo de trascendencia.

Consecuencia de las diferentes contradictorias afirmaciones de Nietzsche, y según el desarrollo de su pensamiento -decepcionado frente a las posturas de la Modernidad y el 'progreso'-, presenta la corriente del "*Nihilismo*", que es una postura filosófica que quizás ha sido la que más ha influido en el pensamiento actual; este sistema filosófico se convierte en el sinsentido en el que habita y se halla el ser humano, dejando a un lado todo sustento racional que le permita darle un orden a su existencia.

El fracaso de la '*razón instrumental*' -así nombrada por Max Horkheimer- se puede comprobar, en el resultado del fraccionamiento radical del mundo y del hombre mismo, y por extensión lógica, de la visión de Dios.

Ante este fenómeno, se deduce que no hay verdad absoluta, toda institución

empieza a perder su sentido y la verdad misma comienza un viaje tortuoso al no saber hacia dónde debe dirigirse. Sólo alcanza, estrictamente, el rótulo de 'falseable' hasta que otra visión le dé un mayor consentimiento de acercamiento a la realidad. Ante este fenómeno complejo, la humanidad continúa buscando nuevos caminos que le den sentido a su existencia, y es por esto que hay un retorno al pasado, al mito, el esoterismo, lo misterioso, un deseo de recuperar el pasado como algo viviente y permanente, creativo y ejemplarizante para el hombre actual, cansado de teorías y dogmas “duros” que no son aplicables a las situaciones del mundo de hoy. Éste se reviste o pretende aferrarse a experiencias extremas, alejadas de su consciente y que revive toda su dimensión instintiva.

Frente a esta flagrante ruptura entre fe y razón, vida, cultura y Evangelio -que en la Modernidad oscurece el sentido de Dios y el sentido del hombre-, hay un reto importantísimo para la fe cristiana. Tal desafío es nada menos que ayudar al hombre a encontrar a Dios en una cultura donde Él ha quedado relegado, como escondido y minimizado en medio de una mentalidad *científico-técnica* marcada por otras prioridades: donde Dios, la religión y su misterio, parecen innecesarios, sin significación ni relevancia.

Una cultura que está dominada por la increencia y que es promovida a través de múltiples expresiones, plantea a la fe el desafío de expresar su Mensaje, no dejar de dialogar con esta cultura, incluso también desde la expresión artística, literaria, usando provechosamente los medios de comunicación masivos. El desafío es también no dejar de mostrar de manera entendible, y especialmente desde el *testimonio*, cómo el cristianismo sí tiene la capacidad para dar respuestas verdaderas al hombre en su búsqueda de la plenitud. El creyente, impulsado por el amor de Cristo, tiene que ayudar al hombre a encontrarse con

su ser mismo y su realidad más profunda, llevándole a la sociedad actual -fracturada por tantas causas-, la luz del Dios vivo, con creatividad, desde el Evangelio.

Por otro lado, es bueno decir que las circunstancias vividas en América Latina y el Caribe en algunos aspectos no distan en nada de aquellas vividas en Europa. Claro está que, si en el Viejo Continente se asiste a una revisión teológica de la razón de ser del hombre de cara a la acción de Dios en Jesucristo, América asiste a una revisión de la teología a partir de la Cristología, como estandarte para liberar los sistemas autoritarios venidos tanto de la política como de la economía.

Es por esto importante para el cristianismo⁴⁸ -en su respectiva cristología- plantear otra perspectiva de 'vivir y estar' en este mundo. Es la convergencia entre amor y libertad, dos términos que hablan de Dios y al mismo tiempo incluyen y rebasan al ser humano. De hecho, entre más conozca el hombre a Dios, más es capaz de amar y de vivir en libertad. Sólo Dios -que 'es Amor' (I Jn 4,8)-, es lo que puede dignificar y darle sentido a la vida humana. Santo Tomás escribía: “lo que hacemos movidos por el amor es lo que hacemos más libremente” (STh 1^a 2ae, q. 114, a4,c).

A modo de síntesis, se puede entender que la Modernidad significa el cambio de perspectiva del mundo, del hombre y de Dios, incluso con las instituciones que la representan. Si el Medioevo tenía como centro del paradigma a Dios omnipotente,

⁴⁸ En el cristianismo, si queremos vivir las cosas tal como las pensó Jesús, no puede haber mística sin compromiso, porque no puede haber acceso a Jesús sin seguimiento. De tal manera que el seguimiento, y solo el seguimiento, nos puede dar la clave para entender y vivir lo que es y lo que tiene que ser nuestra vida de creyentes. Por lo tanto, la cuestión que, en definitiva, aquí se nos plantea está en saber qué es lo que exige el seguimiento de Jesús.

omnisciente y único, la Modernidad va a colocar en su lugar al mismo hombre, racional, igual, fraterno y libre; en el caso de la ciencia dominante -en el primer caso-, se asume por la teología y ésta como la síntesis escolástica en el mundo moderno y del Renacimiento, donde la ciencia estaba representada en las matemáticas, pues con ellas se pueden demostrar las leyes que rigen su dinamismo y, por lo tanto, su transformación estaba acorde a los nuevos sistemas matemáticos; en el caso de la institución que la caracteriza, para los medievales es evidentemente la Iglesia, y ésta Una, Santa, Católica y Apostólica. Caso distinto era el de los modernos que, en aras de su total separación de lo eclesiástico, más por razones político-económicas que por teológicas, sí tuvieron las energías para entender el mundo de lo religioso desde otras perspectivas, y se lanzaron a ubicar al hombre en la sociedad como individuo y eje central de su nuevo mundo.

En palabras del mismo Jesús Espeja (2008), se podría concluir:

La época moderna es un proceso en que los individuos han ido emergiendo y saliendo del anonimato institucional sufrido en tiempos pasados. En los últimos cuatro siglos ha ido calando una cultura rabiosamente humanista. Hombres y mujeres son cada vez más sensibles a su dignidad y a sus derechos. Quieren actuar con autonomía y libertad, ser ellos mismos y organizar su vida emancipados de imposiciones foráneas de instituciones o de dioses. En Aparecida (2007), los obispos constatan esta pujanza del individuo que quiere ser autónomo y decidir por su cuenta: surge hoy con gran fuerza una sobrevaloración de la subjetividad individual (p. 291).

La época moderna ha de analizarse y respetarse como la época en la que realmente el hombre alcanzó su '*mayoría de edad*' de su pensamiento y se hizo responsable de su

mundo. La responsabilidad quizás no se llevó a cabo de la mejor forma, debido a la presión ejercida por el poder eclesial que, en nombre de Dios y de su Hijo, quiso absolutizarse en todos los aspectos político, económico, cultural, y hasta religioso (mentalidad más teocrática que teocentrista).

Desde esta perspectiva, se puede entender que el humanismo laico y profano ha aparecido, finalmente, en toda su terrible estatura porque se quiso separar totalmente de Dios y, peor aún, hacerse Dios, de lo cual la historia sólo puede dejar relatos desdichados. En efecto, desde una mirada religiosa y siguiendo a Espeja, "la religión del Dios que se ha hecho hombre se ha encontrado con la pseudo-religión -porque tal es- del hombre que se hace Dios" (2008:293).

Así las cosas, la Iglesia está revalorando desde el Evangelio los nuevos movimientos de nuestro mundo actual y sus ideologías. Y, por lo tanto, considera la importancia de descubrir la presencia de Dios en nuestro mundo, a pesar de sus contrariedades. Es por esto que se resalta la prioridad de los derechos humanos -en pro de la dignidad humana-, que también es la prioridad de Dios. Es importante creer en la dignidad del hombre a pesar de los signos de maldad que pueden brotar en él por la falta de una experiencia profunda del '*Dios del amor*', al no aceptar que el hombre es imagen de Dios y, más aún, hijo de Dios, de un Dios Padre que ama y quiere lo mejor para sus hijos.

2.3 Seguir a Jesús en una época que aparentemente no tiene sentido.

2.3.1 Retos del seguimiento y compromiso en la época actual

El seguimiento de Cristo, en la sociedad actual, está marcado por un proceso racional en el cual sus creyentes, esto es, los seguidores de Cristo -hombres y mujeres que analizan su realidad, su historia como Palabra que se hace salvación, a la luz de la persona de Cristo-, testimonian con actos concretos un estilo de vida que marque la diferencia en la sociedad. Los relatos, heredados de la Modernidad, como bien lo anuncia luego la Posmodernidad, se hicieron '*metarrelatos*', ya que al pasar por un juicio crítico pasaron a ser simples ideas, más allá de una realidad que fue y sigue siendo testigo de esa '*razón instrumental*' prepotente que no fue capaz de llevar tan anhelado e interesante proyecto moderno. Además, en la pretensión instrumentalista de dejar a la vera del camino la presencia de Dios en la vida del hombre, se logró la enajenación del sentido mismo del hombre y su sentido pleno, enviándolo a la búsqueda frenética de una razón coherente y razonable de su estar en el mundo.

Jesús Espeja ya lo hace claro en su trabajo cristológico, cuando afirma que es importante "[...] *conocer, amar y buscar la verdad de Dios y la verdad del hombre en los condicionamientos históricos*" (2008:5). Sólo es posible conocer a Dios por medio de su Hijo en la historia que Él plasmó con su vida y su mensaje. Es posible conocer el sentido del hombre en *el Hombre* cabal que se entregó para la salvación del género humano, mas esta acción debe ser completada en la historia humana por el hombre mismo; aquí cobra cada vez más valor el axioma escatológico del "*ya, pero todavía no*", pues es en la

constante búsqueda de la verdad como el hombre se entiende a sí mismo. Al hacerlo, se amplía su limitada visión que la racionalidad le permite vislumbrar, en aras de concretarlo en actos que le liberen de sí mismo. Igualmente, ha de haber liberación de las ataduras que atañen a los sistemas opresores actuales como son los regímenes económicos, políticos y hasta religiosos en todas sus variedades y prescripciones tal y como lo presenta el mercado religioso de la actualidad, sobre todo en los contextos latinoamericanos y del Caribe.

El creyente cristiano debe entender la historia como un *continuum* hacia la plenitud de la vida en Cristo, mas ha de hacerlo desde una óptica de la espiritualidad, esto es, experimentando algo o se verá abocado a la distorsión de su sentido. De ahí que sobre la contemplación, Espeja plantea que ésta "[...] *tiene lugar cuando nos acercamos a Dios por el camino de la realidad histórica, que Dios mismo ha elegido para salir a nuestro encuentro. Si ahí somos capaces de amarle como Él nos ama, permanecemos en la mística de Jesús, 'recreando' su historia en nuestra historia*" (2008:5). Por esta razón, como bien se ha afirmado por diversos autores que, fuera del mundo, no hay salvación, es en el mundo humano donde se debe leer la Palabra Divina, ya que no existe otra forma mejor posible para aprehender y experimentar la acción Divina que se hace palabra y acto salvadores. Entonces, la historia se convierte en la urdimbre donde se tejen las acciones de Dios entremezcladas con las obras humanas. La tarea del cristiano ha de ser discernir lo que pertenece al verdadero mensaje que Dios da a sus hijos a la luz de la persona de Jesús. Por ello, Espeja explica que podemos llamar gracia o don del Espíritu a "la sensibilidad para leer los signos de nuestra época, cuyo análisis exige, por otra parte, que pongamos en juego nuestra capacidad humana" (p. 5).

Esta tarea de discernimiento, en sí profética, no es fácil toda vez que se vive en una sociedad basada, según Jesús Espeja, en una “[...] *lógica individualista del consumo, la cual genera un modelo de hombre productor, consumidor y depredador; incapaz de trascender y de amar a nadie fuera de sí mismo. Si el que no ama permanece en la muerte, bien podemos concluir que está creciendo ‘una cultura de la muerte’ que afecta a la vida en todas sus formas* (2008:21).

El término “cultura de la muerte” que se generalizó por Juan Pablo II explica muy bien las vivencias de esta cultura, dada la falacia que las ideologías están planteando, como también, por los nuevos ‘*metarrelatos*’ que la Posmodernidad pregona: la tecnología, los medios de comunicación, la comunicación virtual, la idea de bienestar por la robótica, nos permitirán tener un “mejor vivir”. El mundo de lo interno, de lo espiritual, está ligado a aquel medio que nos permita tener un mayor número de experiencias extremas, emociones fuertes, producidas por el alcohol o las drogas alucinógenas. En este ‘valle de la muerte’ la espiritualidad tiene sentido, es decir, en la medida que nos acerque más al abismo sin dejarnos caer.

La relación que se pueda experimentar “ahí” está marcada por la cantidad de adrenalina y dopamina que se generen en nuestro cerebro... Así entendemos los nuevos fenómenos espirituales eclécticos y alejados de toda institución social, en este caso, las Iglesias. Porque, como bien lo explica Espeja, “en la Posmodernidad no sólo el yo desaparece como postulado metafísico y el sujeto como primer principio epistemológico, sino todos los aspectos de la existencia individual y de la vida social son sacudidos desde sus bases” (2008: p. 21). De tal forma que la experiencia queda reducida a una sucesión de eventos que le marquen una mayor “sensación personal”, individualista, que deja reducida a

la más mínima expresión el compromiso con la sociedad; es decir, ni la libertad ni la igualdad, por ejemplo, dos fundamentos de la espiritualidad cristiana esencial, se convierten en derroteros o en una misión del creyente. En nuestro mundo actual, con sus dificultades y esperanzas, es importante que se reconozca la presencia de Jesús como una propuesta que colma de sentido al ser humano. Y partir de un fino discernimiento suscitado por el Espíritu de Dios, seguir planteando propuestas que hagan un mundo más humano, solidario, y fraterno, es el gran reto que tenemos los cristianos en nuestro mundo actual.

2.3.2 Jesús sigue siendo Buena Noticia

En el proyecto de la Posmodernidad, de crítica y de formulación de nuevos principios, Espeja expresa que el hombre actual ya no cree en los grandes relatos que fundan los distintos estratos de la realidad, los cuales son excluidos. Y si “el recurso a los grandes relatos está excluido”, la razón ilustrada ha fracasado y en la actualidad la crisis de la Modernidad será la lógica consecuencia de la descomposición de aquel proyecto de ‘progreso’ (Galeano, 2007:264). Respecto de la relación con el tema que nos ocupa, *el seguimiento y el compromiso*, éstos han de ser analizados desde una perspectiva que sea capaz de realizar una síntesis entre los fundamentos de los paradigmas mediante los cuales el mensaje cristiano ha atravesado en la historia del género humano; en otras palabras, se ha de entender que el mensaje se basa en la experiencia del encuentro histórico con una persona concreta, Jesús, el cual conlleva al discernimiento y al mensaje de libertad, igualdad en la experimentación de nuevas vivencias, quizás alejadas del esquema de la ‘dogmatización’ del tema por parte de la Iglesia, entendida en este caso como Institución.

En la misma línea de Espeja (2008), a propósito de los paradigmas, es un acierto afirmar que “todo ser humano y toda institución se rige por una serie de patrones, modelos, normas y reglamentos que, en conjunto, llamamos paradigmas” (p. 277). Toda persona o institución que las sigue, en sus reglas estrictas, tanto en su vida como si las intentase aplicar en los demás que no se abren a otras posibilidades, tiene el riesgo de incurrir en el efecto ‘paradigma’, que le impide responder a los retos del presente y anticipar con éxito el futuro (Espeja, 2008:277). En el caso del cual se ocupa este escrito, el seguimiento y más aún el tema del *compromiso*, se ve seriamente criticado, puesto que la sociedad misma está evidenciando que el actuar del creyente cristiano⁴⁹ no dista mucho de aquel que no profesa ningún discurso religioso. De ahí que no indique ninguna diferencia ni sea atractivo a la hora de poner en tela de juicio un comportamiento basado en unos principios concretos.

Ahora bien, la Posmodernidad está expresando unos derroteros heredados de la Modernidad, que dejó como herencia una serie de críticas, pues la modernidad después de ver caer sus absolutos, prácticamente dejó al ser humano en lo que Nietzsche, el autor más influyente para el siglo XX y en lo que sigue, profesó con el nombre de ‘*nihilismo*’, es decir un cierto culto a la nada y el absurdo. El ser humano vive ahora con esta nada o vacío como fundamento para su existencia. Esto ha dejado como consecuencia que no existan verdades sino fragmentos de verdad, que no están sustentadas en ninguna de las instituciones sociales, sino en el instinto, traducido en la vida cotidiana como la ‘voluntad de poder’, y se evidencie en el verbo más utilizado, el “sentir”. A todo esto se ve abocado hoy el creyente cristiano y al que debe dar respuesta y, más aún, continuar en la misión dada en la Carta de

⁴⁹ Ser cristiano es caminar, movido por el Espíritu, tras los pasos de Jesús. Ese seguimiento, *la sequela Christi*, como se decía tradicionalmente, es la raíz y el sentido último de la opción preferencial por el pobre.

San Pedro: "dar razón de nuestra fe y esperanza" (1 Pe 3, 5-18).

Así, el *seguimiento*⁵⁰ y el *compromiso* adquieren en el momento actual una preponderancia radical, ya que como lo afirma el mismo Espeja (2008): *En este cambio rápido de cultura -se habla incluso de 'nueva época'-, vemos cómo hay modelos de interpretación que se desvanecen por trasnochados, mientras van surgiendo nuevas formas de interpretar al mundo, al ser humano y sus relaciones con los demás seres humanos o dioses y valores* (p. 280). A estas situaciones, el creyente debe responder y afrontar con serios argumentos y no propiamente venidos de la dogmática ni del recurso a la enseñanza de verdades mencionadas en tiempos 'escolásticos y doctrineros'.⁵¹

Ante esta cultura que pregona la superficialidad en todos los aspectos, el creyente cristiano ha de ser aquella persona que se compromete, racional y relacionalmente, con el nombre de Jesús, y cuyos actos reflejan signos de la resurrección, esto es, libertad, igualdad, amor y servicio, por nombrar los más relevantes del Proyecto del Reinado de Dios. El creyente debe ser un hombre o una mujer que actúan de manera profética, en el sentido más judeocristiano, puesto que ha de discernir en los acontecimientos cotidianos y hasta 'demasiado humanos', la Palabra de Dios que se hizo hombre como nosotros para llegar a establecerse en la sociedad. De ahí que no haga distinciones entre lo sagrado y lo profano,

⁵⁰ En Juan 10:1 al 5 y 27 al 29, leemos que las ovejas deben reconocer la voz de su pastor para seguirlo; solamente las ovejas que están enfermas no distinguen la voz del extraño y lo siguen. En Lucas 5:27 al 28, leemos que debemos dejar todo para seguir al Señor, a donde quiera que Él vaya (Lc. 9:57; Mr. 10:52)

⁵¹ El seguimiento de Jesús es una respuesta a la cuestión del sentido de la existencia humana. Es una visión global de nuestra vida, pero que incide en lo cotidiano y menudo de ella. El discipulado permite ver nuestras vidas en relación con la voluntad de Dios, y nos plantea metas que se viven, y hacia las que nos encaminamos, a través de lo diario de la relación con el Señor, que implica la relación con otras personas. La espiritualidad se mueve en el terreno de la práctica de la vida cristiana, de la acción de gracias, de la oración, y del compromiso histórico, de la solidaridad, especialmente como los más pobres. Contemplación y solidaridad son las dos vertientes de una práctica animada por un sentido global de la existencia que es fuente de esperanza y de alegría.

ni entre historia humana e historia divina, sino que todo acontecimiento sea palabra salvadora y creadora (*'debarim'*) de un universo cada vez más fragmentado y analizado hasta su más mínima partícula, perdiendo de vista la perspectiva de lo integral y de lo universal.

Así pues, el *compromiso* es la respuesta humana a una propuesta divina que le invita a un estilo de vida concreto y explícito en unos valores que convierten al creyente en un ser humano contra la corriente, pues como insiste Jesús Espeja, citando el Documento Conclusivo de Aparecida: *''Las nuevas generaciones son las más afectadas por esta cultura del consumo en sus aspiraciones personales profundas; crecen en lógica del individualismo pragmático y narcisista... sin referencia a valores e instancias religiosas'* (D.A. citado por Espeja, 2008:281).

Continúa Espeja afirmando sobre la influencia de la Modernidad en el pensamiento actual, que para América Latina y el Caribe también presenta sus connotaciones concretas. A propósito de este punto, es necesario afirmar que la situación cristológica y sus implicaciones en el seguimiento comprometido son, evidentemente, distintas para esta región, dado que son perspectivas y formas de asimilar el fenómeno religioso en estos dos continentes, el Europeo y el Americano (léase suramericano y centroamericano). Se viven las consecuencias que han tenido, sobre las teologías, la proclamación de la 'muerte de Dios', el secularismo, la indiferencia al discurso religioso institucional, el intimismo religioso y la explosión de nuevas tendencias hacia lo pagano (entiéndase de culturas precristianas). En Latinoamérica y el Caribe, se vive la reflexión en la búsqueda del ser humano en igualdad de condiciones ante los sistemas económicos y políticos opresores, el

clima de violencia institucionalizada, la corrupción como comportamiento.

Ante todo este arsenal de situaciones, la reflexión teológica debe realizar su ejercicio profético a la luz del seguimiento de Cristo. En otras palabras que complementan lo anterior, recurrimos al mencionado teólogo Galeano, cuando afirma: “*La Modernidad le había dado un vuelco a la orientación del hombre, desde lo cósmico hacia lo antropológico*” (2007:263). Su proyecto, en efecto, era conformar la realidad con los deseos y las ambiciones humanas. En lugar de acomodarse al ritmo del cosmos y de la Naturaleza como lo quisieron los griegos, la Modernidad ha buscado el desarrollo y el dominio del mundo material; su propósito ha sido el ‘progreso’ y la transformación. “*Y los criterios axiológicos que vemos en el Evangelio -compartir, valorar a las personas por lo que son y no por lo que tienen o aparentan, el amor como mediación del poder y la solidaridad sin fronteras- chocan de frente con los criterios individualistas que impone la nueva sociedad de consumo*” (Espeja, 2008:287).

Como bien lo afirma nuestro autor al realizar su agudo análisis, con beneficio de inventario, se puede bien concluir que con respecto al tema del *seguimiento y del compromiso*, al creyente le corresponde una tarea sencilla de expresarlos en palabras, teniendo presente la complejidad exigida en el momento de vivirla en la cotidianidad. De hecho, el creyente debe mostrar, en su diario vivir, que vive “contra la corriente” ante lo siguiente que enuncia el teólogo Galeano (2007): “*El urbanismo, la producción insolidaria, el afán desmesurado de tener más y asegurarse aun a costa de los otros*”, que (esto es nuestro) no dejan espacio para la pregunta sobre el sentido último de las personas y acontecimientos, la preocupación obsesiva por lo inmediato y funcional, por lo pragmático

y utilitario, se queda en la superficie. *“No es extraño, entonces que se pinte a la posmodernidad con colores dramáticos oscuros: desconcierto, falta de confianza, melancolía, indecisión, cinismo, desesperanza”* (p. 257).

El cristiano debe entonces responder decidida y comprometidamente a fin de expresar su sí al llamado del Salvador, quien aseguró que estaría con nosotros hasta el fin del mundo, porque el anuncio del Evangelio *“[...] no puede prescindir de la cultura actual; ésta debe ser conocida, evaluada y en cierto modo asumida por la Iglesia”* (Espeja, 2008:283).

A todas luces, esta es una época de mucha crítica y poco planteamiento de soluciones, como afirma Espeja, (2008) *“[...] después de haber prometido la felicidad sin dioses ni religiones, hoy las ciencias y la técnica se consideran incapaces de proporcionar criterios éticos para determinar la conducta verdaderamente humana”* (p. 280). Ante ello, el Cristianismo sigue en la tarea de mostrar la esencia del sentido del ser humano, que supera toda época y todo sistema de pensamiento, aún el mismo planteado en épocas anteriores por la “misma” Iglesia. Además, con la Posmodernidad ha entrado en crisis la idea del ‘*homo faber*’, es decir, ya no es el hombre o el sujeto humano quien se realiza a sí mismo en la actividad racional, produciéndose así una deshumanización del sujeto. Las estructuras impersonales de la administración o de la economía están dominando todas las actividades humanas. Los deseos del sujeto están siendo producidos artificialmente por manipulaciones de la industria de la propaganda, que busca simples propósitos de ganancia.

Así mismo, *el propósito moderno de mejorar las condiciones de vida, mediante un*

progresivo dominio de la realidad, desaparece ante la disolución de lo humano y de sujeción a las fuerzas impersonales. No es claro quién o qué está en el control de la transformación del mundo que la actividad humana ha desatado. La realidad se vuelve artificial (Galeano, 2007:264). Pero el cristiano creyente debe resistir a esta serie de situaciones y fenómenos, basados en una relación filial fuerte con la persona de Jesucristo, que se hace hombre entre los hombres, de tal forma que en la medida que su compromiso se evidencia en los actos, así se podrá conocer la verdad de su fe.⁵²

Como dice el mismo Concilio Vaticano II: *En la génesis del ateísmo pueden tener buena parte los propios creyentes, en cuanto que, con el descuido de la educación religiosa, o con la exposición inadecuada de la doctrina, e incluso con los defectos de su vida religiosa, moral y social han velado más bien que revelado el genuino rostro de Dios y de la religión* (GS, N. 19, citado por J. Espeja, 2008).

Entonces, el cristiano debe establecer un diálogo serio y racional con las distintas concepciones, visiones e ideologías tanto científicas como religiosas, a fin de encontrar lo que beneficie a la construcción de una sociedad más humana y, por consiguiente, desde el sentido más amplio y esencial, más cristiano. Por esta razón, no está demás concluir con las palabras del mismo Concilio, que acepta y apoya la autonomía de las realidades terrenas, en la medida que *“las cosas creadas y la sociedad misma gozan de propias leyes y valores que*

⁵² La fe es una gracia, la teología es una inteligencia de ese don. Es un lenguaje que, intenta decir una palabra sobre esa realidad misteriosa e inefable que los creyentes llamamos Dios. Es un *Logos* sobre *Theos*. Pensar la fe es algo que surge naturalmente en el creyente, esfuerzo motivado por la voluntad de hacer más honda y auténtica la vida de fe. La fe es la fuente última de la reflexión teológica, ella le da su especificidad y delimita su territorio. Su propósito es –debe ser– contribuir a hacer presente el evangelio en la historia humana a través del testimonio de los cristianos. Una teología que no se nutra del caminar en el que Jesús nos precede, pierde su horizonte. Eso fue lo que entendieron muy bien los llamados Padres de la iglesia, para quienes toda teología era una teología espiritual.

el hombre ha de descubrir, emplear y ordenar poco a poco” (Espeja, 2008: p. 284). Y sugiere que debemos leer los *‘signos delos tiempos’* para descubrir en ellos la presencia de Dios y la acción del Espíritu en nuestro mismo suelo (GS 36, citado por Jesús Espeja, 2008).

Uno de los aspectos fundamentales para acercarnos a Jesús es la fe, y ésta empieza a determinarse si empezamos a ver el mundo según la lógica de Dios, que es la lógica del amor. El amor nos permite ver el mundo con esperanza, que abre la mirada para descubrir en nuestra historia y en las distintas culturas -incluida esta nueva que ahora mismo está emergiendo-, los signos del Espíritu que continúa el misterio de la Encarnación en la Iglesia y en el mundo.⁵³

Lo anterior no significa postrarnos ante los supuestos dioses de nuestra sociedad actual como son el lucro, el sobresalir por encima de los demás y el hedonismo, aspectos que no contribuyen a la realización de la dignidad humana, ni la presencia de Dios en medio de los hombres. Frente a este fenómeno, J. Espeja (2010) muy acertadamente afirma:

Debemos recuperar hoy la intención original de la ‘fuga mundi’, huida del mundo: entrar en el corazón de la humanidad y de la creación, escuchar y sintonizar con sus profundos anhelos y, renunciando a los ídolos o falsos absolutos, ser testigos creíbles de que ya está llegando el Reino de Dios (p. 328).

⁵³ El amor gratuito y exigente de Dios se expresa en el mandato de Jesús: “ámense como yo los he amado” (Jn.13,34). Amor universal, del cual nadie está excluido, y, a la vez, prioritario por los últimos de la historia, los oprimidos e insignificantes. Vivir, simultáneamente, la universalidad y la preferencia revela al Dios amor, y hace presente el misterio escondido desde todos los tiempos y desvelado ahora: la proclamación de Jesús como el Cristo, como dice Pablo (cf. Rom.16, 25-26). A ello apunta la opción preferencial por el pobre, a saber caminar con Jesús, el Mesías.

Es por esto que Jesús es claro en su propuesta y experiencia de Dios, Quien invita a dar la vida, a perderla por el Evangelio (Cf. Lc 9: 23-24). La invitación de Jesús consiste en la urgencia de que el hombre no se crea centro absoluto, que por causa del egoísmo no logra ver más que su visión individualista, un horizonte que, desde luego, afecta la dignidad humana, y ciega al hombre para que no encuentre el camino correcto que humaniza, camino que es sin lugar a dudas el vivido y propuesto por Dios en la Encarnación de Jesús. Un camino de alteridad, es decir totalmente abierto hacia el otro con el fin de crear fraternidad, abierto a la compasión, que conduce a una experiencia de entregar la vida, para que todos los hombres y mujeres del mundo la tengan abundante [Jn 10:10]. Jesús es el camino sin equívocos [Jn 14,6].

2.3.3 Dios se hace presente en Jesús en la historia del hombre

El *seguimiento* decidido y comprometido de Cristo por parte del creyente, como se ha explicitado anteriormente, está marcado por una decisión personal y libre en la cual las acciones, los pensamientos y las respuestas humanas evidencian una adhesión responsable a la persona de Jesús tanto como a su proyecto, el Reino de Dios.

Ante esta prerrogativa, es menester afirmar que el creyente es un profeta que lee la historia como un tiempo '*kairótico*', un tiempo y un espacio en que actúa Dios por medio de su Palabra. Ésta crea cosas nuevas para cada momento, pues su Palabra sigue actuando y salvando, de tal forma que será labor del creyente, en su *compromiso* de testimoniar su fe, leer su historia como un encuentro dialógico entre él y la persona de Jesús, quien se muestra en los diarios acontecimientos, en la Iglesia y en sí mismo por medio de la oración.

Analizar la historia como el contexto donde actúa Dios es la primera tarea que ha de tener el creyente.

Además, el creyente, dando testimonio de la acción salvífica de Jesús en los acontecimientos cotidianos, muestra una manera diferente de vivir esta existencia, con una serie de valores y actitudes que confirman un estilo de vida concreto y específico; estilo de vida que permite hacer visible tanto los signos de la resurrección como de la formación histórica de ese Reino que prometió Jesús a sus discípulos.

Ya el mismo Jesús Espeja lo deja claro cuando afirma la presencia de Dios en la historia. Allí priman dos coros que cantan en dos tonalidades distintas, y sin embargo, es una sola melodía que disfruta el espectador:

La sociedad humana y el cosmos son ya lugares en los que Dios se hace presente realizando la salvación; en nuestra realidad histórica bulle lo positivo, que avanza poco a poco hacia su plenitud; no caben desprecio, resignación ni escepticismo. Pero también nuestro mundo está desfigurado por lo negativo; no debemos caer en el optimismo ingenuo de una fe ciega en el progreso del mundo. El compromiso que brota de la contemplación cristiana se hace cargo de lo positivo del mundo como revelación de Dios; y, animado por la fe, se une al empeño de todos los hombres para que la creación ya en marcha llegue a su realización plena según el designio de Dios (1986:855).

El creyente es un auténtico teólogo, es decir, un hombre de fe que analiza en todo su rigor su historia y la ilumina con la Revelación de Dios, experimenta su fe en la persona de

Jesús y anuncia una Palabra, que con mentalidad abierta, no se abstrae de su tiempo y hace crecer la Iglesia, la comunidad de los creyentes, el pueblo de Dios que es el mismo Cristo.

Espeja, siguiendo a S. Best y a D. Kellner, deja claro que el cristiano comprometido debe asumir su papel de profeta y teólogo en medio de la realidad que lo rodea, a partir de los fenómenos sociales que se viven en la actualidad. La razón de ello subyace en que el creyente está en un contexto completamente distinto a las anteriores épocas de desarrollo del acontecimiento religioso, que tenían un cierto carácter de esencial para la cultura. Ahora se asiste a un intimismo religioso que sólo piensa en los problemas internos de la religión y se olvida de los problemas del mundo, actitud facilista e inconsciente que es fruto de la misma *globalización* y tecnificación de la vida humana.

Tal proceso de globalización incluye el crecimiento acelerado de las corporaciones transnacionales, una competencia a escala planetaria, una reubicación de la industria, todo lo cual está causando daños tremendos a la vida humana, a la biodiversidad y al ecosistema. Igualmente, crecen la tecnificación, la computarización y la automatización, que han prometido darle sentido y plenitud al ser humano, pero, muy al contrario esta situación ha generado un desconcierto ante el mismo sentido real de la existencia del ser humano. Es por esto que el papel del creyente ha de ser un encuentro con la persona viva de Jesucristo, experiencia en la que se le descubre y reencuentra sentido a la existencia. Vivir de acuerdo con la figura de Jesús exige un seguimiento, un conjunto de actitudes y acciones que manifiestan un sentido que rige el actuar; dicho conjunto no es otra cosa que los signos

vivos del Reino, que plenifican al hombre de un verdadero sentido.⁵⁴

El mismo Espeja es enfático al expresar que la acción del cristiano no es fácil, y coincide con las palabras de Galeano: *La historia es cambio permanente, pero a veces los cambios son demasiado acelerados y bruscos. Lo particular de nuestro tiempo es que los cambios se han vuelto vertiginosos. Efectivamente, experimentamos cambios desenfrenados como si una nueva Revolución Industrial estuviera en marcha* (2007:298). Esta situación hace que el creyente experimente a Dios en su diario vivir, alejándose de este ritmo inhumano en que vivimos, y tome partida por la pausa para practicar un análisis serio de su vida y actúe de manera efectiva, eficiente y eficaz, en aras de no caer en el difícil discernimiento que implica la anterior '*fuga mundi*'.

Para Espeja es claro que la '*fuga mundi*' no puede ser asumida como una solución para el Cristianismo actual y sí plantea que el diario vivir es el contexto donde se hace vida la Palabra, siendo tarea del creyente captar esa Palabra de Dios. De hecho, así lo expresa el también citado teólogo español Galeano:

[...] *En la historia se detectan realidades que la simple ciencia no capta porque ella está orientada hacia el cosmos y la Naturaleza. Al volver la mirada humana hacia la realidad de la Historia, el cristianismo le hace ver realidades nuevas: el Misterio de Dios y de Cristo actuante en ella, el 'eschaton' que la agujonea, el Señorío de Cristo, el futuro y*

⁵⁴ La libertad y la disponibilidad tienen su fundamento y su razón de ser en la *experiencia esencial* que es la clave y la explicación del seguimiento de Jesús. Esta experiencia esencial consiste en el encuentro personal con Jesús, como persona viviente y actual. Por eso, sin duda alguna, el concepto de amistad es el que mejor define la relación que debe existir entre el creyente y Jesús. Una amistad que se comprende y se vive como entrega, fidelidad y confianza. Donde hay esta amistad, con las características apuntadas, hay seguimiento de Jesús. Y donde no hay nada de eso, no hay, ni puede haber, seguimiento, por más que haya otras cosas, tales como el entusiasmo, la laboriosidad hasta agotarse, o el fanatismo, en el sentido que sea.

la Esperanza como realidades más determinantes que el pasado y la nostalgia, donde se libera al hombre y a la cultura del sometimiento al cosmos y a la Naturaleza (2007:261)

En sentido estricto, lo anterior se entiende así: *“De esta manera, Cristo Jesús está a la base, Cristo Jesús es el camino histórico y el dinamismo de la historia, y Cristo Jesús es el culmen, la plenitud, el ‘telos’ o fin, la meta suprema de la historia, o como diría el jesuita Pierre Teilhard de Chardin, es el punto Omega de la evolución y de la historia (p. 261).*

2.3.3.1 Una historia que debe retomar el sentido.

Ahora bien, la situación actual del ser humano está marcado, según Jesús Espeja, por la experiencia que recalca Galeano: *“[...] la angustia que produce la nada-de-sentido, y por eso mismo busca huir mediante el entretenimiento y la distracción, y es así que la vida humana se convierte en algo oneroso” (2007:268).*

La vida desenfundada, dispuesta sólo al “sentir” inmediateista, llevada por la sensación- límite en todos los aspectos humanos, es consecuencia de este *sinsentido o sinrazón*, caracterizados por la primacía del instinto, como expresión de la *‘voluntad de poder’* predicha por Nietzsche, que consiste en darle rienda suelta a esa energía que me hace aparecer en el mundo y me hace sentir más que los demás, estar siempre por encima del otro. Este concepto es el más recurrente en la identidad del ser humano actual. Así escribe Espeja acerca de este punto: *“[...] empieza por afirmar la pura facticidad poniendo a Dios entre paréntesis, es decir, dejando a la vida fáctica sin el fundamento metafísico de Dios. Su proceso lo llevó a un alejamiento cada vez mayor de la Iglesia” (p. 267).*

Y continúa el teólogo español: [...] *hay en Nietzsche una lucha contra la metafísica afirmada por el Cristianismo, haciendo una predicción del desamparo del 'ser-ahí' en el abismo de la nada, contra la afirmación cristiana de una metafísica personalista que ve a Dios como fundamento personal del ser humano* (p.267).

Ante este rechazo de todo fundamento de la metafísica, el cristiano debe sustentar su existencia en Dios, expresada en hechos concretos.

Espeja plantea los cambios paradigmáticos, la avalancha de nuevas tecnologías y los avances en la comprensión del universo, desde sus orígenes hasta sus “postrimerías”, como consecuencias de un proceso iniciado por la prepotencia de la ‘razón instrumental’ moderna. La justificación de tal afirmación consiste en que:

[...] en el proceso de la modernidad se pierde el vínculo teológico: mediante la ciencia y la técnica el hombre se ha constituido en centro y criterio. Ha convertido la Naturaleza en cultura o civilización; ha transformado la Creación a su imagen y semejanza. Lo que encontramos en el mundo es la faz del hombre, con sus necesidades y deseos. La cultura actual, la forma de ver y organizar la existencia, es el resultado del poder científico y técnico sobre la realidad (Espeja, 2006:32).

Por tal razón, el cristiano, en su decisión de seguir a la persona de Jesús⁵⁵,

⁵⁵ Para seguir a Jesús no basta la experiencia esencial. Además de eso, y junto a eso, se tiene que dar el *compromiso* Jesús no llama a sus seguidores para que vivan una mística intimista de relación con él y nada mas La mística cristiana es auténtica en la medida en que se expresa y se traduce en compromiso Se trata del mismo compromiso que asumió Jesús.

debe mostrar un sentido contracorriente y de crítica certera ante las falacias del pensamiento fragmentado y descontextualizado de la situación del ser humano en estos tiempos. Debe “[...] *dar ese paso hacia adelante en la responsabilidad ante el prójimo, ante la sociedad y ante la Naturaleza*” (2006:32).

El *seguimiento* de Cristo, en la actualidad, está marcado por una serie de connotaciones muy concretas y especiales, siempre que el contexto le genere una postura crítica, profética y diferente ante los ideales, prejuicios, esperanzas y anhelos del hombre de hoy. En este aspecto, se avizora una perspectiva que destaca la relatividad del pensar sujeta a la visión del observador que analiza “su” realidad. Cada quien observa desde cierta pre-comprensión. La menos falseable es la más segura al explicar las innumerables relaciones que existen en lo que el filósofo español Xavier Zubiri mencionara como la totalidad de lo real. En este nuevo contexto, Jesús Espeja, en su escrito “*Dios en una cultura científica*”, afirma que cada vez se está haciendo menos abierta la tendencia de lo científico como realidad alejada de lo espiritual; de esta manera, tiene lugar un diálogo directo entre aquello que se quiere explicar mediante la razón y aquellas respuestas de índole razonable para comprender la realidad.⁵⁶

⁵⁶ El seguimiento de Jesús se orienta hacia un objetivo determinado la *liberación*. Ante todo y sobre todo, la liberación de todos los oprimidos los pobres, los marginados y, en general, los crucificados de la tierra. Esta liberación se entiende como liberación integral. Es decir, se trata de una liberación que se sitúa a tres niveles: al nivel socioeconómico y político de las causas que generan la opresión, al nivel antropológico de los agentes que producen la alienación cultural, y al nivel más profundo de la liberación del pecado, que rompe la amistad con Dios y con Cristo. Pero teniendo en cuenta que no se trata de tres liberaciones separadas, ni siquiera yuxtapuestas. Por el contrario, la liberación, que genera el auténtico seguimiento de Jesús, es liberación a los tres niveles simultáneamente. Porque, en la práctica y de acuerdo con el plan de Dios, esos tres niveles no se pueden separar. Todo esto quiere decir que la tarea esencial del seguidor de Jesús es la liberación. De manera que una de las características, que definen al cristiano, es la rebeldía. Concretamente, la rebeldía frente a todo lo que sea injusticia, opresión y sometimiento.

Anota Espeja que '' [...] *mientras la cultura científica significa que ya no es de recibo lo que de alguna forma no sea verificable, cultura cientista quiere decir: no es de recibo lo que no sea verificable con el método y los criterios de verdad exigidos en el ámbito de las ciencias. Análogamente, una cosa es la cultura donde la técnica ocupa un lugar destacado, y otra la tecnocracia donde la técnica se impone sin ningún control social ni ético*'' (Espeja, 2006:32). Implica, para el cristiano, evidenciar un papel de responsabilidad ética en el momento de desarrollar cualquier actividad que responda a las nuevas tendencias del mundo actual. El cristiano, entonces, en su diario vivir, está en la obligación moral de responder a los nuevos retos del mundo actual, como también a actuar desde una tendencia científica y no '*cientista*', en función del propio beneficio del ser humano, de su sociedad y de su cultura. Un actuar en aras de mostrar el sentido a la existencia, de tal forma que sus ideas tengan una visión global y puedan desarrollarse en un sentido local.⁵⁷

En el caso de América Latina y el Caribe, se han de desarrollar con una decidida y marcada respuesta a la búsqueda de la Liberación del hombre de los sistemas económicos y políticos que lo oprimen. Todo ello en razón de una educación al hombre latinoamericano de la búsqueda de su propia identidad, de su esencial participación en el destino de su continente y de tener un mayor horizonte de su existencia y de su actuación.

Para Jesús Espeja es evidente que el cambio cultural marca para el creyente una seria reflexión de su razón de *ser y estar* en el mundo, su '*estar-ahí*' le lleva a marcar las

⁵⁷ El seguimiento de Jesús tiene esencialmente una dimensión comunitaria. Los discípulos, que siguieron a Jesús, vivieron su seguimiento en comunidad, en la comunidad de seguidores que reunió el propio Jesús. Por eso, el mensaje cristiano no se puede leer en clave individualista. La única lectura aceptable del mensaje de Jesús es la que se hace en clave comunitaria. De manera que las renunciaciones y exigencias del seguimiento se ven compensadas por una vida en comunión con otros, que colma las aspiraciones más profundas del hombre.

diferencias en su creencia, que se torna acción con criterio, es decir, con unos principios básicos, fruto de la unión estrecha que mantiene con la persona de Jesús, el Cristo. Dependiendo de su visión de Dios, recobran así sentido sus acciones, pensamientos y decisiones. Y Jesús Espeja lo explica:

El cambio cultural afecta de modo especial a la imagen de Dios, pues con esta palabra nos referimos a una realidad que nadie ha visto, si bien cada uno se la imagina, y que por principio ningún mortal puede controlar; quiere decir que nuestras visiones de la divinidad son hechas desde el mundo en que vivimos y desde la cosmovisión que tenemos [...]pero la fe cristiana trae nueva concreción. Porque a Dios nadie le ha visto, pero creo que Jesucristo, el Hijo, en su conducta histórica nos ha dado a conocer quién es y cómo actúa Dios (2006:32)

Está en el creyente hacer evidente ese “*quién es ese Jesús y cómo actúa*” para dar razón de su quehacer en el mundo como cristiano.

2.2.3.2 Dios se revela y se manifiesta en nuestro mundo

Espeja (2006), citando al gran teólogo dominico del Concilio Yves Congar, anota: “[...] *a una religión sin mundo ha sucedido un mundo sin religión*”(p. 32). La cita constituye la síntesis perfecta del contexto en que se desenvuelve el cristiano, y de ahí su gran tarea, que no es otra diferente a mostrar un nuevo rostro de Dios, cuya acción se ejecuta en la historia, es decir, un espacio y un tiempo que como lo explicaba el mencionado y controvertido Teilhard de Chardin: “*Indudablemente, por cierta razón oscura, alguna cosa no*

funciona en nuestro tiempo entre el hombre y Dios, tal como se le presenta hoy; actualmente todo ocurre como si el hombre no tuviese exactamente ante sí la figura de Dios que él quiere adorar'' (Espeja, 2006:32). Luego, Juan Pablo II planteaba como interrogante decisivo para los cristianos: "¿Qué parte de responsabilidad deben reconocer también ellos, frente a la desbordante religiosidad, por no haber manifestado el genuino rostro de Dios, a causa de los defectos de su vida religiosa, moral y social?" (Espeja, 2006:32). Con estos textos se pone en evidencia que la misma actitud del cristiano no ha permitido ver el verdadero rostro de Jesús, abocado a liberar al hombre de todas aquellas ataduras limitantes; le impiden ver la integralidad del significado de la existencia humana.⁵⁸

En la tentación actual de la negación de Dios y de su acción en la historia, Espeja genera un punto de apoyo para el creyente en su actuar, que lo identifica como un seguidor en la vida cotidiana de Jesús. Desde la perspectiva negativa, que consiste en la realización del ser humano sin recurrir a Dios, se puede analizar la manera como el cristiano llevaría a cabo su labor de predicar con sus actos un Dios que lucha por la búsqueda de nuevas transformaciones de la sociedad actual. Así lo anota Espeja (2006):

[...] negaron a Dios y a la religión cristiana tal como la percibían, preocupados por afirmar al ser humano; según Ludwig Feuerbach, 'para quien cree en una vida celeste, eterna, la vida presente pierde todo su valor; más aún, esta vida ya ha perdido todo su valor; la creencia en la vida celeste es la creencia en la nulidad y en la ausencia de valor de esta vida, la terrestre. En todas estas referencias se intuye

⁵⁸ El proyecto de Jesús se orienta hacia la consecución de una convivencia en igualdad, fraternidad, solidaridad, libertad y preferencia por los más pobres y más desgraciados. Sin duda alguna, un proyecto así es una utopía. Pero aquí es importante comprender que, cuando hablamos de utopía, no hablamos de lo imposible. La utopía es un proyecto simbólico que anticipa un futuro mejor, es decir, la utopía asume las experiencias y aspiraciones más profundas del hombre y las organiza en torno a un proyecto, que se debe realizar en un futuro más o menos inmediato.

que el problema no es si existe o no Dios, sino más bien de qué Dios están hablando quienes afirman y quienes niegan su existencia (p.33).

Para terminar este apartado, cabe afirmar que es el mismo Espeja quien nos deja una certera conclusión:

En el diálogo saldrá ganando la religión; su credibilidad, en una cultura de mentalidad científica y marcada por los deslumbrantes descubrimientos, no puede mantenerse con representaciones que entran en conflicto frontal con los datos de la ciencia: si seguimos manteniendo que el sol gira alrededor de la tierra, la persona más piadosa se verá obligada a abandonar la fe. Y saldrá ganando también la ciencia; pasaron ya los entusiasmos ingenuos del 'siglo de las luces', estamos viendo que la ciencia dejada a su lógica no sólo lleva a un empobrecimiento terrible, sino a la misma destrucción de toda la humanidad. Los cristianos creemos que la voz de Dios nos llega en los 'signos de los tiempos', y que la evolución de la historia alberga ya las semillas del Espíritu. Estamos acostumbrados a una visión sobrenaturalista de la religión, como caída directamente del cielo. Visión favorecida por la tendencia de lo religioso a constituirse en un mundo aparte, distinto de la vida corriente. Pero las religiones son productos culturales como la filosofía y la poesía, o la ciencia. Nacen en la tierra (Espeja, 2006:35).

2.3. La salvación ofertada en Cristo desde la época de la indiferencia, el secularismo y la increencia.

2.3.1. ¿En qué Dios se cree?

El tema del *seguimiento*⁵⁹ de Cristo y el *compromiso* del creyente -en la vida cotidiana y en este contexto Latinoamericano y del Caribe-, constituyen el eje desde el cual se sintetizan las palabras '*salvación, Cristo, indiferencia, secularismo e increencia*', en la medida que son los marcos de referencia y de reflexión que poseen los teólogos para su labor profética. En este caso hablará más nuestro autor, haciendo alusión a los textos que dejan entrever con más nitidez, a nuestro criterio, el papel del *seguimiento* y del *compromiso* del cristiano dentro de su labor cristológica.

En efecto, afirma Jesús Espeja que "*el cambio de paradigma que se ha plasmado en un cosmocentrismo hacia un antropocentrismo*" y quizás a un nihilismo (esto es nuestro).

Es oportunidad para recuperar la novedad cristiana sobre Dios, que no es una divinidad "pensada o hipotética", fabricada desde nosotros y a nuestra medida, sino "*realidad fundante*" cuya presencia nos resulta inabarcable. Así lo hemos percibido en la Encarnación, artículo central y característico de la religión cristiana (Espeja, 2008:127).

⁵⁹ La llamada al seguimiento es, pues, vinculación a la persona de Jesucristo, ruptura de todo legalismo por la gracia de aquel que llama. Es una llamada de gracia, un mandamiento de gracia. Se sitúa más allá de la enemistad entre la ley y el Evangelio. Cristo llama, el discípulo sigue. La gracia y el mandamiento se unifican. «Y andaré por camino anchuroso porque voy buscando tus preceptos» (Sal 119, 45).

Por esta razón, el *seguimiento*⁶⁰ de Cristo es la forma como se sustenta toda dogmática y teología fundamental que se desarrolla en la actualidad, puesto que esta sociedad, cansada ya de teorías vacías, es explícita en la necesidad de propuestas concretas que respondan al sinnúmero de vacíos internos que vive cada ser humano de esta sociedad.

Esto exige una postura clara ante los retos de la opresión sistematizada de los nuevos proyectos económicos y políticos que acusan más defensa, desconfianza y recelo por el otro.

En palabras de Espeja (2008), se afirma que:

El Renacimiento, que buscaba humanismo volviendo al pasado de las grandes culturas clásicas, fue desplazado por la Modernidad que valora el mundo nuevo que van forjando los seres humanos, y apuesta por un futuro de bienestar sin contar con dioses ni religiones. El hombre moderno discurre cada vez más curvado sobre la tierra, confiando en sus nuevos inventos. La presencia de Dios se diluye y se da un proceso de emancipación respecto a lo religioso. Las deslumbrantes conquistas en la ciencia y en la técnica van creando la sensación de que sólo en este mundo encontraremos la felicidad (p. 284).

Esta visión de la felicidad, fruto de los trabajos de la 'razón instrumental', no tuvo prosperidad, en la medida que se confió de sí misma, dejándose llevar por las ansias de poder, y ejerciéndolo hasta el punto en que creó sistemas de armamento, que en cualquier momento, al oprimir un botón, este mundo caería en las rojas llamas de su propio fin.

⁶⁰ El seguimiento de Jesús se debe interpretar desde un continuo dinamismo. En cuanto a las opciones concretas, que todo esto debe desencadenar, cada creyente debe discernir, a partir de un análisis serio de la situación, si lo más conducente para la liberación integral de los oprimidos es una opción *posibilista* o más bien una opción *radical*.

Sigue citando Espeja al Concilio Vaticano II, a propósito de la actividad humana del creyente, que no puede ser ajena al pluralismo, consistente en la convivencia de distintas cosas entre sí. El pluralismo debe ejercer, actualmente, un proceso de discernimiento a la hora de actuar, pensar y decidir desde la perspectiva de Cristo, y que al hablar de *seguimiento y compromiso*⁶¹, no puede dejar a un lado los nuevos avances y las nuevas perspectivas en que debe desenvolverse y manifestar su estilo de vida.

Así lo afirma:

El Concilio también aceptó el legítimo pluralismo y defendió la libertad religiosa, insistiendo en algo fundamental: 'La verdad no se impone de otra manera que por la fuerza de la misma verdad, que penetra suave y a la vez fuertemente en las almas'. Además, la V Conferencia de Aparecida tiene el mismo criterio cuando constata la sobrevaloración de la subjetividad, pero añade: 'independientemente de su forma, la libertad y la dignidad de la persona son reconocidas' (Espeja, 2008:834).

El trabajo cristológico de nuestro autor está marcado por una fuerte relación experiencial del hombre con la persona de Jesucristo, que lo conduce a vivir su fe, entendida como relación filial, cercana y profética. El trabajo no se queda en escritos lúcidos de Cristología, sino en una acción -fruto de esa contemplación de Jesús-, que le exige una postura clara acerca de su creencia en Jesús, el Cristo, que no debe ser otra -

⁶¹ El seguimiento es vinculación a Jesucristo; el seguimiento debe existir porque existe Cristo. Una idea sobre Cristo, un sistema de doctrina, un conocimiento religioso general de la gracia o del perdón de los pecados no hacen necesario el seguimiento; de hecho, todo esto excluye el seguimiento y le es hostil. Al ponernos en contacto con una idea, nos situamos en una relación de conocimiento, de entusiasmo, quizás de realización, pero nunca de seguimiento personal. Un cristianismo sin Jesucristo vivo sigue siendo, necesariamente, un cristianismo sin seguimiento, y un cristianismo sin seguimiento es siempre un cristianismo sin Jesucristo; es idea, mito. Un cristianismo en el que sólo se da Dios Padre, pero no Jesucristo, su Hijo vivo, suprime el seguimiento.

desde la perspectiva del teólogo Jesús Espeja-, que una vivencia clara y evidente de la búsqueda de la libertad y de la justicia. Aquí descubrimos la distinción del *seguimiento* y del *compromiso* cristiano, tal y como lo perfila Espeja:

Mi convicción de que Jesucristo puede ser luz y camino para la plena humanización [...] pero como la propuesta de Jesús sigue siendo válida para nuestro tiempo y para nuestra situación cultural, todo espíritu que confiesa a Jesucristo venido en carne es de Dios y todo espíritu que no confiese a Jesús no es de Dios [...] Pablo anuncia que Dios es realidad que «a todo da vida y aliento», que «no está lejos de nosotros, sino que en Él vivimos, nos movemos y existimos» [Hch 17,28]. Cuando se vive la experiencia del Dios que a todo da vida y está viniendo continuamente, de modo especial en su imagen, al ser humano, el amor ya no es un mandamiento impuesto desde fuera, es la versión histórica de sentirse llamado con los otros, y formando una totalidad con la creación entera (2008:159).

Y continúa diciendo:

La parábola sugiere cuál es el destino de la humanidad: una gran fiesta en que todos, liberados de la esclavitud de tantas falsas seguridades que los degradan, vivan como personas libres, se sientan amigos en la mesa común de la creación y vivan felices. ¿No expresé esto mismo aquella parábola que compara el Reino de Dios con un banquete de bodas en que los excluidos despiertan a su dignidad, y los socialmente bien situados aceptan compartir la mesa con los pobres, y todos pueden gozar como hermanos? (Espeja, 2008:758).

El *seguimiento* -desde la perspectiva de Espeja-, está marcado por una aceptación libre, decidida y coherente del creyente a la persona de Jesucristo. El *seguimiento* no es

entendido como una ‘*Jesúsología*’ que otrora se vivió, sino como la entrega filial a la persona, que por la gracia del Espíritu Santo, lo lleva a marcar un estilo de vida diferente al que atañe a la sociedad, incluso la que se dice ser ‘cristiana’. Así lo evidencia al hablar del Evangelio, de la Palabra hecha carne:

El Evangelio de Dios como amor no soluciona sin más los problemas sociales, pues el Creador ha puesto el mundo en nuestras manos y sin nuestro compromiso libre no es posible tejer la organización social. Pero el Evangelio lleva un potencial espiritual inaudito: Dios revelado en Jesucristo es amor, ternura infinita, misericordia entrañable que garantiza el valor y dignidad de todos y de cada ser humano. Jesucristo, Encarnación de la mirada compasiva de Dios, experimenta ese amor fundamental y sostiene a todos y a todo; en su realidad más profunda y permanente cada hombre y cada mujer son imagen del Creador; hay en ellos algo absoluto y no manipulable que los trasciende (Espeja, 2010:123).

En este orden de ideas, es necesario seguir descubriendo -en el proyecto cristológico de Jesús Espeja-, la necesidad del *compromiso*, fruto de una decisión personal de adhesión a Jesús, que no puede tener otro testimonio que la búsqueda de la libertad y la justicia. Es esencial que sólo sea posible si se genera a partir de una mirada contemplativa, no del famoso ‘*fuga mundi*’, sino de la experiencia del “*contemplari allis tradere contemplata*” dominicana; es decir, de la vivencia de la relación con Jesús en lo cotidiano, en la historia que se hace Palabra creadora: “Esa mirada compasiva puede ser inspiración de un compromiso en la transformación de nuestra sociedad”.

El Dios presentado en el Evangelio de Jesucristo es fuente de toda vida. Los seres humanos, todos los vivientes y todas las realidades creadas, continuamente somos originados y estamos viviendo desde Dios. En cualquier caso y según la Revelación de Dios en Jesucristo, esa identidad cristiana no se garantiza en el atrincheramiento dogmático y ni en la pretensión de haber llegado a la verdad completa, cuando respecto de Dios todos apenas andamos de camino; es necesario el espíritu de humilde búsqueda, escuchando a los otros.

De hecho, en virtud de la fe o encuentro con Jesucristo hemos caído en la cuenta de una Buena Noticia para todos; no podemos guardar silencio pero tampoco imponerla. Sólo cabe ofrecerla modestamente como propuesta para el diálogo, eso sí haciéndola creíble con nuestra conducta. Para todas las religiones, incluida la cristiana, el Reino de Dios, esa fraternidad universal que rompe siempre fronteras, debe ser meta común que permita la comunión en la pluralidad. Estamos sufriendo la crisis a la que nos ha conducido una organización social basada sólo en relaciones comerciales motivadas por la codicia. No hace mucho, un futbolista decía:

«Valgo lo que pagan por mí»; las personas quedan reducidas a mercancía; si no rentan, son material desechable; así se las mira y así se las cataloga. Esa mirada depredadora también clava sus garras en nuestro entorno creacional, destruyendo el hogar que la humanidad necesita para seguir viviendo (Espeja, 2010:124).

2.3.2. La experiencia de Jesús nos empuja a compadecernos del mundo

El tema del *seguimiento* -en el marco del discurso cristológico de Espeja-, no

redunda solamente en una actitud interior del creyente que acepta la persona de Jesús, sino que abarca la totalidad de lo real que involucra al ser humano. Su historia pasa a convertirse en Historia de Salvación y de profecía por medio de sus actos, que deben defender la vida del hombre en su libertad, en su justicia y en su igualdad.⁶²

El mismo Jesús Espeja así lo afirma cuando escribe: *“Para Jesús la persona humana vale más que todos los medios de producción. Dios no es un absoluto que niegue a lo humano su despliegue y dinamismo propio, sino que lo afirma y promueve”* (2010, p. 161), a partir de la fe, entendida como encuentro personal con Dios revelado en Jesucristo, más que comprensión puramente intelectual. La relación de amor y el lenguaje del amor quedan siempre en las aproximaciones de las vivencias. El único lenguaje, siempre inteligible para todos, es la conducta compasiva del que con amor gasta su vida para que todos puedan vivir y caminar hacia la felicidad completa. Así lo asevera el autor español:

Sólo esa conducta puede transmitir el Evangelio sobre Dios en una sociedad saturada de teorías, por las cuales muchos sujetos abandonan el Cristianismo porque han percibido a Dios y a la religión cristiana como fuerzas contrarias a su vida y a su felicidad (Espeja, 2010:207)

En este proceso de comprensión de la realidad vista desde Dios, del *seguimiento* de Jesús y su *compromiso* que de ello deriva, aparece *“la conversión que implica una ruptura con los ídolos o falsos absolutos, que impiden una vida en solidaridad; vida que abarca el pensar y*

⁶² Seguir a Jesús es para nosotros «vivir y luchar por su Causa», y nos referimos expresamente al seguimiento «con radicalidad». Esta es la esencia teórica y la utopía de la «vida religiosa» (VR), pero lo es también del simple ser cristiano. Todo cristiano está llamado a «seguir a Jesús» y a hacerlo con «radicalidad», aunque no todos tengan que concretarlo en las formas institucionales canónicas de la «vida religiosa» reconocida como tal. No hay pues una identificación automática entre seguimiento de Jesús y VR. En ésta, «ni están todos los que son (todos los que siguen a Jesús), ni son todos los que están» (lamentablemente). (Vigil, S.F)

actuar pensando no tanto respecto a 'qué será de mí', sino 'qué será de los otros', especialmente, los más abandonados e indefensos (Espeja, 2010:132).

En nuestro contexto latinoamericano, el *seguimiento*[Discipulado] cobra cada vez más valor cristológico, ya que reúne la experiencia con Jesús, la segunda persona del gran Misterio de la Trinidad, que se hizo Hombre, murió en una Cruz como elemento expiatorio definitivo del sacrificio y que, más aún, venció a la muerte con su Resurrección. Al hacer esto último, condujo a todo el género humano a un estado cercano a la plenitud, meta que debe completarla el hombre creyente en su Iglesia. Esa decisión sólo puede darse en una respuesta comprometida a seguir, con su propia historia, a Jesús en la formación y establecimiento del Proyecto del Reinado de Dios. Así lo afirma en otras palabras el mismo Espeja: *“Pero el creyente cristiano con la mirada de fe descubre la presencia e intervención de Dios en la historia, que viene a ser espacio abierto a la acción divina”* (Espeja, 2010:112).

Jesús pensó y actuó dentro de una cultura condicionada por sus creencias, valores y costumbres, lo cual -pensado desde otra perspectiva-, sería anacrónico e iría contra esa misma verdad de la Encarnación: que Jesús de Nazaret, un judío que vivió hace dos mil años, actuara con la mentalidad y en los marcos culturales de la modernidad cuando está surgiendo la reivindicación de la mujer, reclamando satisfacción de sus justos derechos, pero sí ofrece desde Jesucristo una visión original del ser humano que tomará cuerpo y rostro peculiar en las distintas culturas y antropologías.⁶³

⁶³ Seguir a Jesús exige entrar en la historia y tomar una actitud frente a la misma. Él fue una «persona con Causa», que se situó en la historia y se comprometió en ella, y que nos reveló que «tener Causa y luchar por

Cuando Espeja afirma que *“el Evangelio supone la Encarnación continuada, que sólo en el dinamismo de las culturas va develando sus virtualidades”* (2010:245), el *seguimiento* se hace un tema central, dado que es una experiencia que permite leer los signos de la historia a la luz de la persona Jesús, quien se hace Evangelio viviente, esto es, Buena Noticia, Evangelio que responde también a ese anhelo de infinitud que nos habita. Es verdad que ha habido seres humanos bloqueados por el materialismo práctico y otros oprimidos por la miseria, situación que obstruye y amenaza con sofocar la dimensión trascendente que también nos constituye.

Cuando ya los grandes proyectos utópicos en política o en economía van cayendo porque tienen bases poco sólidas, muchas personas han quedado a la intemperie y no han encontrado sentido global en su existencia. Hoy la crisis no es por falta de placer, sino ante todo por falta de sentido; vamos constatando que los dioses de la tierra -poder, seguridad, satisfacción inmediata del deseo- no nos llenan, y la Esperanza se nos muere entre las manos. La conducta de Jesucristo da luz y fuerza para responder a este profundo anhelo de felicidad que subyace latente en el corazón humano.

El Creador es amor y continuamente nos sostiene, deja su huella en nosotros como invitación a una búsqueda de felicidad sin sombra y como garantía de que nuestro destino es la vida y la felicidad sin sombras. Jesús de Nazaret, en su vida, muerte y Resurrección, es el signo para interpretar ese misterio que cada uno somos para nosotros mismos: fruto de un

ella» forma parte del ser humano porque también es una nota del ser de Dios. No tenemos otro camino para seguir a Jesús que el mismo que él recorrió: esta tierra y esta historia. Seguir a Jesús, en el sentido fuerte de la expresión, exige tener una lectura histórico-escatológica de la realidad, como la suya. Una lectura culturalista del cristianismo, moralista, jurídica, idealista, intelectualista, eclesiocéntrica, sacralizada, espiritualista... no permite -en nuestra opinión- un seguimiento auténtico de Jesús, porque Jesús nunca fue por esos caminos; más aún, expresamente los rechazó, aunque con el transcurso de los siglos el cristianismo haya llegado a caer en las cosas a las que Jesús más se opuso en su vida⁶³; pero hay que rescatar al Jesús real y hablar con veracidad de su seguimiento. (Vigil, S.F)

amor gratuito que nos precede y acompaña siempre. Vamos caminando hacia nuestra plena realización en la fidelidad a esa inspiración originaria de amor; descubrimos la dimensión trascendente del otro y salimos de nuestra propia tierra. La fe cristiana es inseparable del Amor y de la Esperanza (Espeja, 2010:263).

El proyecto del Reinado de Dios⁶⁴ -en el original trabajo cristológico de Jesús Espeja-, es esencial, puesto que es la meta de todo el quehacer de Jesús y ahora de la Iglesia, y de su comunidad de seguidores. Este autor asume que para el proyecto del Reinado es necesario:

[...] Poner en juego todas nuestras facultades sabiendo discernir e inventar, para dejar que muera lo que tiene que morir y despunte lo nuevo que quiere renacer [...] en una sociedad harta de palabras vacías y curada en salud de tantos sermones religiosos, la invitación a construir el Reino de Dios sólo será eficaz si los cristianos con nuestra propia conducta somos capaces de «re-crear» la conducta de Jesús: curando enfermos, rehabilitando a los pobres y combatiendo las fuerzas del mal. Sólo nos perfeccionamos entrando en comunión con el Dios del Reino, es decir, realizando «las obras del Padre», que sostiene la vida de todos y hace suya la causa de las víctimas inocentes (Espeja, 2010:115).

⁶⁴ La Causa de Jesús -clave del seguimiento- es el Reino de Dios; y por eso, seguir a Jesús es empeñarse a vida o muerte (como él) por la Causa del Reino, que no es «otro» mundo, ni la Iglesia, ni es cielo, ni la salvación de las almas. Todos los que ponen (consciente o inconscientemente) la Causa de su vida en otro mundo, en el cielo, en la salvación de las almas, o en la Iglesia, no están siguiendo auténticamente a Jesús, aunque puedan estar haciendo cosas muy loables o meritorias; Jesús nunca fue por esos caminos. Jesús presentó el Reino como la utopía revelada por Dios para su construcción en la historia, y se entregó totalmente a esta Causa. Sólo sigue a Jesús quien concibe la vida como un don de sí mismo a Dios y al mundo en la tarea de tratar de acercar mutuamente la historia y el Reino. Seguir a Jesús y luchar por el Reino son equivalentes en este sentido.

Una actitud cristocéntrica está marcada por el *seguimiento*⁶⁵, decisión personal de continuar en el camino trazado por Jesús y animada por la gracia del Espíritu Santo, que le inspira a leer los signos de la historia en clave de fe y salvación, de tal forma que actúa para la Liberación de sí mismo y de su entorno. Esta visión de seguimiento no dista de complementarse con aquello planteado por Jesús Espeja, a propósito de la relación de Jesús y la promesa envuelta en el mesianismo judío:

La conducta mesiánica de Jesús marca ya el camino que debe seguir la Iglesia. En un mundo que cada vez quiere ser más mundo, autónomo y emancipado de la religión, la Iglesia tiene que ser menos 'mundo', menos poder que se impone por la fuerza, menos triunfalista, menos obsesionada por tener seguridades temporales (Espeja, 2010:135).

Además, plantea que “[...] así queda claro que Jesús no sólo es miembro de la raza humana, sino también que realiza su existencia dentro de un pueblo con su historia, sus éxitos y fracasos, su cultura y sus tradiciones religiosas” (Espeja, 2010:247).

De la misma manera, afirma el teólogo dominico: “Porque la vida y muerte de Jesús no fueron un sacrificio para reparar en justicia el honor de Dios ofendido, sino la respuesta de amor a un Dios que desde dentro de la humanidad se revela y actúa como misericordia y nueva justicia; de ahí que la actitud del que decide seguir a Jesús sea continuar en el establecimiento de los valores del proyecto del Reinado de Dios (Espeja, 2010:248).

⁶⁵ La Causa de Jesús, el Reino, es «Vida, Verdad, Justicia, Paz, Gracia, Amor» en este mismo mundo antes y después de la muerte. El Reino permanece siempre en una dimensión utópica, siempre inalcanzable, pero siempre generadora de dinamismos históricos, en su dirección. Por eso, si bien nunca será alcanzado y siempre juzgará la situación concreta de cada momento histórico, hay etapas de la historia en los que brilla con especial nitidez como denuncia al confrontarse con estructuraciones concretas de este mundo contrarias al Reino.

La confesión en Jesús no puede alejarse de la plenitud de lo que concierne a la Encarnación misma, que conlleva implícita la misma salvación, en cuanto que nos hace partícipes de su muerte y de su Resurrección, nos hace experimentar ese hecho haciéndolo histórico y contingente. Esta afirmación al asumirla como premisa de fe y eje fundante de una vida de *seguimiento* a Jesús, no hubiera sido posible sin la acción del Espíritu. Aquí ya se va estableciendo la dimensión Trinitaria del seguimiento de Jesús.

Ese misterio Trinitario, la búsqueda de la instauración del Proyecto del Reinado de Dios en nuestra sociedad actual, sólo puede entenderse tal y como lo explica Jesús Espeja. Allí toman lugar los presupuestos básicos para comprender el seguimiento comprometido, en palabras de él mismo:

Todas y todos, cualesquiera sean nuestra estatura y nuestro color, vivimos dentro de una cultura en cuyo dinamismo tenemos que desarrollamos física, psicológica y espiritualmente. Cada uno puede y debe organizar los distintos ámbitos de su vida según lo crea conveniente; no hay en el Evangelio un modelo concreto de organización socio-política ni religiosa. Pero lo ineludible para cualquier hombre o mujer es buscar siempre «la voluntad de Dios»: que todos y todas caminen hacia la vida en plenitud (Espeja, 2010:249).

Lo anterior no puede entenderse de otra forma que en la búsqueda, defensa y promoción de la dignidad humana, que como se ha mencionado anteriormente hasta la saciedad, bien se podría interpretar como una manera de entender el Reino de Dios, la dignidad de la persona humana en todas sus dimensiones. Así lo pone de manifiesto Jesús Espeja cuando afirma:

Esta dignidad inviolable de las personas es aportación de la fe cristiana muy

significativa para nuestra sociedad (sic). Hoy el ser humano sufre la manipulación irreverente hasta quedar reducido a una pieza más en el sistema de producción, consumidor sin tregua o material desechable porque no produce ni consume. Si olvidamos esa dimensión trascendente que nos define, perdemos la confianza en nosotros mismos y abdicamos de nuestra responsabilidad como sujetos de nuestra propia historia. ¿Hemos de concluir por eso que Dios no es necesario para la vida y desarrollo integral de los seres humanos? (2000:32)

Según Espeja, la construcción de ese Proyecto del Reinado de Dios en nuestra sociedad actual, partiendo del mismo hecho de que nos heallamos ante una sociedad laica, implica *compromiso* real y oportuno, es decir, una sociedad en la cual la independencia de los criterios dinamizadores de un grupo social ya no dependen de la perspectiva religiosa, sino que puede estar sujeta a principios demasiado humanos. Así lo afirma Espeja (2010):

La trascendencia de Dios en su cercanía de misericordia incorruptible puede ser llamada de salud para una sociedad laica que busca ser autónoma y emancipada de la religión -en nuestro caso de la religión católica-, pero a la vez, en ella se abren paso grupos y movimientos que anhelan una experiencia mística de la «realidad última»; se habla hoy incluso de una «espiritualidad laica». Un reclamo que posiblemente irá cundiendo a medida en que hombres y mujeres vayan constatando que ninguna cosa exterior acaba saciando el hambre que llevan dentro (p. 140).

Esta 'espiritualidad laica', fruto de la resequedad interna que vive la sociedad actual, no pretende volver a los mismos recursos de las instituciones antiguas. Dicha espiritualidad laica no responde a las necesidades del hombre actual; se tuvo que buscar otras formas de saciar esa hambre de vivir "adentro" para crear un mejor "afuera".

Ante esta situación, feliz por cierto, Jesús Espeja se cuestiona: ¿Cómo interpretar esa fe cuando los seres humanos tienen su esperanza de salvación puesta en los empeños por dominar todos los secretos de la Creación, descubriendo y gozando de los bienes que ofrece nuestro mundo? Por otra parte, vemos cómo irrumpe cada día más un creciente pluralismo religioso; millones de personas tratan de ser fieles al misterio de la trascendencia, que a todos nos habita, sin contar con Jesucristo ni con la Iglesia. ¿Cómo pueden aceptar que en el Acontecimiento de Jesucristo ha tenido lugar la salvación para todos? Tiene que ver mucho con los patrones de una cultura: creencias, valores, costumbres e instituciones en que las personas y las sociedades interpretan y organizan su existencia:

Hoy estamos viviendo el llamado «cambio paradigmático», que se configura bajo la forma de nuevas creencias, nuevos valores y nuevos marcos de comprensión, demandantes también de una nueva versión de la única fe cristiana, en el modo de presentar la salvación de Jesucristo y en el diálogo interreligioso (Espeja, 2010:305).

Aquello a lo cual el creyente, al seguir a Jesús, no puede renunciar ni reinterpretar a su gusto propio -tal y como se quiere en estas épocas-, es la afirmación de que “*el Reino de Dios entra en conflicto con los ídolos homicidas que desfiguran a la humanidad y a la creación*” (Espeja, 2006, p. 315), y que a la luz del Misterio de la Encarnación nuestra historia humana corresponde, también, a la historia del Hijo de Dios; historia que de algún modo se ha unido a todo ser humano y a la Creación entera. En la carne hemos visto la gloria o grandeza de nuestro Dios, que nunca da marcha atrás en sus dones, porque la Encarnación continúa, en lo humano ya sostenido y alentado por el Espíritu dador de vida. Así podremos vislumbrar los indicios de apertura que de algún modo reclaman la presencia de la divinidad, entendida como una de las metas de esa ‘espiritualidad laica’ (Espeja,

2010:308).

2.2.3.1 En el seguimiento hay que renunciar a los ídolos falsos⁶⁶

Según Jesús Espeja, el discípulo de Cristo, además, debe entender y denunciar abiertamente, que:

Hay en el mundo ídolos o falsos absolutos como: el poder, tener, satisfacer sin control e inmediatamente cualquier deseo, que desfiguran la faz humana de nuestra tierra e impiden la fraternidad o Reinado de Dios; debemos recuperar hoy la intención original de la 'fuga mundi', huida del mundo: entrar en el corazón de la humanidad y de la creación, escuchar y sintonizar con sus profundos anhelos y, renunciando a los ídolos o falsos absolutos, ser testigos creíbles de que ya está llegando el Reino de Dios. (Espeja, 2010:308).

El creyente, en su *seguimiento comprometido*, debe asumir que *las realidades temporales ya son espacio de salvación, hay que leer los signos del tiempo para descubrir ahí la voz del Espíritu y actuar en consecuencia. Si la Palabra encarnada acoge y promueve las semillas de la Palabra creadora, los acontecimientos de la historia humana tienen elocuencia teológica; no sólo para conocer dónde estamos, sino también para descubrir la voz y los planes de Dios, ya revelados en Jesucristo* (Espeja, 2010:328).

También anota que la visión y la creencia en Dios deben ser tan clara que no se pueda convertir en un Dios que rellene las carencias al faltar explicaciones racionales a fenómenos sorprendentes y dolorosos de la existencia humana. Tal vez muchos se han

⁶⁶ Las discípulas y los discípulos son llamados a seguir (akolouthēin) al maestro, es decir, a caminar a su ritmo, estar junto a Él, hacer las mismas opciones. De hecho, el seguimiento de Jesús implica "estar con Él", participar de su vida y misión. En este seguimiento se va conociendo a Cristo.

alejado de la religión cristiana e incluso la rechazan porque no han percibido en ella la Buena Noticia de Jesucristo sobre Dios. Por otra parte, vemos cómo algunos que se confiesan no creyentes ni en Dios ni en la religión siguen trabajando, incondicionalmente, por la justicia y por la libertad, tratando de erradicar la pobreza y cualquier esclavitud. Debemos concluir que también ellos son iluminados por la Palabra, están animados por el Espíritu y actúan desde un Absoluto que los habita e impulsa. Esa es la actitud de aquél que sigue a Jesús en estos tiempos.

Y sigue anotando Espeja, a propósito de las actitudes del creyente cristiano:

Cuando se dejan alterar por el sufrimiento del otro, cuando realizan el bien gratuitamente, cuando trabajan por crear fraternidad, hombres y mujeres actúan ya movidos por el Espíritu y reflejan la presencia de Dios-amor actuando en ellos, con ellos y por ellos, continúa la Encarnación, pues Dios en y con la humanidad que acoge su presencia benevolente, ama, se compadece y rompe las cadenas que atan a los desdichados. Y eso sucede, también, cuando ese amor incondicional brota en personas que no piensan ni, explícitamente, se relacionan con la divinidad. Según la Revelación bíblica, conocer a Dios - un conocimiento cálido del corazón- es hacer justicia a los pobres y desvalidos. Y según el Evangelio, el juicio positivo es a favor de quienes se compadecen y ayudan a los pobres, sin saber que así manifiestan la paternidad de Dios y su amor a Él: «Señor, ¿cuándo te vimos hambriento y te dimos de comer?» (Espeja, 2010:250).

Así mismo, refiriéndose Espeja, a una sociedad laica en todas sus expresiones, afirma lo siguiente:

Hoy el ser humano va consiguiendo deslumbrantes metas para lograr una vida más placentera; pero no puede saciar plenamente la sed que lleva dentro, y quiere «más»: una

vida plena sin muerte, una felicidad sin cortapisas. En el fondo, sigue latiendo un anhelo de sentido global y destino feliz para la existencia humana, un reclamo de salvación. Pero, ¿qué entendemos con esta «palabra» y qué contenido damos a esta categoría cuando decimos que Jesucristo es Salvador? Precisar bien este contenido es cuestión vital para nuestra fe cristiana y para el anuncio creíble de la misma en una humanidad que ansiosamente busca ser feliz y frecuentemente realiza esa búsqueda sin contar con Dios ni con Jesucristo. (Espeja, 2010: 277).

Jesús Espeja, en su trabajo cristológico, menciona la necesidad del encuentro con la persona concreta de Jesús, en su presente. Allí se halla inmerso en un sinfín de propuestas religiosas, caracterizadas por presentar información como fuente de poder. Para no perder su identidad, tiene que estar en capacidad de dar razón de su fe en su estilo de vida, esto es, en su *seguimiento comprometido* de buscar establecer el proyecto del Reinado de Dios en su historia, en su sociedad. Por esto escribe sin miramientos:

Según la fe cristiana, Jesucristo es la Palabra definitiva de Dios-amor a favor de la humanidad; en la Encarnación ha tenido lugar la máxima revelación o autocomunicación de Dios en la historia, y la respuesta o apertura incondicional de la humanidad a esa benevolencia divina; por eso Jesucristo es referencia y camino de salvación para todos. Los cristianos creemos que la Encarnación es acontecimiento de salvación universal, pues en cierto modo el Hijo de Dios se ha unido a todo ser humano. Y esta fe, precisamente, nos da pie para concluir que incluso quienes no conocen a Jesucristo están ya de algún modo introducidos y caminan en un proyecto de amor y de gracia. Según la fe cristiana, bien podemos afirmar que Jesucristo, cuya Palabra a todos ilumina, es camino, verdad y vida [Jn 14,6], en razón del Espíritu para todos aquellos, que con sincero corazón, entre sombras e imágenes buscan al Dios desconocido, pues Él da a todos vida, aliento y todo. La novedad o

singularidad del cristianismo radica en la Encarnación, que tal como se manifestó en la conducta histórica de Jesús, incluye una experiencia de Dios como ternura infinita, el apasionamiento por la causa del Reino y la opción por las víctimas (Espeja, 2010:305).

Es interesante la cuestión que elabora Espeja acerca de la relación del hombre y su salvación. ¿Necesita esta salvación el hombre moderno? Se toma como punto de referencia este cuestionamiento, toda vez que un creyente tendrá muchas veces, en un diálogo sereno y responsable con otras personas de diferentes confesiones religiosas, o tal vez con seres humanos sin distinción religiosa alguna, pero sí con una preocupación seria por el futuro del hombre. Ante ello, Espeja responde:

Hombres y mujeres de la sociedad moderna respiran los aires y gozan de las conquistas logradas, experimentan que de algún modo tienen cada vez más medios para ser felices. Entonces, ¿a qué meter aquí la presencia y la intervención de Dios? Algunos optan por el llamado agnosticismo: resignados a la finitud, se despreocupan de lo no constatable. Es verdad, además, que la mayoría de la población vive instalada en la superficialidad e inmediatez de cada día, sin plantearse para nada las Cuestiones Últimas sobre el sentido global de su existencia y sobre su destino final. Pero es significativo el aumento de personas, que incluso alejadas ya de la religión, añoran una espiritualidad -«espiritualidad laica». Se inventan caminos para encontrarse con una realidad absoluta que dé sentido y sabor a su existencia. (Espeja, 2010:291).

Bien se puede complementar esta respuesta: en el *seguimiento*, desde la concepción desarrollada a lo largo de esta tesis, se halla la respuesta, ya que denota la decisión libre, razonable y responsable del creyente por asumir en su historia el proyecto del Reinado de Dios, que es la propuesta planteada por Jesús.

Continuando con Espeja, este autor español afirma que la conducta histórica de Jesucristo entraña inspiración religiosa. Todo su *ser y hacer* tienen su fuente, sólo encuentran sentido adecuado *en y desde* Dios. Le corresponde, en primera instancia, a la Iglesia, comunidad de creyentes, el asumir un estilo de vida concreto que le permita al hombre mostrar un rostro distinto de Jesús que se preocupe por el menos favorecido, por la búsqueda de nuevas opciones, por la libertad y la eliminación sistemática de los proyectos que destruyen la dignidad del ser humano. Por esta razón, es posible compartir la afirmación del autor en cuanto a que la Iglesia no puede seguir en esta historia viviendo en función de sí misma, sino del Reino de Dios, que no puede seguir comportándose como una entidad referencial de un Dios que muchas veces es desconocido en sí mismo para la mayoría de los seres humanos. En fin, debe actualizar así la memoria y la presencia viva de Jesucristo, promoviendo los Derechos Humanos fundamentales de las personas en su propio seno y en su propia historia, que la debe mostrar como '*Kairós*' o tiempo de gracia.

3. VIVENCIA Y SEGUIMIENTO DE JESÚS, EN EL CONTEXTO LATINOAMERICANO ACTUAL, A LA LUZ DE LA CRISTOLOGÍA DE JESÚS ESPEJA, O. P.

Introducción

3.1 Antecedentes de estudios cristológicos en América Latina: el tema de Jesucristo Liberador

3.2 Algunos retos y desafíos desde la Cristología de Latinoamérica y el Caribe

3.3 Retos que se perciben en el contexto latinoamericano a nivel de seguimiento cristiano, desde la obra de Jesús Espeja

3.4 La vivencia de Jesús desde la experiencia del compromiso socio/cultural/político y económico: Impacto de la cristología de Jesús Espeja en el contexto latinoamericano

3.4.1 El significado de ser cristiano como seguimiento a Jesús en la Obra de Espeja

3.4.2 El seguimiento a Jesús como reconocimiento de su Señorío

3.4.3. Seguimiento de Jesús como aceptación de su proyecto

3.5 Jesús, punto de partida y de llegada en los retos de la Nueva Evangelización en América Latina y el Caribe

3.5.1 El seguimiento de Jesús como estilo evangélico de vida

3.5.2 El seguimiento de Jesús como vivencia comunitaria

3.5.3 El compromiso y seguimiento cristiano, implica vida digna, personal y comunitaria

Conclusiones del Tercer Capítulo

Conclusiones Generales

Introducción

Desde la compleja realidad de Latinoamérica y el Caribe, marcada por las enormes contradicciones económicas y políticas, por el drama de la pobreza⁶⁷ acuciante y por las paradojas que imponen los modelos excluyentes a nivel sociocultural y económico, la propuesta de Jesús Espeja Pardo, presenta una reflexión teológica actual⁶⁸ y contextualizada, válida para nuestro continente, necesitado de una nueva presencia de la Iglesia y de una auténtica imagen de Jesucristo (Cf. Espeja, 2010:5-13): Un Jesús que es Señor y Dador de Vida, que quiere la realización y la felicidad del ser humano, desde la realidad del así llamado “Continente de la Esperanza”.⁶⁹

En América Latina, Jesús es confesado como Jesucristo Liberador: “*Dios está presente y vivo, por Jesucristo liberador, en el corazón de América Latina*” Para ser comprendido por los seres humanos⁷⁰, el acontecimiento de salvación está inscrito en el interior de la historia y no puede ser conocido sino en referencia a ésta.⁷¹ (García Davalos,

⁶⁷ Desde estos planteamiento, y refiriéndonos a una posible Iglesia de los pobres nunca se ha entendido en la tradición latinoamericana como un selecto club de miserables, una especie de «corte de los milagros» que desprecie a los pérfidos ricos. Lo proclamamos en todo lo alto ¡Dios no quiere la miseria para nadie en este mundo! ¡Dios quiere que todos sus hijos e hijas tengan vida abundante!; ante el dato escandaloso de miserables al lado de opulencia lacerante, a los cristianos, nuestra fe nos exige por mandato evangélico y tradición apostólica hacer una opción por los pobres, y en esto consiste la eclesiología de esta llamada «Iglesia de los pobres» que nunca se ha visto lejos de sus pastores, pues de ellos surgió.

⁶⁸ Al anunciar hoy a Jesús, debemos presentarlo como alguien que se insertó en la historia humana y como alguien que da sentido a los que lo siguen. De esta forma, él se presenta, al mismo tiempo, como histórico y como contemporáneo.

⁶⁹ El Papa Juan Pablo II, en República Dominicana (1979), refiriéndose a Latinoamérica. Lo denominó como el *Continente de la Esperanza*, y pidió perdón por las ofensas cometidas contra los indígenas durante la conquista española y el inicio de la evangelización. Él fue el primer Papa en volver la mirada con intensidad hacia una América Latina que siempre lo recibió con júbilo y aún lo recuerda con entusiasmo, pero que no ha sido capaz de mantener ni incrementar el número de fieles católicos.

⁷⁰ En América Latina y el Caribe, éste ha sido el esfuerzo de la reflexión cristológica: reconstruir la imagen fragmentada de Jesús, muchas veces presente en la catequesis, de tal manera que la sociedad, desde los niños, los jóvenes e igualmente los adultos logren comprender por qué fue perseguido y muerto, y se entiendan las razones que conllevaron, antaño a su crucifixión.

⁷¹ Esta afirmación proviene de la propia revelación: “La palabra se hizo carne y habitó entre nosotros” (Jn 1, 14; cf. Hb

2007)

En efecto, desde el pensamiento teológico del citado dominico, se puede rastrear un aporte importante a la *re-conceptualización* de la cristología en América Latina. Este aporte tiene como punto de partida y llegada la experiencia de Dios manifestada en Jesucristo, que le da sentido a los problemas e inquietudes del hombre en nuestro tiempo actual.⁷²

Jesús Espeja en su elaboración cristológica afirma que Dios está en los seres humanos, y que desde esta experiencia es que lo descubrimos, por lo cual se puede afirmar que Dios no se puede pensar ni encasillar en meros conceptos ni categorías teológicas desencarnadas, pues el encuentro real con Dios parte de una experiencia viva y contextualizada como la vivió Jesús. Por lo tanto, Él se constituye como la piedra fundamental de esta vivencia, y el ejemplo fundamental a seguir en el camino inacabable pero reconfortante del encuentro de Dios con el hombre (Cf. Espeja, 2010:73-77).

Ante la compleja urdimbre cultural actual, una vez más vale la pena resaltar la propuesta cristiana incluyente de Espeja (2010), que se fundamenta en los hechos y palabras de Jesús de Nazaret. Seguir a Jesús y comprometerse con él, es aceptar una propuesta de vida que humaniza a cristianos y no llamados cristianos (Espeja, *ibíd.*:313). Es una propuesta que puede entrar en diálogo profundo con el mundo y la cultura actual, dejando a un lado los dogmatismos, moralismos, preceptos, especialmente cuando estos aspectos se ligan al ser humano y no le permiten ser plenamente feliz, atropellando su

1,1-4): “Dios reveló en Jesús, conforme a la concepción cristiana, valiéndose de lo no divino de su ser hombre”.

⁷² En un espacio de tiempo de 40-50 años tras su muerte y resurrección, Jesús atrajo hacia sí todos los títulos de honra y de gloria humana y divina que circulaban por el Imperio Romano. A este proceso de comprensión lo llamamos «cristología», ayer y hoy, un proceso todavía inacabado, pues no terminamos de entender cabalmente la realidad del Nazareno vivo, muerto y resucitado.

dignidad; frente a lo cual es necesario contemplar de nuevo la experiencia de Dios manifestada en Jesucristo como una propuesta que da vida, libera, y posibilita la realización del hombre, afirmando su condición y su propia dignidad.

En la sociedad latinoamericana y caribeña, cada día más laica, plural y en vía de convertirse en *'poscristiana'*, se pueden confundir fácilmente los errores del pasado cometidos por algunas corrientes cristianas con el futuro y la obra social y espiritual de la Iglesia. Sin embargo, no se puede decir que en nombre de estos errores eclesiales, se desfigure el genuino rostro de Dios⁷³ y el proyecto fundamental de Jesucristo que es la propuesta *humanizadora* de Dios en este mundo⁷⁴. Un aporte religioso, pero con grandes aportes al liderazgo político, social, económico, que apunte en la dirección de la defensa y promoción de muchas comunidades indígenas, afroamericanas y campesinas oprimidas.

De fondo, la propuesta de Jesucristo pretende ser *"voz de los sin voz"*, forjadora de esperanza en el presente y el futuro a partir de sus dinámicas complejas, y capaz de responder asertivamente a un nuevo modelo de hombre y de sociedad, más justo y fraterno.

En coherencia con estas propuestas nacidas de la labor social, espiritual y cultural de la misma Iglesia, Jesús Espeja elabora en su obra cristológica una imagen de Dios más

⁷³ En este sentido, y coincidiendo con (Quelas, 2009), Cristo es la figura personal del Dios personal supra personal y la presencia particular del Dios universal; figura de su majestad en la desfiguración de la cruz como expresión del amor que no exige sino que se entrega. Por eso la «pasión de Dios» es la forma radical e incondicional de su afirmación del hombre. Su belleza es de otro orden, si la comparamos con la belleza apolínea, romántica, geométrica. Es la belleza propia del orden de la santidad, que subyace y abarca a los otros órdenes, dándoles consistencia en un sentido y mostrando en otro el hontanar divino del que brotan y el mar infinito hacia el que marchan.

⁷⁴ Al tenor de (Espeja Pardo, 1982:615) «si hablamos en un lenguaje humano "profano", habrá que decir que Jesús es una "persona humana", pues nadie es hombre si no es persona humana; pero en lenguaje de fe se dice que el hombre Jesús, en cuanto hombre, es tal persona gracias a su relación constitutiva con el Padre, como todo hombre en cuanto hombre es, en su nivel, tal persona gracias a su relación esencial con el Dios creador; en el caso de Jesús, esto significa que su relación con el Padre lo constituye *Hijo de Dios* en su humanidad.

cercana. Reconoce incluso: *“la necesidad de una Iglesia necesitada de conversión, que sólo será posible a partir de un encuentro personal con la persona de Jesús de Nazaret”* (Espeja, 1993:150). Un encuentro que debe suscitar como principal acción el servicio, dinamizado por el Espíritu de Jesús que ya está presente en el mundo y cada uno de los seres humanos. Este encuentro personal produce actos de salvación y liberación para con tantos hombres y mujeres, necesitados de escucha y liberación. La praxis de los conceptos de *‘Seguimiento’* y *‘Compromiso’* cristianos, implica apasionarnos con el mismo proyecto que apasionó al Maestro de Galilea: un mundo más humano y justo, en donde siempre se reconozca la presencia de Dios. Ésta es una propuesta segura que le da sentido a la vida del hombre latinoamericano y caribeño en la actualidad.

Ante esta propuesta de humanización, el teólogo Jesús Espeja afirma que el Dios de Jesús Nazaret es un Dios que no reprime al ser humano sino que le da nuevas posibilidades para que perfeccione su humanidad⁷⁵. Dios siempre es posibilitador del florecimiento de la vida misma, y ésta no se puede entender sin autonomía y libertad.

Si bien es cierto que el espíritu del Resucitado ya estaba latente en nuestro continente desde antes de la llegada del Evangelio, en este lugar del mundo la presencia del Espíritu de Dios ha reanimado y reconfortado siempre la vida de los hombres y mujeres latinoamericanos. Es por esto que la obra evangelizadora de la misma Iglesia –por lo menos siempre en un *‘resto’ fiel-* durante siglos ha presentado el camino cristiano, como una senda

⁷⁵ El Dios que en Jesús se revela es humano. El hombre que en Jesús se revela es divino. En eso reside la singularidad de la experiencia cristiana de Dios y del ser humano. Ser humano y Dios están tan íntimamente implicados, que no podemos ya hablar del ser humano sin hablar de Dios, y no podemos ya hablar de Dios sin hablar también del ser humano. Resumiendo, podemos decir: cuanto más ser humano era Jesús, más Dios se revelaba en él. Cuanto más Dios se relacionaba con Jesús, más se humanizaba en él. (Boff, 2007)

de humanización y liberación de las estructuras injustas, como la vivió y la propuso Jesús de Nazaret en su propia época. Pero también es cierto que se debe reconocer la necesidad de volver a retomar la propuesta de Jesús que durante mucho tiempo se ha visto opacada por situaciones históricas y mezquinos intereses personales.

De hecho, la propuesta de Jesucristo, retomada y planteada por el teólogo Jesús Espeja, es muy oportuna ya que plantea a un Cristo que es una propuesta de Salvación nacida desde un profundo convencimiento de lo que implica seguir al '*Jesús de la Vida*' en el amplio contexto latinoamericano y caribeño.⁷⁶

Debido a las anteriores situaciones, los planteamientos de este teólogo pueden ser oportunos para el contexto latinoamericano, que necesita re-crear de nuevo su fe y descubrir el auténtico rostro de Dios. Un rostro que ha estado velado y nublado, sobre todo por culpa de los mismos cristianos, que en muchas ocasiones han obstruido las relaciones entre el concepto de Divinidad y las situaciones deshumanizantes de nuestro mundo:

No abrió ese camino de salvación para todos porque sufrió, sino porque amó y soportó con amor el sufrimiento y la muerte. Movidó a compasión ante las miserias humanas, curó enfermos, rehabilitó a los caídos, combatió las fuerzas del mal, fue 'todo para todos'; así manifestó existencialmente que Dios estaba en Él. (Espeja, 2010:298)

⁷⁶ En esta misma dirección camina la reflexión cristológica indicando puntos de convergencia entre las diferentes experiencias y vivencias de Jesucristo vividas por sus seguidores y seguidoras en el interior de los países que componen el continente latino-americano y caribeño. Estas experiencias apuntan a la vivencia del diálogo ecuménico e inter-religioso, exigiendo un lenguaje plural y que pueda contemplar toda la densidad humana presente en las experiencias eclesiales. Esas exigencias de diálogo ecuménico e interreligioso parten de la propia realidad latinoamericana y caribeña definida en Santo Domingo como "un Continente multiétnico y pluricultural".

Efectivamente, el Dios de Jesús es un Dios viviente que genera y da vida, justo, perdonador, amoroso, misericordioso, que siente compasión por las miserias humanas. Y Latinoamérica necesita escuchar a este Dios de la vida, como un continente que a veces ha apostado más por una “cultura de la muerte” y en donde, muchas veces, no se ha procurado ser fieles a su mensaje y, por ende, no se ha encontrado en Jesús la verdadera divinidad. Del Reino del Dios de la vida, y que da vida, es el mensaje fundamental de Jesús de Nazaret (Cf. Mc 1:15); esta fue su pasión, y este mensaje debe ser la pasión de hombres y mujeres de nuestro mundo actual.

Desde la perspectiva teológica de Jesús Espeja, se percibe la importancia del análisis del contexto cristiano de América Latina y el Caribe, contexto en el cual se habla de vida, pero también de los signos de muerte causada por tantas injusticias, como un fenómeno opresor y manipulador para obtener los intereses de unos pocos. Dios da vida pero es importante conocer el contexto histórico donde Dios da su salvación y liberación, y desde ahí propone a Jesús como una propuesta de sentido al ser humano.

Por otra parte, desde esta cristología, se ve claramente que Jesucristo sigue siendo una oferta de vida válida para todos, cristianos y no cristianos, creyentes e incluso no creyentes. Es una propuesta que puede dialogar y aportar a todas las religiones, pues todos son destinatarios del “*Libro de Vida*” que Dios abrió en Jesús de Nazaret, como mediador entre Él y los hombres.

En este sentido, el fraile dominico Jesús Espeja aclara que la propuesta de Jesús es de Vida, y esa propuesta ilumina y aborda de una manera encarnada los problemas

concretos de la existencia humana en Latinoamérica y el Caribe. Un continente con un complejo contexto histórico-cultural, necesitado de abordar los problemas existenciales concretos de nuestros pueblos, tal y como se ha expuesto con antelación.

A continuación, previo a la exposición de los aportes más significativos de Jesús Espeja desde su concepción del seguimiento de Jesucristo, se hará alusión brevemente a los antecedentes de la cristología en América Latina, especialmente después del Concilio Ecuménico Vaticano II y su recepción en nuestro contexto.

3.1 Antecedentes de estudios cristológicos en América Latina: Jesucristo Liberador.

En primera medida conviene afirmar que, el Concilio Vaticano II incentivó de forma notable los estudios eclesiológicos y cristológicos en todas partes, y desde luego en América Latina (Cf. Espeja 2007:86).

Especialmente en la década de los setenta -pero incluso hasta hoy, aunque a ritmo menor- se suceden las '*cristologías*', escritas por muchos de los más destacados teólogos cristianos de nuestro tiempo. Indudablemente, los estudios cristológicos son de gran valor en nuestro tiempo.⁷⁷

⁷⁷ Dos de las obras que han nutrido nuestro caminar en la fe a partir del Vaticano II tanto en España como en América Latina, son *Cristología de la Liberación*, México 1976 y *Liberación con espíritu*, Santander 1985, ambas de Jon Sobrino. El Vaticano II nos abrió la mente y el corazón para comprendernos como Iglesia Pueblo de Dios jerarquizado, en camino, dentro del mundo, participando como discípulos de Cristo en el gozo y la esperanza, las tristezas y angustias de los seres humanos de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren. El mismo Concilio nos hizo comprender la Vida Religiosa no como "estado de perfección", sino como una "forma de vida cristiana", acentuando el seguimiento de Jesús, en la dinámica de conversión a sus actitudes, a su fidelidad al Padre y a su Proyecto: el Reino o Reinado de Dios. Al mismo tiempo el decreto

En realidad, estos estudios empiezan a florecer con fuerza, y con una nueva orientación ya en los años 50, con los trabajos pioneros de los grandes discípulos de *Rudolf Bultmann* (1884-1976), el connotado teólogo protestante partidario de pasar del ‘*Cristo histórico*’ al ‘*Cristo de la Fe*’. Desde entonces y sin la pretensión de reconstruir su biografía, no han cesado de publicarse estudios de interés sobre Jesús, su vida y su mensaje. Podría incluso añadirse que “*los estudios históricos en torno a Jesús de Nazaret*” *constituyen hoy “un campo de investigación en plena ebullición, en el que se están publicando muchos e importantes libros, posiblemente más que en cualquier otra época anterior”* (Lois, 2006:3).

Por otro lado, es importante mencionar que incluso hablando de unas líneas cristológicas aún por definirse en Latinoamérica y el Caribe, no se pueden dejar de mencionar algunas obras escritas especialmente desde la segunda mitad del siglo XX.

En efecto, las referidas obras, han inspirado a muchos teólogos y autores de cristología a repensar a Jesucristo desde estas latitudes. Entre ellos se destacan X. Léon-Dufour (“Los Evangelios y la historia de Jesús”, 1966), G. Bornkamm, («Jesús de Nazaret», 1975), W. Kasper (“Jesús, el Cristo”, 1989), J. Gnllka (“Jesús de Nazaret, mensaje e historia”, 1995), J. Meier (“Un Judío marginal”, “Juan y Jesús: El Reino de Dios, compañeros y competidores”, “Los milagros de Jesús”, 1998-2003), E. Schillebeeckx, O. P. (“Jesús la historia de un Viviente”, 1983), R. Schnackenburg (“La persona de Jesucristo

Ad Gentes nos impulsaba a “marchar en fe y obediencia” enviados y enviadas a compartir nuestra fe y a ser testigos de Jesús. Las obras de Sobrino -es evidente- tienen dos grandes partes, la primera (*Jesucristo liberador*) más centrada en el «Jesús histórico» y la segunda (*La fe en Jesucristo*) más atenta a las «confesiones de fe»

reflejada en los cuatro Evangelios”, 1998) y G. Theissen (“La sombra del Galileo”, 2002).⁷⁸

Presentar un panorama general del estado de la cristología en América latina previo a la obra de Jesús Espeja, no es tarea fácil, especialmente teniendo en cuenta lo que decía el teólogo chileno Jorge Costadoat (2009): *que no se debe separar tan radicalmente el discurso cristológico de la realidad de los sujetos históricos que lo elaboran* (p. 12).⁷⁹

En última instancia, se trata de una deuda de la cristología latinoamericana con todo el quehacer teológico actual: no convence un "seguimiento de Cristo" fundamentado en una especie de ausencia de la presencia real de Jesús de Nazaret, quien es ante todo nuestro modelo y aliento en la construcción histórica de un compromiso con el amor y la justicia.

La cristología implica un futuro escatológico que alienta en el *“aquí y en el ahora”* a luchar contra las fuerzas del *‘anti-reino’* presentes en la historia de América Latina. Y los enormes desequilibrios socio-culturales y económicos reclaman hoy un mensaje que revierta la misma historia en clave de reconciliación, justicia y solidaridad.

En este cuadro en donde se denotan las perspectivas cristológicas, lejos de los cambios injustos de nuestro mundo, también puja algo nuevo por nacer. Al respecto, el teólogo Jesús Espeja se pregunta:

¿Cómo lograr que los hombres recuperen ese nivel de profundidad o clima de

⁷⁸ Nuestros teólogos iluminaron este caminar con una Cristología leída desde América Latina y con una espiritualidad de Liberación estrechamente vinculadas, que alimentaron y siguen alimentando nuestra fe y nuestro compromiso cristiano dentro de la Iglesia y del mundo.

⁷⁹ Hacer cristología a partir del Jesús histórico, “no es solamente un capítulo o aspecto más de la cristología. Este punto de partida es al mismo tiempo telón de fondo y horizonte que orienta a la globalidad de la formulación de la fe en Jesucristo. Orienta el acceso a la totalidad de su misterio”.

contemplación que les permita ser libres?; ¿puede haber una contemplación cristiana que se desentienda de la realidad social?; ¿es posible un compromiso en la liberación del hombre y en la transformación de la sociedad que no se alimente y brote de un clima contemplativo? (Espeja, 1986:845)

Estos interrogantes muy válidos en el contexto cristológico, no son fáciles de responder, pero sin embargo cuestionan la vida y las prácticas religiosas de los cristianos, ya que, para el caso de América Latina, y de acuerdo con Ferraro (2007); *la (...) teología de la liberación señala (...) un punto irreversible en el proceso cristiano de la creación de una nueva consciencia y de madurez de la fe.*⁸⁰

De esta forma, y desde Jesús de Nazaret, podemos descubrir lo importante que era para Él la liberación del ser humano de todos los males. No obstante, esta inquietud liberadora se plasmaba a partir de una profunda experiencia con el Dios de la vida.

Resulta entonces fundamental determinar qué es la *«cristología latinoamericana»*, la cual, se constituye como un punto de estudio esencial, respecto del cual toma importancia la construcción bibliográfica que se ha dado al respecto, encontrando innumerables publicaciones entre artículos, ensayos y libros, que dan testimonio del interés por el tema cristológico en nuestra región, especialmente a partir de la II Conferencia General del

⁸⁰ En esta misma dirección camina la reflexión cristológica indicando puntos de convergencia entre las diferentes experiencias y vivencias de Jesucristo vividas por sus seguidores y seguidoras en el interior de los países que componen el continente latino-americano y caribeño. Estas experiencias apuntan a la vivencia del diálogo ecuménico e inter-religioso, exigiendo un lenguaje plural y que pueda contemplar toda la densidad humana presente en las experiencias eclesiales.

Episcopado Latinoamericano celebrado en Medellín (1968).⁸¹

En efecto, desde la Conferencia celebrada en Medellín (Colombia) hasta la última Conferencia General del Episcopado celebrada en Aparecida (Brasil, 2007), se evidencia la progresiva y cruda realidad de inhumanidad en que sobrevive la mayoría de hombres y mujeres de América Latina. Por lo tanto, las Conferencias episcopales fueron perfilando una puntual pregunta desde la cristología: *¿Podremos, desde Jesús de Nazaret, seguir ofreciendo los cristianos una respuesta liberadora, transformadora y plenificante a tantos seres humanos que sufren injusticias?* Es una incuestionable realidad que nuestro ‘continente de la esperanza’ está signado por la pobreza, la injusticia y la falta de solidaridad. Y si esto es así:

¿Cuáles han de ser las acciones que, iluminadas por el mismo Jesús, tendríamos que realizar en América Latina?; ¿qué participación tomaríamos en su proyecto histórico en favor del marginado, del excluido social, cultural y espiritualmente? Cabe incluso, una tercera pregunta: ¿Qué rostro de Dios debemos presentar y cuál sería el proyecto de humanidad que tendríamos que forjar desde el seguimiento de Jesucristo? (Cf. <http://www.geocities.com/teologialatina>)

⁸¹ Lo anterior permite pensar que, con la entrada de cristianos y cristianas en la lucha política de la liberación de los pobres y excluidos en América Latina, Caribe y concretamente en Brasil, y con el surgimiento de las Comunidades Eclesiales de Base (CEBs), de las «pastorales sociales», de la teología de la liberación se ha dado todo un proceso de reconstrucción de la imagen despedazada de Jesús. La presencia de los pobres como centro de la reflexión terminó posibilitando la reaproximación con Jesús de Nazaret, pobre con los pobres y luchador contra las injusticias, como muchos de aquellos que comenzaron a participar de la experiencia eclesial nacida del Vaticano II y de Medellín. El acceso al Jesús de la historia se dio por la presencia en la comunidad eclesial, sobre todo a partir de las Comunidades Eclesiales de Base (CEBs). Esta presencia de los pobres y la cristología de la liberación posibilitan la reconstrucción de la imagen histórico-humana de Jesús, con la valorización de su práctica histórica.

Estas y otras muchas preguntas, nos conducen a pensar que los presupuestos metodológicos de la cristología latinoamericana⁸², dan un fuerte énfasis al carácter liberador del mismo Jesús de la historia, y nos sitúan ante todo frente a una realidad que se trata de transformar.

Una transformación que parte desde sus profundas contradicciones y paradojas, con el supuesto histórico de ser América Latina un continente que ha sido evangelizado durante cinco siglos y en donde desde la época de la conquista la figura de un Cristo crucificado y doliente nos habla de esa realidad de inhumanidad. De hecho, en América Latina millones de mujeres y hombres han padecido y padecen, situación que coloca en evidencia la contradicción de nuestra fe cristiana con la realidad histórica y social; en efecto, hablar de cristología en América Latina es ciertamente remitirnos a un largo proceso histórico que hunde sus raíces en las complejas diversidades pluriétnicas de nuestros pueblos latinoamericanos.

Se han cometido innegables errores evangelizadores en el pasado, pero aún es posible ofrecer desde la experiencia eclesial, como dice el Documento de Aparecida, el encuentro con un Jesús de la vida que da ‘Vida en abundancia’ (Jn 10,10). *“Hablar de la*

⁸² La reconstrucción de la imagen histórica de Jesús en América Latina y el Caribe fue protagonizada por los cristianos y cristianas, sobre todo de las Comunidades Eclesiales de Base, que entraron en las luchas de liberación. Es en su interior como se forja un nuevo modo de hacer teología, la teología de la liberación, y una nueva imagen de Jesús, resultando de ahí una cristología inserta en el contexto latinoamericano y caribeño. Este proceso se ha entendido como la inserción en las luchas populares por la liberación ha sido -y es- el inicio de un nuevo modo de vivir, transmitir y celebrar la fe para muchos cristianos de América Latina. Proviengan de las propias clases populares o de otros sectores sociales, en ambos casos se observa -aunque con rupturas y por caminos diferentes- una consciente y clara identificación con los intereses y combates de los oprimidos del Continente. Ese es el hecho mayor de la comunidad cristiana de América Latina en los últimos años. Ese hecho ha sido y continúa siendo la matriz del esfuerzo de esclarecimiento teológico que llevó a la teología de la liberación.

vida en Cristo es de importancia frente a los signos de muerte, violencia e injusticia en que vive nuestra gran masa de hermanos latinoamericanos hoy” (Espeja, 2007:133).

Por otro lado, dado el enfoque cristológico de esta presentación de Espeja, es necesario aludir a los así denominados “*cristólogos latinoamericanos*”, quienes en su opción por el estudio y algunos por el seguimiento del Jesús histórico, mencionan que en Jesucristo no sólo se nos ha revelado una verdad sobre Dios, sino además se nos ha revelado fundamentalmente una verdad sobre el hombre mismo, o mejor aún: el ‘cómo’ del acceso del hombre a Dios es leído en clave antropológica, o dicho de otra manera, el encuentro con Jesucristo es el camino que necesariamente debemos recorrer los cristianos para lograr nuestro destino escatológico, en donde todas las cosas serán reconciliadas y recapituladas en Él (Col 1, 19; Ef 1,10).

Para hablar de Jesús como sujeto liberador del ser humano, que predicó un proyecto de liberación que se llamó ‘*Reino de Dios*’, se debe tener en cuenta su dimensión humana e histórica. Esta fue una tarea difícil pero relevante que abordaron los teólogos latinoamericanos, desde que decidieron anunciar el mensaje de Jesús en Latinoamérica y el Caribe. Este aspecto histórico de Jesús fue abordado, estudiado y contemplado, pero con la firme convicción de que Jesús también era Dios, en Él estaba la divinidad y Él también era la divinidad. Esta reflexión tan acertada, conveniente y real sobre Jesús, también sugiere una crítica por parte del teólogo Jesús Espeja, quien afirma:

También buscaron esa dimensión los ilustrados europeos de los siglos XVIII y XIX; pero, a diferencia de aquéllos, pienso que los cristólogos de la teología latinoamericana no han olvidado ni diluído la divinidad de Cristo, aunque ciertamente

han denunciado desde la conducta histórica de Jesús falsas imágenes de la divinidad.

(Espeja, 1998:160)

Estas falsas imágenes de Dios que se han divulgado a partir de los diferentes contextos latinoamericanos respecto de la evangelización, no son en términos de la propuesta liberadora de Jesucristo⁸³, sino que pertenecen a algunas ideologías de los sistemas políticos, económicos y sociales, que se olvidan en nombre de sus intereses de la dignidad humana, aspecto central en el proyecto de Jesús.

Es por esto que para hablar de Dios *en y desde* América Latina, debieran tenerse en cuenta unas características muy especiales: de qué divinidad hablar al ver tantas calamidades y desgracias, pues una *teovisión* distorsionada puede desencadenar un argumento que niega la existencia de Dios. Otros, desde su argumentación tratan de ofrecer disculpas -en nombre de Dios-, por los hechos de sufrimiento manifestados en nuestro contexto latinoamericano. De ahí que en Europa encontremos hoy un fenómeno de rechazo generalizado a todas las instituciones religiosas, y sin embargo en América Latina hay una creciente religiosidad. De todas maneras, en los dos contextos no hay compromiso cristiano como lo pide el Evangelio. Con estas palabras nos lo explica Jesús Espeja:

En los dos continentes las prácticas religiosas fácilmente conviven con el desentendimiento de la justicia social, con la despreocupación por los pobres, y con la recepción acrítica de unos valores antievangélicos que introyecta la ideología del

⁸³ Una cristología liberadora, por lo tanto, no es intrínsecamente excluyente de otras religiones. Es, más bien, colaboradora con ellas, dispuesta a trabajar con ellas en la construcción del Reino. Como Sobrino hace notar, cuando la Iglesia primitiva proclamó el Señorío de Jesús, no excluyó a otros «Señores» que eran diferentes de Jesús, solamente a aquellos que eran opuestos a los principios éticos del Reino de Dios.

neoliberalismo capitalista, sistema que cada vez se impone más como único posible.

Hay justificadas razones para preguntarnos qué divinidad inspira y polariza esas manifestaciones religiosas. (Espeja, 2005:101).

Ahora bien, ante la necesidad de una evangelización que apunte hacia una fe madura y comprometida, es importante tener en cuenta las realidades cambiantes que afectan profundamente los pueblos de América Latina y el Caribe. *Con el mismo espíritu que las animó, los pastores quieren dar ahora un nuevo impulso a la evangelización, a fin de que estos pueblos sigan creciendo y madurando en su fe, para ser luz del mundo y testigos de Jesucristo con su propia vida (D.A.16, p. 45).*

Estos cambios políticos, económicos, sociales y culturales, que se imponen como paradigmas con repercusiones globales, son estremezones culturales que afectan a todo el mundo, pero especialmente a los pueblos más marginados. *“En este cambio cultural emergen nuevos sujetos, con nuevos estilos de vida, maneras de pensar, de sentir, de percibir y con nuevas formas de relacionarse; son productores y actores de la nueva cultura” (D.A. ibíd., 51).*

Por todo esto, es necesario descubrir que Dios ha asumido en Jesús de Nazaret las características propias de la naturaleza humana, incluida la ineludible pertenencia del hombre a un pueblo concreto y a una tierra determinada. La expresión latina *«Hic de Virgine Maria Iesus Christus natus est»*⁸⁴, es una frase colocada en Belén, precisamente en

⁸⁴Por tanto, el misterio de la Encarnación transforma la experiencia universal del *'espacio sagrado'*, por un lado restringiéndola y, por otro, resaltando su importancia con nuevos términos. En efecto, la referencia al espacio está implicada en el mismo *'hacerse carne'* del Verbo (Cf. Jn 1,14). Dios ha asumido en Jesús de Nazaret las características

el lugar en que, según la tradición, nació Jesús; la misma adquiere una peculiar resonancia desde Latinoamérica: aquí, la concreción física de la tierra y de su emplazamiento geográfico está unida a la verdad de la carne humana asumida por el Verbo desde una historia de sufrimiento y dolor, de padecimiento y olvido, pero a la vez de gozo y esperanza en un porvenir mejor para nuestras naciones latinoamericanas. Es, por tanto, que en estos cambios culturales hay que descubrir la presencia del Dios encarnado que sigue estando presente en nuestra historia, encarnándose en cada hombre y mujer a través del tiempo.

Como se afirmaba, en este recorrido cristológico a lo largo y ancho de nuestra geografía latinoamericana, es imposible dejar de mencionar a nuestros teólogos y cristólogos. Nos encontramos en primer lugar con el teólogo Gustavo Gutiérrez, ahora fraile dominico, quien en su visión cristológica -expuesta en sus obras "*En busca de los pobres de Jesucristo: el pensamiento de Bartolomé de Las Casas*" (1992) y "*El Dios de la Vida*" (1989)-, escribe que el principal fundamento bíblico en pro de esta praxis se encuentra en la Encarnación de Jesús, el Cristo. Esta '*Encarnación kenótica*' del Hijo de Dios es el ejemplo del ministerio de la Iglesia. En primera instancia, según este célebre teólogo peruano, el ministerio de Cristo entre los marginados y desechados de su tiempo es un claro ejemplo para la Iglesia contemporánea. En un segundo momento, Gutiérrez realza el lugar que tiene la Encarnación como "*acto de amor*": Cristo se hace hombre, muere y resucita para liberarnos y hacer que gocemos de libertad (Gál 5,1). 'El morir y el resucitar con Cristo' es vencer a la muerte y entrar en una vida nueva.

La cruz y la resurrección sellan nuestra libertad -según Gutiérrez-, como Jesús de Nazaret tomó en serio la realidad de los pobres de su tiempo, anunciándoles en primer lugar el mensaje del Reino. Hoy la realidad del mundo de los pobres y excluidos en Latinoamérica debe ser tomada en serio; en caso contrario, la teología será acusada de complicidad y connivencia con las injusticias presentes en nuestro mundo. Esto la obliga a pensar en el desafío de la praxis, buscando construir una sociedad que pueda anticipar las señales del Reino en medio de la historia. La misma libertad de Cristo es vista por el teólogo peruano como la dadora de libertad espiritual⁸⁵ y económica.

Esta conclusión procede en buena medida de la concepción presente del Reino de Dios y de la irrupción de la escatología en la historia: la historia humana -vista desde Jesús-, es una aventura al futuro; ella aparece como una tarea, como un quehacer socio-cultural donde el ser humano se orienta y se abre al don de la vida que da sentido a la historia misma: el encuentro definitivo y pleno con Jesús y con los demás seres humanos.

De esta manera, la construcción de una historia, y consecuentemente de un presente más justo para todos los hombres, *'re-orienta'* al hombre hacia el Reino de Dios. Para Gutiérrez, la fe en Jesús debe demostrarse con un compromiso auténtico con la situación de los seres humanos, especialmente los que más sufren (Cf. Gutiérrez, 1989:196).

Por otro lado, encontramos la visión del teólogo brasileño *Leonardo Boff*, que ha consistido fundamentalmente en mostrar en Jesús una plenitud de humanidad tal que

⁸⁵ En esta comprensión liberadora de Jesús, y del Reino que él anunció, hay prioridades y urgencias especiales. Como deja convincentemente claro Sobrino, Jesús tuvo especial atención y cuidado por los que sufrían a causa de la marginación o explotación. Jesús respondió a su sufrimiento, se identificó con su causa, gritó a favor de ellos, y con ellos, en su defensa -- hasta el punto de dejarse ejecutar de buen grado como uno de ellos.

precisamente ese hecho es, por sí mismo el indicador de que únicamente es posible tal logro desde Dios mismo.

En efecto, escribe Boff (1977): *Humano como fue Jesús de Nazareth, en la vida, en la muerte y en la resurrección, sólo podía ser Dios mismo* (pp. 62-63).⁸⁶ Este controvertido teólogo brasileño se propone, pues, expresar «las características propias» de una cristología elaborada en América Latina y, así mismo, buscar en Cristo respuesta a «nuestras preocupaciones que son sólo nuestras», es decir, de los hombres que viven, trabajan y luchan en América Latina. Esta declaración de principio va seguida de una especificación muy precisa, tanto de las ‘características’ como de las ‘preocupaciones’. Cabe preguntarnos: *¿Qué es lo que caracteriza la cristología latinoamericana y la distingue de todas las otras?* Boff responde que la cristología elaborada ‘bajo nuestro cielo’ presenta cinco notas configurantes y distintivas, a saber:

- a. Primacía del elemento antropológico sobre el eclesiológico.
- b. De lo utópico sobre lo factual.
- c. De lo crítico sobre lo dogmático.
- d. De lo social sobre lo personal.
- e. De la ortopraxis sobre la ortodoxia.

Pero, ¿acaso es verdad que la cristología que se escribe hoy presenta esas

⁸⁶ El descubrir la humanidad de Jesús y lo que esto supone, requiere de un esfuerzo reflejo, dada la tendencia a reconocerlo como Dios y disminuirlo como verdadero hombre. Sobre todo, porque parece que muchas de las propiedades humanas no son atribuibles a Jesús. Una de ellas es la historicidad, es decir, el considerar que Jesús tuvo un proceso no únicamente biológico, sino también en su misma conciencia y en su mismo ser de «Hijo de Dios encarnado»: no en cuanto Dios, sino en cuanto Hijo de *Dios encarnado*. El proceso de Jesús de irse haciendo Hijo de Dios encarnado consiste en que en la resurrección, todas las potencialidades de su naturaleza humana las puso al servicio de su ser de Hijo de Dios y así las asumió, llegando a su plenitud humano-divina.

características sólo en América Latina? ¿Qué decir de los teólogos que suponen hacen cristología crítica practicando un método que asume las características o cualidades especificadas por Boff? Y, ¿cuáles son las preocupaciones y las angustiosas preguntas para las cuales el hombre latinoamericano busca respuesta en esta cristología?

Boff, en su última obra cristológica del 2009, intitulada “*El Evangelio del Cristo cósmico*”, ha rescatado una antigua tradición: justamente la del ‘Cristo cósmico’. Textos que se remontan a los comienzos del cristianismo, especialmente las reflexiones de san Pablo, presentan a Cristo como cabeza del cosmos, pues se afirma que todo fue hecho *por Él, en Él y para Él*. El teólogo brasileño afirma que Jesucristo no se encuentra sólo en las Escrituras, en la Iglesia o en el pan y el vino consagrados, su lugar natural es el cosmos. Y como el cosmos es el resultado de un inmenso proceso evolutivo, Cristo también es parte y fruto de ese proceso. A todas luces, debe haber señales de Él impresas en las circunvoluciones de este ya largo caminar de nuestro universo.

Igualmente es importante recordar que, en el plano latinoamericano, es imposible dejar de mencionar otra gran obra de L. Boff: “*Ecología: grito de la tierra, grito de los pobres*”, en la cual escribe el pensador brasileño: “*optar por el planeta Tierra como un todo orgánico, agredido y herido (geocidio), para que pueda continuar existiendo con el valor autónomo y relacional de todos los seres existentes en él*” (Boff, 1996:240).

Así mismo, en su obra “*Ecología, Política, Teología y Mística*”, Boff parte de la tesis básica de una visión ecológica que integra al ser humano con toda la Naturaleza:

Todo se relaciona con todo y en todos los puntos. La babosa del camino tiene que ver con la galaxia más distante, la flor con la gran explosión ocurrida hace

billones de años; la descarga de dióxido de carbono de un antiguo colectivo con nuestra Vía Láctea; mi conciencia con las partículas elementales subatómicas (Boff, 2006: 23).

Lo original de Boff es la forma como liga la reflexión cristológica con la ecológica desde una concepción holística del universo⁸⁷: desde las partículas elementales hasta las galaxias, todas las cosas se encuentran interconectadas a una gran red de energía, tal como lo enunciara el mismo Marcus Chow, célebre autor de “*Universo vecino*” y defensor de la Teoría de los ‘*superfilamentos*’:⁸⁸

Los físicos están aceptando cada vez más la idea de que existen infinitas realidades amontonadas como las páginas de un libro sin fin. Por consiguiente, existe un número infinito de versiones de nosotros mismos, que viven en un número infinito de vidas distintas en un número infinito de realidades paralelas. En alguna de estas realidades nunca abrimos este libro ni nunca empezamos a leer estas palabras (Chow, 2005:42).

No sobra recordar la importancia que posee -para muchos teólogos que han hecho cristología en América Latina-, la obra del ya citado Pierre Teilhard de Chardin, S. J.,⁸⁹

⁸⁷**Holismo** (del griego ‘*holos*’, que significa totalidad, término divulgado por el filósofo sudafricano Jan Smutts a partir de 1926), representa el esfuerzo de sorprender el todo en las partes y las partes en el todo. De esta forma se hace una síntesis que ordena, organiza, regula y finaliza las partes en un todo y cada todo con otro todo aún mayor.

⁸⁸Esta teoría defendida por Brian Greene-de la Universidad Cornell- y Marcus Chow, fundamentalmente indica que el cosmos entero está formado por una red intrincada y sutil de filamentos extremadamente delgados en constante movimiento de vibración (como las cuerdas de una guitarra), que conducen una energía universal que se arremolina en forma de nodos o ‘vórtices’ en los puntos donde se intersectan, y que estos filamentos son la tela de la que están formadas todas las cosas que existen, no solamente en la tercera dimensión, sino también en todas las otras dimensiones. Se trata de un concepto revolucionario que gana terreno a enormes pasos y se anuncia como la nueva *Revolución Cosmogónica* de la época contemporánea.

⁸⁹Para Teilhard la evolución va desde la ‘*cosmogénesis*’ a la ‘*biogénesis*’, y desde ésta a la ‘*antropogénesis*’, que desemboca finalmente en la ‘*noosfera*’, trazándose así el arco que va desde el alfa al omega. Este ‘*Punto Omega*’, inmanente y trascendente al mismo tiempo, es identificado -como sabemos-, con Jesucristo en la teología de Teilhard. Cristo es así el sentido profundo de la evolución del cosmos. Papanicolau hace también referencia a Karl Rahner, S. J., quien, bajo la influencia del pensamiento teilhardiano, trató de conciliar los principios de la filosofía-teología trascendental con la imagen de un cosmos evolutivo. Por su parte, J. Moltmann asume también la idea de evolución en la teología, pero con ciertos matices críticos dirigidos a Teilhard, Rahner y a la corriente actual de la ‘*New Age*’ (‘*Nueva Era*’). La evolución ha producido el mal, las víctimas del proceso, y como tal la evolución misma no es por sí salvadora: necesita una Redención que irrumpa en la historia por el Jesús de Nazareth histórico. No hay, pues, una especie de ‘*gnosis*

quien quiso recoger esos indicios y articularlos sistemáticamente en su propia época con grandes resultados para nuevas lecturas de la figura de Jesucristo, las mismas que han iluminado algunas vertientes cristológicas a lo largo de varias décadas, entre las cuales está la teología sistemática de los siglos XIX y XX. Efectivamente, teólogos como Usteri, Rothe, Dorner y Auberlen, que sientan los fundamentos bíblicos para introducir la idea de ‘cristología cósmica’ en la teología sistemática, y autores como Martensen, Allan Galloway o Albert Frank-Duquesne, hacen otro tanto. En la segunda mitad del siglo XX, se destacan Barth, Mascall, Dilchneider y Köberle. Con más profundidad, por último, tenemos a los teólogos Jürgen Moltmann⁹⁰ y, en nuestro contexto latinoamericano, a Leonardo Boff y al uruguayo Juan Luis Segundo.⁹¹

Es así que la ‘*cristología cósmica*’,⁹² recobra importancia en América Latina y en el mundo, ya que no busca sólo entender las dimensiones de la realidad humana desde Jesucristo, llegando a una reflexión sobre el universo; quiere, sobre todo, responder también a una búsqueda siempre presente en el espíritu humano, que se pregunta: ¿Cuál es

cósmica’ que pueda identificar a Cristo con una armonía universal de un ‘*cosmos feliz*’ que no existe. Esto introduce la temática de la cruz y el sufrimiento cósmico de Cristo. En primer lugar, estudia la idea de la ‘*creación cruciforme*’ de Holmes Rolston: la Naturaleza evolutiva es cruciforme porque conlleva el sufrimiento en cada proceso de avance. Pero la Providencia Divina ha asumido y conduce a la salvación a este cosmos cruciforme como nos muestra la imagen de Cristo que asume y salva el sufrimiento, no sólo personal sino cósmico.

Según Teilhard el sufrimiento es también resultado inevitable del proceso de la misma evolución, aceptada como tal en el Plan de Dios. Autores como Barbour y Pearcocke asumen también que el sufrimiento es consecuencia de la evolución creada por Dios y salvada por la obra redentora de Cristo. La obra teológica del dominico J. M. Maldamé ofrece de nuevo una teología fundada en la evolución, donde la Resurrección de Cristo se ve como el hecho final que permite dar sentido a la evolución cósmica.

⁹⁰J. Moltmann insiste en esta misma línea, pero advierte que, para el cristianismo, la salvación y reconstitución final del cosmos no es una simple consecuencia de la evolución universal, ni algo exigido por una armonía universal -al estilo de ‘*New Age*’-, sino una obra de Cristo que rompe con el mundo y establece una *Nueva Creación*. Sólo Cristo es capaz de reconocer el sufrimiento de un mundo no-armónico, repararlo y darle una nueva forma salvadora.

⁹¹L. Boff inserta el tema de la ‘*cristología cósmica*’ en su conocida Teología de la Liberación. El hilo conductor es para él la teología de la Resurrección por la que entendemos cómo Cristo, al resucitar, lleva consigo no sólo a la Humanidad, sino a toda la Creación. El Cristo que consuma una Nueva Creación en virtud de la Resurrección lleva a cabo la liberación final del cosmos para que acoja a toda la humanidad.

⁹²A este diálogo con la ecología han contribuido autores como Sittler, Fox, Moltmann y L. Boff. Cobra especial importancia la obra de Denis Edwards, “*Jesus The Wisdom of God: An Ecological Theology*,” en que el autor relaciona el tema bíblico de la sabiduría con Cristo como “Sabiduría de Dios”, que consumará finalmente al universo por la transformación continua de cuanto existe.

el factor, la unidad, el vínculo que hace que el ser humano se ligue al universo desde la idea de un cosmos y no un caos? Y, desde el contexto cristológico: ¿cómo presentar la imagen de Jesucristo como camino, verdad y vida?

Se trata no sólo de un interés historiográfico sino primordialmente existencial: ¿cómo concebir la Unidad del Todo?, ¿por qué caminos se revela?, ¿cómo elabora el cristianismo su respuesta? En el caso de L. Boff, la pretensión final es reforzar una lectura holística e integradora de la realidad y animar una mística cósmica que incluya a las ciencias, las religiones, las tradiciones espirituales y la sensibilidad ecológica contemporánea. Desde luego, la figura de Jesucristo emerge en su obra con un matiz nuevo y refrescante, pues leerlo desde nuestra realidad implica re-leer el Evangelio en clave de la “*Nueva Creación*”, que significa una gigantesca reconciliación que abarca todo. No solamente se trata de revisar la relación del hombre con Dios, las personas y la sociedad, sino de toda la Creación y sus vínculos con el Creador (Cf. Génesis 6:12); en este caso, Jesucristo significa la reconciliación del universo con Dios. Desde la 'cristología cósmica', la reconciliación con Dios significa -desde luego y especialmente también-, la reconciliación entre los humanos, pues *¡somos uno, en Cristo!* y ello significa el final de la discriminación por origen nacional, social o de género (Gál 2:28), la paz en la sociedad y entre todos los pueblos. La Nueva Creación significa, por ende, el “Hombre Nuevo”, la “mujer nueva”, y la “vida nueva”⁹³, la misma que tiene resultados palpables de reconciliación entre las personas y repercute en toda nuestra vida personal y social (Cf. Ef 4:17-24).

⁹³La “*Obra de Cristo*” es para la teología cristiana, además, la consumación cósmica final de la Creación redimida. La Resurrección de Cristo es el hecho que la realiza y anuncia, en cuanto que ella abre paso a la resurrección personal de los hombres y éstos son la síntesis más perfecta del contenido del cosmos; el Mundo Nuevo atisbado es también una Nueva Creación en que el cosmos queda por Cristo consumado finalmente en Dios.

Esta reflexión sobre el tema de la Cristología en América Latina quedaría corta si no hacemos referencia a otro gran teólogo, probablemente el principal cristólogo latinoamericano, Jon Sobrino, S. J. Su cristología se ha desarrollado a lo largo de por lo menos veinticinco años de publicaciones. Ella es posible recogerla fundamentalmente en dos obras mayores: "*Jesucristo Liberador*"(1991) y "*Fe en Jesucristo: Ensayo desde las víctimas*"(1999).

En efecto, la obra de este importante teólogo vasco radicado en San Salvador -su cristología-, intenta abordar al sujeto primordial: Jesucristo-, teniendo en cuenta dos cosas fundamentales: la primera y más obvia, es lo que el pasado nos ha entregado acerca de Él, es decir, textos en los cuales ha quedado expresada la Revelación; la segunda, menos tenida en cuenta, es la *realidad* de Cristo en el *presente*, es decir, su presencia actual en la historia a la cual corresponde la fe real en Cristo. En este orden de ideas, el lugar ideal de la cristología será aquel donde mejor se puedan comprender las fuentes del pasado y captar la presencia de Cristo y la realidad de la fe en Él" (1991:41).

Según J. Sobrino, (1991):

...el mecanismo fundamental para posibilitar la escandalosa situación descrita ha consistido -expresado en forma de tesis-, en lo siguiente: *olvidar y recortar a Jesús de Nazaret, tergiversar así a Cristo y convertirlo frecuentemente en su contrario. Dicho de forma gráfica, de tal manera se ha presentado a Cristo, que el creyente, para serlo, no tenía por qué parecerse a Jesús y por qué seguir y realizar la misión de Jesús a favor de los oprimidos. Lo que Dios había unido en Cristo, el portador de las Esperanzas mesiánicas y liberación de los oprimidos, fue separado y aun contrapuesto a través de la imagen de un Cristo sin Jesús* (p. 30).

Para este teólogo jesuita salvadoreño, no serán suficientes las afirmaciones sobre la Humanidad de Jesucristo mientras en la praxis eclesial se mantengan actitudes de inhumanidad y de desconocimiento de que alrededor de nosotros sencillamente hay personas que se debaten sobre el problema fundamental del ser humano, '*sobrevivir*' en este mundo hostil y articulado precisamente en contra del Reino de Dios.

Finalmente, en Sobrino, el desconocimiento de la realidad de esta América indoafro-latina -realidad no sólo socioeconómica y política, sino también cultural y religiosa, de un continente que incluye hoy cerca de la mitad de los fieles de la Iglesia católica-, es fuente de tergiversación del verdadero Jesús de la historia. Esta realidad, tan sufrida y todavía esperanzada y, más globalmente, la realidad de una *“civilización del capital”* que produce masivamente "gravísimas carencias, deshumanización de las personas, destrucción de la familia humana" y representa una grave amenaza a la supervivencia del planeta, compromete al Dios de Jesucristo y es relevante para la teología cristiana en nuestro continente. Lo que llama la atención es que, aun cuando el diagnóstico de *Jon Sobrino* tiene la virtud de explicitar temas muy ciertos de la cristología popular, pareciera no hacer contacto con la verdad radical de la fe en Cristo del pueblo latinoamericano. Como si de ella dijera una verdad, pero no toda la verdad ni tampoco la verdad más profunda.

Otro importante teólogo, que ha reflexionado sobre temas cristológicos es el belga-brasileño recientemente fallecido *José Comblin*; en su última obra *"El Camino: ensayo sobre el seguimiento de Jesús,"* quien habla de la indignación de Jesús que procede del amor al pueblo. La indignación se vuelve todavía mayor cuando es provocada por los jefes religiosos, que tenían como misión enseñar las verdades y practicar la misericordia. Este cristólogo radicado en Brasil durante 35 años, menciona la indignación que, en el 4º

domingo de Adviento de 1511 y en nombre de toda la comunidad dominicana, el fraile dominicano *Antonio de Montesinos* pronunció en su famoso sermón en el que denunciaba los crímenes cometidos por los conquistadores y dueños de esclavos españoles. Fue un sermón pronunciado en la presencia de las principales autoridades del país, y terminaba con una sentencia de excomunión contra todos los que no liberasen a sus esclavos. Así mismo, se pregunta J. Comblin: ¿Cómo no evocar la memoria de fray Bartolomé de las Casas, convertido que se hizo dominico y misionero en el actual Sur de México y en la hoy llamada América Central? Las Casas fue hecho obispo de Chiapas, condenó los crímenes cometidos por los conquistadores, proclamó la injusticia de la conquista y defendió la causa de los indígenas durante más de 50 años. Para Comblin, el Reino que proclamó Jesús es la llegada del amor de Dios. Sin embargo, muchos no se interesan por él, están distraídos, viven con el mínimo empleo de las fuerzas de que disponen, y hacen solamente lo indispensable para sobrevivir. El amor que proclama Jesús requiere el empleo de mucha energía.

De la misma manera el teólogo jesuita *Juan Carlos Scannone*, en "*Evangelización, cultura y teología*" (1990) aporta unas "pistas cristológicas", diagnosticando que la fe en Cristo -expresada en una "síntesis vital" de "lo humano y lo divino de Cristo"-, no es alienante, sino la clave hermenéutica y la fuerza última del pueblo creyente latinoamericano, a partir de la cual vive unificada e integradamente las exigencias de esta vida y de la otra. Scannone no ignora las deformaciones de la religiosidad popular. Pero, en vez de desarrollar las '*sospechas ideológicas*' sobre las imágenes de Cristo del pueblo latinoamericano -como lo realizó también el citado J. L. Segundo en "*El hombre de hoy ante Jesús de Nazareth*"-, señala la pista principal de una Nueva Evangelización de Cristo

en el continente, la cual consiste en asumir la riqueza humana y cristiana de la sabiduría y de la religión popular. En continuidad con la fe popular, Scannone propone injertar el nuevo anuncio de Jesucristo liberador en la fe tradicional en el Cristo Salvador. Sobrino, en cambio, propugna una ruptura: el nuevo anuncio de Jesucristo Liberador, el Jesús histórico de los Evangelios, debiera desplazar las imágenes alienantes de Cristo en cuanto causas precisas de la injusta miseria del continente.

3.2 Algunos retos y desafíos desde la Cristología de Latinoamérica y el Caribe

Es importante, de entrada, afirmar que el desafío más importante es precisamente una cristología releída *desde y para* toda América Latina y el Caribe, que reconozca las distintas formas de concebir la cultura, y la vivencia del cristianismo, en lugar de lecturas cristológicas importadas, antiguas o modernas, que sancionan religiosamente la injusticia con una tergiversada interpretación de la figura de Jesucristo. A la par, es importante escuchar el Magisterio de la Iglesia, a la vez que atender al desafío mayor de una conversión del corazón, que erradique el egoísmo, la injusticia y la miseria por la vía de un seguimiento integral de Cristo, desde los 'signos de los tiempos' actuales.

Otro desafío es el que plantea el teólogo norteamericano, Paul Knitter, una cristología pluralista liberadora: ésta no sólo está dispuesta a valorar positivamente otras confesiones cristianas (problema latinoamericano que afronta el *Ecumenismo*), sino que también tiene los medios para retarlas asume el '*Macroecumenismo*' postulado por el Obispo emérito -amenazado de muerte- Pedro Casaldáliga, adoptando una postura clara y firme hacia otras religiones incipientes apenas en nuestro Continente, y, por lo tanto,

evitando así los peligros del relativismo.

Dicha propuesta está dispuesta a valorar positivamente y a trabajar con otras filiaciones religiosas que están buscando promover el bienestar de la humanidad y del planeta. Puede además retarlas con lo que es *singular o distintivo* acerca de la experiencia y el mensaje de Jesús: que en nuestros esfuerzos por promover el bienestar de todos, en una sociedad conformada por la compasión y la justicia, son las víctimas, los marginados, quienes mejor nos muestran el camino a seguir -y nuestra tarea no sólo *por* ellos sino *con* ellos-. Efectivamente, debemos estar todos dispuestos a escucharles, a seguirles y a trabajar con ellos. Mientras los cristianos tienen seguramente mucho que aprender de otras religiones, éste es el claro mensaje testimonial que tienen que anunciar, enseñar y vivir.

Por otro lado, está el reto de una *crisología de la Creación*, de la cual proviene la obligación para toda la humanidad de construir un mundo mejor, poniendo en común esfuerzos diversos de imaginación y solidaridad.⁹⁴ A este nivel, la exigencia hermenéutica de vincular al '*Jesús de la historia*' con el '*Cristo de la fe*' se verifica en la mediación de Cristo con la cultura humana, por el establecimiento de un diálogo entre fe y razón, entre fe y ciencias, y entre fe y justicia. De lo contrario, el seguimiento de Cristo se hace ineficaz, en buena medida por tornarse ininteligible o por fundamentalista, pero puede también

⁹⁴ La pluralidad se inscribe de esta manera en el fundamento de la crisología misma, porque ella reflexiona sobre una persona histórica real, multifacética y plural, atestiguada por diferentes autores, de diferentes maneras y en diferentes circunstancias, y reconocida y experimentada por diferentes y diversos sujetos reales a través de la historia y hasta el presente. A través de esta pluralidad no se oculta la verdadera naturaleza de Jesús, sino se revelan los múltiples rostros que él tuvo y tiene hasta ahora para las diferentes personas que se relacionan con él. Por cierto, esta pluralidad no es arbitraria. Es una pluralidad cualificada, porque debe remontarse a la experiencia histórica de Jesús de Nazaret, los encuentros que él tuvo con las personas de su tiempo y contexto y su mensaje del Reino de Dios y de la preferencia de Dios por los pobres. La memoria histórica de Jesús impide que la pluralidad de crisologías se convierta en un juego de intereses personales y políticos, pero no impide, sino exige, que en la actualidad se construya un espectro de crisologías plurales que reflexionen sobre el significado de las persona de Jesús ante las diferentes situaciones concretas de pobreza, injusticia y exclusión del tiempo presente.

hacerse ideológico y promotor de 'guerras santas' fundamentalistas y fanáticas.

Cualquiera sea el caso, el reconocimiento de la fe popular en Cristo debiera ser clave hermenéutica para una correcta interpretación de la Sagrada Escritura en América Latina. En definitiva, el *Seguimiento de Cristo* es una creativa "interpretación espiritual de Cristo", que sólo puede realizarla el oyente de la Palabra y en sus propias categorías. Sin duda, la cristología latinoamericana tiene necesidad de un diagnóstico, porque de éste se sigue -se explicita o no-, el tipo de evangelización de Cristo que se intentará. De hecho, en América Latina el anuncio de Cristo ha pasado por diversas etapas. Lo ha sido en las Conferencias eclesiales de Medellín (Colombia, 1968), en Puebla de los Ángeles (México, 1979), en Santo Domingo (República Dominicana, 1992) y en Aparecida (Brasil, 2007). Ante esto, consideramos en suma, que la cristología en América Latina no sólo debiera conocer a fondo la fe popular en Cristo -además de las nuevas formas de experiencia religiosa o de increencia ofrecidas por doquier en un mundo cada vez más compartido-, sino también diseñar un nuevo anuncio de Jesucristo, una nueva pastoral que dé legítima cabida a la fe efectiva en Jesucristo, porque esta es la única manera de valorar a los pobres y a cualquier latinoamericano, como sujetos oyentes e intérpretes de la Palabra divina, y agentes de su propia historia.

Por último, la investigación *histórico-crítica* a nivel cristológico, siendo legítima y necesaria es insuficiente, puesto que hace falta seguir profundizando en el tema del seguimiento y del compromiso cristiano en el amplio panorama latinoamericano y caribeño: a Jesús sólo se le conoce de verdad cuando se le sigue, como subraya con fuerza J. Sobrino, cuando afirma:

El acceso a Jesús no es otra cosa, en primer lugar, que saber sobre Él, desarrollando para ello una hermenéutica que salve la distancia entre Jesús y nosotros, y posibilite el saber sobre Jesús. Es cosa, en último término, de afinidad y connaturalidad"(Sobrino, 1990:76).

Y esta *'afinidad y connaturalidad'* -según el teólogo radicado en El Salvador-, es la que proporciona el seguimiento, que a su vez permite hacer del discípulo seguidor, la “práctica con espíritu” de Jesús, que es lo más real y lo más histórico de Jesucristo en la misma historia.

Una vez hecho este sucinto recorrido desde los aportes de los más importantes cristólogos en Latinoamérica, es importante afirmar que el aporte de Jesús Espeja cumple perfectamente los retos y desafíos antes enunciados, y que de muchas maneras en su propuesta él reinterpreta los mismos en clave de seguimiento cristiano tal como se analizará a continuación.

3.3 Retos que se perciben en el contexto latinoamericano a nivel de seguimiento cristiano, desde la obra de Jesús Espeja.

En el pensamiento cristológico de Jesús Espeja, se puede percibir que ser cristiano hoy en América Latina y el Caribe requiere una reformulación de la conversión de nuestras comunidades cristianas, un cambio de actitud que no puede prolongarse por más tiempo en la situación de una fe que encubra la injusticia social, sirviendo de instrumento de dominación para unos pocos y de resignación para la mayoría. Este cambio de actitud supone una conversión tanto de corazón como de mentalidad y, sobre todo, de praxis

cristiana. Podríamos resumir esta conversión como el paso de una religiosidad meramente sociológica a una fe personal; de una religiosidad meramente de conceptos y doctrina a una fe vital y existencial; de una religiosidad espiritualista a una fe integral, madura e histórica; de una religiosidad superficialmente privada a una fe pública; de una religiosidad individualista a una fe comprometida y solidaria con los sectores populares y empobrecidos. Obviamente, para realizar este inaplazable viraje, convendría re-formular el mismo *Magisterio eclesial* en términos de una cristología no tan dogmática y eurocentrista sino de alteridad latinoamericana, como la de los autores expuestos.

Desde esta perspectiva, ser cristiano en América Latina hoy -en la obra de Espeja- significa una clara actitud de rechazo y denuncia de la realidad injusta de un continente signado por la pobreza, el abandono y la falta de oportunidades (Espeja, "Iglesia en camino":241-252). Problemáticas que están presentes en un contexto económico, político y social en la era de la globalización y el neoliberalismo, como lo reafirma el Documento de Aparecida:

*Dentro de esta amplia preocupación por la dignidad humana, se sitúa nuestra angustia por los millones de latinoamericanos y latinoamericanas que no pueden llevar una vida que responda a esa dignidad. **La opción preferencial por los pobres es uno de los rasgos que marca la fisonomía de la Iglesia latinoamericana y caribeña.** De hecho, Juan Pablo II, dirigiéndose a nuestro continente, sostuvo que 'convertirse al Evangelio para el pueblo cristiano que vive en América, significa revisar todos los ambientes y dimensiones de su vida, especialmente todo lo que pertenece al orden social y a la obtención del Bien Común' (DA, No. 391, 2007:123).*

Ahora bien, en esta revisión de los ambientes y dimensiones de la vida -tal como lo afirmara Juan Paulo II, ya citado por Aparecida-, la propuesta de J. Espeja es que, según los planes del Dios de la Vida, es inconcebible que el continente de América Latina siga estigmatizado por los signos de muerte: muerte precoz, vida inhumana y muerte violenta.

Esta situación de muerte nace del pecado personal, *estructural y social* (estas dos últimas categorías fruto de la teología de América Latina), y de una auténtica idolatría: el dinero, la riqueza, Los bienes materiales se absolutizan como el Dios absoluto (Cf. Col 3,5), al que se somete todo lo demás. El cristianismo -frente a esta situación-, debe recordar que nadie puede servir a dos señores, a Dios y a la riqueza (Mt 6,24), y que debe renunciar al dominio de Satanás en su vida personal y social, como los primeros cristianos hacían antes de bautizarse y adherirse a Cristo. Es que ser cristiano en América Latina supone un corte radical con todo lo que sea injusticia, corrupción, opresión, violación de derechos humanos y mentira.

Para esta conversión necesitamos en América Latina, más allá de una moral determinada por las normas y las estructuras, una fe madura que surja de una experiencia personal con Jesús de Nazaret, un encuentro que nos lleve a comprometernos con su proyecto de Justicia (Reino de Dios), para lo cual debemos fundamentarnos más que nunca en la oración, que nos lleve a descubrir el rostro de Dios en el otro (Espeja, 206, según su expresión '*Encarnación continuada*'). Sólo El que expulsando demonios demostró la fuerza victoriosa del Reino de Dios y del Espíritu de Dios (Cf. Lc 11,20), es capaz de plasmar en América Latina esta gran liberación tanto personal como colectiva, que nos libere de un

tipo de esclavitud “diabólica” que nos tiene apresados. Es preciso tomar postura: quien acepta y fomenta la situación de injusticia, no puede estar con Cristo (Cf. Lc 11,23). En esta dinámica, Espeja coincide con las afirmaciones que hizo el mismo Documento de Aparecida, cuando manifestó:

*Nuestra fe proclama que **Jesucristo es el rostro humano de Dios y el rostro divino del hombre**. Por eso 'la opción preferencial por los pobres está implícita en la fe cristológica en aquel Dios que se ha hecho pobre por nosotros, para enriquecernos con su pobreza (II Cor 8:9). Esta opción nace de nuestra fe en Jesucristo, el Dios hecho Hombre, que se ha hecho nuestro hermano (Cf. Hb 2, 11-12). Ella, sin embargo, no es ni exclusiva, ni excluyente (DA, No. 392, p. 124, afirmación esta última que ha corrido el riesgo de convertir 'la opción preferencial por los pobres' en un inaceptable pleonasma o tautología, repetición redundante...)*

Desde la obra de Espeja, se entiende de manera clara que ser cristiano en América Latina significa comprometerse desde la fe en un cambio de la realidad. Este compromiso - forma concreta del seguimiento de Cristo-, abarca todas las esferas de la realidad: las dimensiones económicas, sociales, políticas, culturales, religiosas, familiares y personales.

Desde Jesús Espeja, se deduce que es *todo el hombre* que debe ser liberado con sus potencialidades y riqueza, con sus miserias y dificultades; porque se trata de un continente que necesita ser liberado *integralmente* y que precisa del apoyo de todos. La fe -según la teología de este autor-, tiene un gran valor liberador, ya que ataca el mal en su raíz: *el pecado personal y estructural*. Pero, además la fe posee una gran fuerza inspiradora, por

cuanto presenta la gran Utopía del Reino de Dios, y nos ofrece los grandes valores del Evangelio: el amor, la justicia, el perdón, la Esperanza, la libertad, la fraternidad, la cruz y la Resurrección.

Esta fe, en tanto producto de un seguimiento auténtico del Jesús de la Vida-, no nos ofrece recetas, panaceas sociales y políticas concretas, como si del Evangelio se desprendiese un sistema socio-político específico, pero sí nos presenta horizontes nuevos, inspiración y, sobre todo, la fuerza del Espíritu del Resucitado que va madurando la historia hacia "los cielos nuevos y la tierra nueva" (II Pe 3,13 y Ap 21,1.27). En esta ardua tarea, tenemos el ejemplo de miles de hermanos nuestros que desde la fe se han comprometido, en diversos campos, para la transformación de la cruda realidad. Algunos de ellos han dado su vida por esta tarea: Mons. G. Valencia Cano (Obispo de Buenaventura, Colombia), Mons. Ó. A. Romero, L. Espinal, E. Angelelli, Ignacio Ellacuría -mártir jesuita, compañero de J. Sobrino-, y otros han padecido persecuciones, deportaciones y exilio. Otros muchos siguen adelante buscando no simplemente mejoras accidentales sino *estructurales*. Porque el cristiano no puede inhibirse de esta tarea, cualquiera sea su trabajo y vocación.

Por otro lado -se lee en la obra de Jesús Espeja-, que ser cristiano hoy en América Latina significa solidarizarse con los sectores populares, pero no de manera excluyente y exclusiva ("Espiritualidad y Liberación", pp. 95-96). Esto supone para los cristianos que laboran en sectores populares, tomar conciencia que del pueblo consciente y organizado han de venir los cambios radicales, y que cuentan para ello con el ejemplo y la bendición de Señor, que los llamó 'bienaventurados' y se identificó con ellos. Para los nacidos en otros sectores, significa que sólo solidarizándose con la causa del pueblo pobre y poniendo sus

capacidades a su servicio, se podrá llevar adelante un cambio real de situaciones. La opción prioritaria de la Iglesia por los pobres se sitúa en esta perspectiva.

El objetivo es que la *Iglesia de los pobres* sea el rostro auténtico de la Iglesia de Jesús, como lo desearon el Papa conciliar Beato Juan XXIII para la Iglesia universal, y los obispos de América Latina. El potencial transformador de los pobres es inseparable de su potencial evangelizador.

Entonces, desde la propuesta de este teólogo dominico español, seguir a Jesús hoy en América Latina significa entrar a formar parte de una comunidad eclesial concreta, para vivir y alimentar continuamente todas estas exigencias. Las CEBs ('Comunidades Eclesiales de Base') siguen ofreciendo un lugar óptimo para ello (Doc. de Medellín 15, 10-12 y Doc. de Puebla: 641-643).

Esta manera de vivir la fe cristiana -según Espeja-, necesita ser continuamente alimentada por la Palabra de Dios, celebrada en los sacramentos, discernida y confrontada con los hermanos en la fe, con la Tradición y el Magisterio eclesial.

El análisis de la realidad que nos circunda y el compromiso, deben estar siempre iluminados por la fe en el Señor y por el deseo del seguimiento. Sin ello, nuestra postura se reduciría al nivel puramente humano, social, político, etc. Sólo en un clima de fe y de oración, el seguimiento de Jesús puede realizarse, que no se agota en comportamientos éticos sino que debe informar la gratuidad del "estar con el Señor", y el sentido contemplativo. El gozo del seguimiento, "la Esperanza contra toda esperanza" (Rom 4:18),

la alegría en medio de los conflictos, sólo puede mantenerse desde la profunda experiencia personal y comunitaria del Espíritu del Señor. Y todo ello sólo se puede realizar en la comunión eclesial (auténtica *'koinonía'*), vivida desde una comunidad concreta, abierta al resto de la Iglesia continental y universal.

Como síntesis de todo lo expresado, se podría afirmar que el seguimiento de Jesús - releído hoy desde Espeja-, en América Latina significa también luchar a favor del “Dios de la Vida”. La postura cristiana no puede ser meramente negativa, la lucha contra los 'dioses de la muerte' se orienta a batallar en pro del Dios de la Vida, del Dios Creador de la vida, de Jesús que ha venido para que tengamos "vida abundante" (Jn 10,10), Espíritu de Vida.

De hecho, podríamos resumir todo lo dicho sobre el seguimiento de Jesús en estos diez mandamientos del “*Dios de la Vida*”:

1. Creo que el Dios de Jesús, es el “Dios de la Vida”, que desea la vida en abundancia para todos y no la muerte.
2. Amaré y gozaré la vida sin egoísmos.
3. No utilizaré el Nombre del “*Dios de la Vida*” para atentar contra la vida de nadie.
4. Agradeceré a Dios la vida y la celebraré como un gran don y una tarea.
5. Defenderé la vida amenazada y honraré a los que te han dado vida.
6. Trabajaré para que todos tengan lo suficiente para vivir.
7. No me apropiaré de los bienes que han sido creados para que todos vivan.
8. Compartiré la vida con tu pueblo y con toda verdad.

9. No mataré de ningún modo la vida, pues la vida es de Dios.
10. Pondré mi vida al servicio de los demás, hasta arriesgarla por la vida de los otros.

Como ya se sabe, estos *diez mandamientos* se resumen en dos: Amarás tu vida y la vida de tu pueblo como Vida de Dios. En la medida en que América Latina, pueblo pobre y creyente, camine por este camino, su cristianismo será auténtico y la realidad se acercará a la utopía mesiánica que Isaías describió, y *Monseñor Óscar Arnulfo Romero* -mártir de América Latina (1980): '*San Romero de América*' según Casaldáliga- gustaba de repetir a su pueblo:

Harán sus casas y vivirán en ellas, plantarán viñas y comerán sus frutos. Ya no edificarán para que otro vaya a vivir, ni plantarán para alimentar a otro. Los de mi pueblo tendrán larga vida como los árboles, y mis elegidos vivirán de lo que hayan cultivado con sus manos. No trabajarán inútilmente, ni tendrán hijos destinados a la muerte, pues ellos y sus descendientes serán una raza bendita de Yahvé (Is 65,21-23).

3.4 La Vivencia De Jesús Desde La Experiencia Del Compromiso Socio/Cultural/Político Y Económico: Impacto De La Cristología De Jesús Espeja En El Contexto Latinoamericano.

3.4.1 El significado de ser cristiano como seguimiento a Jesús en la Obra de Espeja

Si se puede encontrar una categoría que sea clave para entender la obra de Jesús Espeja, es justamente la de “*seguimiento*”⁹⁵ (2001:311-332). No se puede ser cristiano al margen de la figura histórica de Jesús de Nazaret, que murió y resucitó por nosotros, y Dios Padre le hizo Señor y Cristo (Cf. Hch 2,36). En Espeja, el ser cristiano no es simplemente una doctrina, una ética, un rito o una tradición religiosa, sino que cristiano es todo lo que dice relación con la Persona de Jesucristo. Sin él no hay cristianismo. Lo cristiano es Él mismo. Antes que nada, los cristianos son seguidores de Jesús, sus discípulos. En Antioquía, por primera vez los discípulos de Jesús fueron llamados '*cristianos*' (Hch 11,26).

El seguimiento cristiano como forma de vida, es acompañada por otro elemento clave: *un “camino”* (Hch 9,2), *el Camino* de seguimiento de Jesús. Los Apóstoles,

⁹⁵ Este proceso en Jesús tiene implicaciones para nuestro seguimiento de Cristo. En Él se nos revela no únicamente el Hijo de Dios, sino el camino para poder llegar a ser hijos e hijas de Dios. Para poder llegar a serlo, tenemos que recorrer el camino de Jesús, tenemos que ser sus seguidores. Como dice L. Boff, «seguir a Cristo es proseguir su obra, perseguir su causa, conseguir su plenitud». Tenemos que aprender de su experiencia y tenemos que aceptar su proyecto para irlo concretizando en proyectos históricos concretos, contingentes, no definitivos, que mucho deben tomar en cuenta el contexto personal y social en que vivimos. Estos proyectos provisorios no agotan el gran Proyecto del Reino de Dios, que siempre está en el futuro y siempre es más grande y majestuoso que nuestros proyectos. Es por esto que la esperanza es una característica de los seguidores de Jesús. Poner la confianza en el Padre y en Cristo, Señores del Reino. Nosotros, al decir de Mons. Romero, no somos los arquitectos, somos albañiles, y esto nos da un gran alivio y una fortaleza en el seguimiento de Cristo en la construcción de su Reino.

primeros seguidores de Jesús, son el modelo de la vida cristiana. Ser cristiano es imitar a los Apóstoles en el seguimiento de Jesús.

De los Apóstoles se dice que 'siguieron' a Jesús. (Lc 5,11), y a este '*seguimiento*' cristificante es llamado todo bautizado en la Iglesia. Los Apóstoles no fueron únicamente los discípulos fieles del Maestro, que aprendieron sus enseñanzas, como los jóvenes de hoy aprenden de sus profesores. Ser discípulo de Jesús comportaba para los Apóstoles estar con él, entrar en su comunidad, participar de su misión y de su mismo destino (Cf. Mc 3,13-14; 10, 38-39). "*Seguir*" a Jesús hoy no significa imitar mecánicamente sus gestos, sino continuar su camino "*pro-seguir* su obra, '*per-seguir*' su causa, '*con-seguir*' su plenitud" (L. Boff). El cristiano es el que ha escuchado, como los discípulos de Jesús, su voz que le dice: "Sígueme" (Jn 1,39-44; 21,22) y se pone en camino para "*seguirle*". ¿Pero qué supone *seguir* a Jesús?, ante esta pregunta, en la obra de Espeja, se pueden releer los siguientes elementos que iluminan el caminar de los cristianos en América Latina y el Caribe.

3.4.2 El seguimiento a Jesús como reconocimiento de su Señorío.

Nadie sigue a alguien sin motivos. Los Apóstoles *siguieron* a Jesús porque reconocieron que Él era el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo (Jn 1,29-37), el Mesías, el Cristo (Jn 1,41), Aquél de quien escribieron Moisés en la Ley y los Profetas (Jn 1,45), el Hijo de Dios, el Rey de Israel (Jn 1,49), aunque según la teología actual estas prerrogativas se consideran pos-pascuales, pero fueron intuitas siempre (Cf. Mc 8,29 / Mt 16,16)... Ante Jesús, Pedro exclama antes de seguirle: "Señor, apártate de mí, que soy un

pecador" (Lc 5,8). Los Apóstoles reconocen que Jesús es Aquél que los Profetas habían anunciado como Mesías futuro, y que Juan Bautista había proclamado como ya cercano (Jn 1,26; Lc 3,16). Hoy el cristiano reconoce a Jesús como 'el Camino, la Verdad y la Vida' (Jn 14,6), la Puerta (Jn 10,7), la Luz (Jn 8,12), el Buen Pastor (Jn 10,11, 14), el Pan de Vida (Jn 6), la Resurrección y la Vida (Jn 11,25), la Palabra Encarnada (Jn 1,14), el Cristo, el Hijo del Dios Vivo.

Según J. Espeja, el cristiano no sigue, pues, a cualquiera, sino al Señor ('Kyrios') de quien parte la iniciativa para que le sigamos. Él es quien siempre llama y nos dice a cada uno de nosotros "*Sígueme*". El llamado viene de Él, a través de la Escritura, de la Iglesia o de los acontecimientos de la historia de salvación y liberación comunitaria y personal. Ante esta vocación, el cristiano exclama como el Apóstol Pedro: "Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de Vida eterna. Nosotros creemos y sabemos que Tú eres el Santo Dios" (Jn 6,68).

Por consiguiente, la fe cristiana no consiste propiamente en aceptar 'doctrinas', sino en reconocer a Jesús como Señor y seguirle. Incluso el '*Credo*' más que una fórmula es la profesión de fe del que sigue a Cristo. De hecho, el '*Credo*' que se enseñaba a los catecúmenos en el tiempo de preparación al bautismo, no era una simple 'lección de memoria', sino la contraseña testimonial que les identificaba como *seguidores* de Jesús ante el mundo. Sabían a Quién seguían, sabían 'de Quién se habían fiado' (II Tim 1,12) y, como el Apóstol Pablo, todo lo consideraban 'basura' en comparación de haber conocido y poder *seguir* a Cristo (Flp 3,7-21).

En J. Espeja, *seguir* a Jesús es convertirse al Señor, cambiar la orientación de la vida. Significa escoger la vida en vez de la muerte (Cf. Dt 30,19). Significa renunciar al Maligno y su imperio de muerte (Jn 8,44) y adherirse a Cristo. Los primeros cristianos en el catecumenado realizaban una solemne renuncia a Satanás y sus estructuras, antes de adherirse a Cristo por el bautismo. Todavía quedan en nuestra liturgia bautismal los vestigios de esta renuncia. Pero todo ello debe hoy profundizarse. ¡Nadie puede servir a dos señores, a Dios y al dinero! (Mt 6,24).

3.4.3. Seguimiento de Jesús como aceptación de su proyecto.

Jesús Espeja recuerda que la propuesta de Jesús tiene un proyecto, una misión: anunciar y realizar el Reino de Dios (Mc 1,15). Este es el plan que el Padre le ha encomendado, formar una gran familia de hijos y hermanos, un hogar, una Nueva Humanidad, los mencionados 'nuevos cielos y la nueva tierra' que los Profetas habían predicho (Is 65, 17-25). Esta es la gran Utopía de Dios, el auténtico Paraíso descrito simbólicamente desde el Génesis (Gen 1-2), donde la humanidad vivía y vivirá reconciliada con la Naturaleza, entre sí y con Dios, de modo que el hombre era y será señor del mundo, hermano de las personas e hijo de Dios (Puebla 322).

Esta gran 'Buena Noticia' es algo integral, ya que abarca a toda la persona humana (alma y cuerpo), a todo el mundo (personas y comunidades) y, aunque la consumará en el 'más allá', debe comenzar ya aquí en nuestra historia. En efecto, este Reino de Dios es liberación de todo lo que oprime a la humanidad, del pecado y del Maligno ('Evangelii Nuntiandi', 1975, 9). Es sólo en este contexto que tiene sentido explicar y aprender el

'Padre Nuestro', como se hacía en el antiguo catecumenado. Es que la 'Oración Dominical' no es sólo una fórmula para orar, sino un compendio del programa de Jesús: El Reino del Padre, el cumplimiento de su Voluntad, un mundo donde haya pan y perdón, liberado de todo mal y victorioso de toda tentación. En ello el Padre es glorificado, pues la gloria de Dios consiste en que el Reino de Dios venga a la humanidad y todo el mundo viva como hijo del Padre.

Las parábolas del Reino hablan de esta gran Utopía de Dios como un tesoro y una perla, por cuya adquisición vale la pena venderlo todo (Cf. Mt 13,44-46). Los Apóstoles - ante el proyecto de Jesús-, dejan sus barcas y redes y le *siguen* (Cf. Lc 5,11), mientras que el joven rico se aleja triste de Jesús porque tenía muchas riquezas y no quería aceptar el proyecto de fraternidad universal de Jesús (Mt 19,22). Para *seguir* a Jesús las riquezas son un gran impedimento (Cf. Mt 19,23-21; Lc 6,24-26; 12,13-24), lo cual contrasta con la opinión y la práctica de muchos ricos de América Latina, que se consideran muy cristianos y 'católicos'.

3.5 Jesús, Punto De Partida Y De Llegada En Los Retos De La Nueva Evangelización En América Latina Y El Caribe

3.5.1 El seguimiento de Jesús como estilo evangélico de vida.

“El hijo del hombre no ha venido a ser servido sino a servir” (Mt 20,28). Ante esta cita bíblica (Gutierrez, 2013) afirma que ese debe ser “El criterio del juicio. Entrar al reino, a la vida definitiva, a la vida eterna supone que el discípulo ha seguido los pasos del maestro en el servicio a todos y en especial a los más necesitados”. (p. 193) con base en lo

que afirma nuestro autor citado el juicio de Dios no se fundamenta en una experiencia individual, el compromiso del cristiano no es consigo mismo, sino que todas las acciones del ser humano especialmente la de los creyentes cristianos tiene una responsabilidad y un compromiso social. Deber social que busca a acabar con el mal y la injusticia presente en nuestros contextos globales y comunitarios. Siguiendo estos parámetros en su reflexión cristológica J. Espeja, coincidiendo con Silva (2007), menciona que el Reino de Dios, es inseparable de la Persona misma de Jesucristo; en el Reino de Dios se encarna y personifica en Él; con Él el Reino se acerca a la humanidad (Cf. Lc 11,20). De hecho, Jesús posee un estilo peculiar de anunciar y realizar el Reino, que tiene un compromiso social y se concentra en la dignidad de la persona humana. El reino de Dios se construye con los otros.⁹⁶

Nacido pobre (Cf. Lc 2,6-7), hijo de una familia trabajadora sencilla (Lc 1,16; 4,22; Mc 6,3), se siente enviado a "anunciar la Buena Nueva a los pobres" (Is 61 / Lc 4, 18) y sanar a pecadores, enfermos y marginados (Cf. Lc 7,21-23).

Jesús a lo largo de su vida va discerniendo lentamente su misión y el camino que el Padre desea. Rechaza las tentaciones de poder, placer y riqueza (Cf. Lc 4), reconoce que el

⁹⁶ No hay definiciones unívocas y explícitas del reino de Dios en la revelación bíblica. Sí encontramos diversas imágenes, parábolas o metáforas a través de las cuales se presenta su significado. Todas coinciden en caracterizar al reino como una realidad salvífica. Podríamos decir que el reino de Dios es la gran utopía de Dios para la humanidad. El sueño que Dios ofrece a los seres humanos desde los orígenes de la creación, y que ha manifestado en la carne, en la historia de su Hijo hecho hombre entre los hombres en la plenitud de los tiempos (Gál 4, 4). Dios responde a la realidad crucificada y a los deseos humanos de vida abundante. Dios no mira en otra dirección, sino que al ver, se hace cargo de la realidad de sus hijos (Lc 10, 33-35), fundamentalmente de las vidas deshechas de los pobres e injusticiados de la tierra. Hay una corriente de esperanza que atraviesa la historia de la humanidad y que en la historia bíblica del pueblo hebreo cobra diversas figuras históricas. El reino de Dios es la expresión bíblica de esa esperanza popular de vida sobreabundante y del don con que Dios responde a ella.

Padre "revela el misterio de Dios a los sencillos y lo oculta a los sabios y prudentes" (Mt 11,25-26); se va solidarizando en todo a los hombres, menos en el pecado (Cf. Hb 4,15), se compadece del pueblo disperso como ovejas sin pastor (Mc 34), bendice al pueblo pobre (Lc 6,21-23), y maldice a los ricos (Lc 6,24-26) y a los fariseos hipócritas (Mt 23).⁹⁷

Él hizo de los pobres los jueces de la humanidad y tomó como hecho a sí mismo cuanto se haga u omita con los pobres (Mt 25, 31-45; Mc 9, 36-37). Esta opción de Jesús le produjo conflictos y le llevó a la muerte. Su muerte fue un asesinato tramado por todos sus enemigos, pero su resurrección no sólo es el triunfo de Jesús, sino la confirmación por parte del Padre de la validez de su camino. Mientras vivió en este mundo, Jesús fue tenido por loco (Cf. Mc 3,21), blasfemo (Cf. Mt 26,65), borracho y comilón (Cf. Lc 7,34), endemoniado (Cf. Lc 11,15), pero el Padre resucitándolo muestra que el camino de Jesús es el auténtico camino del Reino, y que Jesús tenía razón en haber seguido el estilo evangélico del '*Siervo de Yahvé*' (Cf. Sus cuatro cánticos mesiánicos, denominados 'quinto Evangelio': Is 42;49;50 y 53). Lo proclamado teofánica y misteriosamente en el Bautismo (Mc 1,9-11) y la Transfiguración (Mc 9, 1-8), se realizó cabalmente en la Resurrección: Jesús es realmente el Hijo del Padre y a Él hay que escucharle y seguirle. *Seguir* a Jesús es tomar la cruz y perder la vida, pero para ganar la vida y salvarse (Mc 8,34-35).

⁹⁷ El contenido concreto de la persona de Jesús de Nazaret, su misterio entrañable, sólo puede atisbarse a la luz del reino de Dios. Sólo podemos hablar de Jesús a partir de su historia, de su praxis: contemplando lo que hizo y lo que dijo (gestos y palabras), cosa que no es posible sino —en primera instancia— a través de la lectura de los evangelios. Coincidiendo con (Silva , 2007), la Cristología de la Liberación se da entre Jesucristo y el reino de Dios como un círculo hermenéutico que se constituye en principio epistemológico para la cristología. Con esto se quiere decir que la circularidad hermenéutica entre Jesús y el reino es una condición fundamental que hay que considerar para el conocimiento de Jesucristo. La persona y la misión de Jesucristo sólo puede comprenderse a la luz del reino. Y del mismo modo, el reino de Dios sólo puede comprenderse a la luz de la misión y la persona de Jesucristo. En esto consiste la circularidad de la interpretación.

Algunos resumen este estilo evangélico en los Mandamientos de la ley de Dios, ofrecidos por Moisés al pueblo de Israel (Ex 20, 1,21; Dt 6,4 ss.: *'Shemá'*). Pero el decálogo deberá entenderse a la luz de la liberación de la esclavitud de Egipto (Cf. Ex 20,1; Dt 5, 6) y, por lo tanto, como leyes para vivir en la libertad de los hijos de Dios, como camino de bendición y de vida, para evitar la esclavitud, la maldición y la muerte (Dt 30, 29-31). Pero, en todo caso, el decálogo debería completarse con las Bienaventuranzas del NT (Mt 5, 1-16 / Lc 6,20-26), que marcan el camino del Evangelio y radicalizan y completan el AT. El camino de Jesús no es de los faraones y poderosos de este mundo, sino el de la libertad, la fraternidad y la solidaridad con el pueblo pobre. Éste es el camino de bendición que conduce a la Vida, mientras que el otro conduce a la maldición y a la muerte propia y ajena. Jesús bendice al pueblo pobre y maldice a los ricos. Este es el estilo evangélico de Jesús, que a través de la cruz lleva a la Resurrección (Cf. *"Mysterium Liberationis"*, 'suma teológica latinoamericana', encabezada por Leonardo Boff y Jon Sobrino).

3.5.2 El seguimiento de Jesús como vivencia comunitaria.

El Evangelio de Marcos nos presenta de manera concisa las dos finalidades del seguimiento de Jesús:

Y subió al monte y convocó a los que él quiso y ellos fueron hacia él. Y él constituyó Doce, (a los que llamó apóstoles) para que estuvieran con él y para enviarlos a predicar y que tuvieran autoridad para expulsar demonios. (Mc 3,13-15).

Jesús, aunque llamó a los discípulos personalmente, uno por uno, a su *seguimiento*⁹⁸, formó con ellos un grupo, los Doce⁹⁹, a los que luego se añadieron hombres y mujeres hasta constituir una comunidad: la comunidad de Jesús (Cf. Lc 8,1-3). Este modo de actuar del Señor no es casual, sino que corresponde al plan de Dios de formar un pueblo, a lo largo de la historia, para que fuese semilla y fermento del Reino de Dios (Cf. 'Lumen Gentium' 9). El pueblo de Israel en el AT, fue elegido y formado lentamente por Yahvé, desde Abraham hasta María, figura y semilla del nuevo Pueblo de Dios, la Iglesia, que Jesús preparó y que nació por obra del Espíritu en Pentecostés (Cf. Hch 2).

La Iglesia es la comunidad que mantiene la memoria de Jesús a través del tiempo, su Cuerpo visible en la historia (Cf. I Cor 12), que continúa profetizando el proyecto de Jesús a todos, anuncia el Reino a los pobres, denuncia el pecado y va realizando la fraternidad y la filiación de la humanidad, hasta hacer de ella la primicia de la Nueva Humanidad, "los nuevos cielos y la nueva tierra" en la Nueva Jerusalén, donde existirá plena comunión entre Dios y la Humanidad (Cf. Ap 21).

⁹⁸ La relación fundamental del creyente con Jesús se expresa en los evangelios mediante la metáfora del *seguimiento*. Esto quiere decir que, según los evangelios, hay verdadera relación con Jesús y auténtica fe donde hay seguimiento del mismo Jesús. Y que no existe esa relación ni esa fe donde el seguimiento falta. Dicho de otra manera, es creyente el que sigue a Jesús [...]. Podemos afirmar que cuando los autores de los evangelios nos hablan del seguimiento de Jesús, con esas palabras nos señalan cómo tiene que ser la fe cristiana en su formulación más auténtica. En este sentido, se ha dicho muy bien que la fe se realiza en su profundidad definitiva sólo mediante una orientación total a Jesús, mediante una vinculación de la propia vida a la de él, acometiendo la tarea de seguirle. El seguimiento expresa, por tanto, la relación fundamental del creyente con Jesús [...]. Todo el que quiera estar con Jesús, no tiene más camino que el seguimiento. No hay participación en la luz, ni pertenencia a Jesús, ni servicio incondicional a su causa fuera del seguimiento [...] la Palabra evangélica nos presenta el criterio recto y cabal, el único criterio aceptable en esta materia: no hay fe verdadera fuera del seguimiento de Jesús." (Castillo, 1992:15-16; 18-19)

⁹⁹ Se trata del texto en el que Jesús convoca y constituye el grupo de los Doce. En él es claro que cuando los discípulos responden a la llamada de Jesús, van directamente hacia él y se ligan a su persona. Los discípulos son convocados para estar con Jesús en función de su proyecto y de su causa, que no es otra que el Reino de Dios.

Los evangelios se refieren a la relación con Jesús por medio de la categoría “seguimiento”, que está basada en la estructura de llamada y respuesta. De ahí que los textos evangélicos en los que aparece de manera explícita dicha estructura sean llamados “*textos de vocación*”, y estén organizados bajo un esquema estereotipado, que responde más a una construcción literaria, que a un relato estrictamente histórico. Según Schillebeeckx (1981), el esquema sería el siguiente:

(a) Jesús pasa (Mc 1,16.19; 2,14); (b) ve a alguien (Mc 1,16.19; Jn 1,47); (c) indicación de la actividad profesional de ese hombre (Mc 1,16.19; 2,14; Lc 5,2); (d) la llamada (Mc 1,17-20; 2,14; Jn 1,37); (e) dejarlo todo (Mc 1, 18.20; no aparece en Mc 2,14, pero sí en Lc 5,11.28); (f) el llamado sigue a Jesús (Mc 1,18.20; 2,14; Lc 5,11).

En los textos citados aparece claro que las frases y los verbos usados para indicar la llamada y señalar la respuesta dan cuenta de un movimiento en pos de o detrás de Jesús, que se refieren propiamente al seguimiento, en cuanto ponerse detrás de otro, considerado referente, maestro, guía. (Ospina Arias, 2011)

La Iglesia prolonga en la historia el grupo de discípulos de Jesús y es la comunidad que *prosigue* la misión de Jesús en este mundo. Es sacramento de Jesús, '*sacramento de salvación*' liberadora en nuestra historia concreta (LG 1, 9 y 48). Sus pastores (Papa, Obispos, presbíteros y diáconos) la guían en esta misión, prolongando la función de san Pedro y los demás Apóstoles (Cf. Mt 16,18-19).

Los sacramentos no son simples ritos para la salvación individual, sino momentos fuertes de la vida de la comunidad eclesial, y su centro es la Eucaristía, el sacramento que alimenta a la Iglesia con el Cuerpo y Sangre de Cristo, y la van edificando como 'Cuerpo de Cristo' en la historia (Cf. I Cor 10,17). La catequesis de los sacramentos debe enmarcarse dentro de la comprensión de la Iglesia como comunidad de Jesús.

Querer seguir a Jesús al margen de la Iglesia es un peligroso engaño, ya que, como Pablo descubrió en su conversión (Cf. Hch 9,5-6), la comunidad de los cristianos es el 'Cuerpo de Jesús' (I Cor 12, 27), es Cristo mismo presente en forma comunitaria. Pero la Iglesia deberá continuamente convertirse al Reino de Dios -objetivo central de su misión- y deberá recordar siempre que "Jesús siendo rico se hizo pobre" (II Cor 8,9) y fue enviado para evangelizar a los pobres y salvar lo perdido (Lc 4,18; 19,10), como el Concilio Vaticano II proclama (Cf. LG 8), y la Iglesia de América Latina ha recogido al hablar de la *'opción preferencial por los pobres'* (Puebla 1134).

Por otro lado, según Espeja, *seguir*¹⁰⁰ a Jesús, forma parte de su comunidad y continuar su proyecto en la historia de hoy, son realidades que nos superan. Por esto, Jesús prometió el Espíritu a sus discípulos (Cf. Jn 14, 17) y este Espíritu es la fuerza y el aliento vital que anima, vivifica, guía, santifica, enriquece y lleva a su plenitud la comunidad de los *seguidores* de Jesús (Cf. LG 4). El Espíritu convierte el *seguimiento* en una vida nueva en Cristo, en una comunión vital con el Resucitado en su Iglesia; nos hace pasar de la ética voluntarista a la mística de *'permanecer en Él'* y vivir de su savia vital, como el sarmiento

¹⁰⁰ "El seguimiento del Jesús tanto terreno como resucitado lo es de una persona viva y por ello se trata de una 'presencia' así como de una 'comunión' personal en el camino y la vida –terrena y eternizada– de Jesús; aunque la forma de participación o comunión sea distinta." (Gesteria Garza, 1997)

en la vida (Cf. Jn 15). Este Espíritu, don de Dios para los tiempos del Mesías (Cf. Joel 2) es un Espíritu de justicia y derecho para los pobres y oprimidos (Cf. Is 11, 42 y 61), el Espíritu que guió toda la vida y la misión de Jesús (Cf. Lc 4,18), el cual '*Ungido*' por el Espíritu pasó por el mundo "haciendo el bien y liberando de la opresión del Maligno" (Hch 10,38). Este Espíritu es el que nos hace llamar a Dios: '*Padre*' (Gál. 4,4) y es el que gime en el clamor de la creación y de los pueblos en busca de su liberación (Rm. 8,18-27).

En el clamor de los pobres de América Latina, el Espíritu clama y pide liberación (Puebla 87-89). Este Espíritu es el que da fortaleza a los perseguidos y mártires del continente (Cf. Mc 13,11) y es el que da esperanza y alegría al pueblo de América Latina, haciéndole esperar días mejores: son dolores de parto de algo nuevo que está naciendo (Cf. Jn 16,21). Seguir a Jesús implica aceptar y comenzar a vivir todo esto. Es un camino que requiere discernimiento para ir re-creando en cada instante de la historia las actitudes de Jesús y los llamados de su Espíritu. Por todo ello ser cristiano¹⁰¹ en América Latina exige hoy una postura concreta de *seguimiento* de Jesús.¹⁰²

Vistas así las cosas, la propuesta cristológica del teólogo Jesús Espeja puede ayudar

¹⁰¹ La vida cristiana entendida en clave de seguimiento de Jesús se refiere a la persona misma de Jesús y sólo a su persona. Por tanto, hay seguimiento de Jesús donde hay relación personal con él. Esto significa que no se sigue una ideología, ni un conjunto de verdades o principios teóricos, ni una normativa más o menos exigente, ni siquiera un proyecto del tipo que sea. Aunque todo esto puede estar incluido en el seguimiento, la esencia y el centro mismo lo constituye adherirse a Jesús, comprometerse con él, vivir en relación a él y para él.

¹⁰² El seguimiento de Jesús primariamente es una relación interpersonal, que implica comunión, amistad, intimidad con él, y en consecuencia, como segundo paso, exige compromiso con su proyecto (el Reino). De ahí que se trate de una categoría condensadora de la vida cristiana, desde la que se pueden fundamentar tanto la espiritualidad como la moral entendidas como caminar según el Espíritu (espíritu) en el compromiso con el Reino de Dios. La vida cristiana consiste en una opción fundamental por Cristo, en darle un sí radical, que implica una identificación con él, y por tanto, un proceso de seguimiento, como mediación única, a través de la cual se le confiesa y se le conoce como Dios hijo. Es decir, que el cristiano es seguidor de Jesús o no es creyente. No se trata de algo opcional, que algunos cristianos pueden escoger y otros no. Se trata de la vida misma cristiana vista en términos dinámicos, como comunión intensa con el Señor y compromiso con su proyecto.

significativamente a superar muchas posiciones verticales y cerradas, que obstaculizan descubrir el verdadero rostro de Dios manifestado en Jesucristo, experiencia necesaria y pertinente para nuestros pueblos de Latinoamérica y el Caribe.

Es un análisis sistémico global de la cultura y de la vivencia del cristianismo, de la mano de Jesús Espeja, que puede despejar el camino para una cristología que impulse una praxis más humana del mensaje cristiano, desde un horizonte de diálogo multicultural tolerante y abierto a la verdad. Esta cristología en diálogo pluralista y multicultural no implica una infravaloración de la figura del Jesús histórico, ni menos negar la universalidad ni el carácter único e irrepetible de Jesucristo, sino que amplía el horizonte de su propuesta salvadora en el mundo.

Otra contribución importante es la profundización de la imagen de Jesús de Nazaret, con su propuesta de salvación universal, porque una de las verdades del cristianismo es que en Jesús se hace visible el rostro del Padre, un Dios que es compasivo y solidario con todos.

Este proyecto investigativo, igualmente pretende empoderar a nivel pastoral una imagen de Jesús como hombre libre, y esta experiencia de libertad suscita hombres y mujeres nuevos, que aman en verdad su vida y la de su prójimo; no se trata simplemente de una tolerancia reducida a unas simples relaciones humanas de convivencia, sino a una experiencia profunda de Humanidad, que brinda criterios para discernir si todas las propuestas religiosas son verdaderas y apuestan a la vida y la dignidad del ser humano.¹⁰³

¹⁰³ El seguimiento de Jesús, por tanto, se convierte en el “lugar” de encuentro de la espiritualidad y de la moral cristianas. La recuperación de esta categoría evangélica, gracias la teología latinoamericana, entre otras

Juzgamos esta investigación pertinente, y su aporte está enmarcado dentro del contexto actual del mundo, que tiene muchos aires del paradigma moderno proyectado a combatir la trascendencia y la religión en nombre de un falso antropocentrismo que pretende ante todo rescatar la autonomía y la libertad humanas, y en nombre de estos dos principios pretende acabar con Dios y los brotes religiosos. Esto ha llevado a una negación de Dios en algunos casos (anti-teísmo o ateísmo), o a una indiferencia religiosa en otros (agnosticismo) o un conformista escepticismo, y un *descompromiso* con toda institución religiosa, afirmando la negación del vínculo entre lo humano y lo divino. Pero, al mismo tiempo, hoy se nota una necesidad de Dios y un hambre de espiritualidad. Situación que no es ajena a América Latina y el Caribe, por lo cual se cree importante entablar una vez más en diálogo la propuesta de Jesús de Nazaret y su experiencia de Dios, con los problemas y esperanzas que el mundo actual presenta.

Por lo tanto, esta investigación podría conducirnos a establecer un diálogo riguroso entre la propuesta de Jesús y los problemas existenciales del ser humano; una indagación que clarifica y profundiza la concepción de Dios, con una debida humildad que aporte la capacidad de entender que todos con respecto a Dios, estamos de camino.

Igualmente, el presente estudio ayuda a orientar unos criterios para que a partir del *seguimiento*¹⁰⁴ de Jesús de Nazaret y el compromiso con su proyecto de vida, el hombre le

cosas, permite zanjar la confrontación secular entre espiritualidad y moral, y a su vez, abandonar aquella concepción típica de los manuales, que proponía la moral como la ciencia de los preceptos obligatorios y la espiritualidad como la disciplina de los consejos para la vida de perfección.

¹⁰⁴ Si el centro del seguimiento no es una idea o un proyecto, sino una persona, eso quiere decir que el

re-encuentre sentido superior a los problemas existenciales concretos, a partir de la experiencia del Dios del amor y el perdón, pero también del compartir con el otro, especialmente con el más débil y oprimido.

Así, el seguimiento de Jesús implica el proseguimiento de su proyecto, y la continuación de su actividad esencial: el Reino de Dios, que pasa por:

...la conformación de un hombre y una sociedad nuevos, en la cual por la fuerza del Espíritu, la humanidad irá superando toda injusticia y toda opresión en una fraternidad entre las personas cada vez mayor hasta llegar a la total comunión y participación.

En una síntesis final, cabe decir que el seguimiento de Cristo de algún modo compendia todo el misterio cristiano. Por una parte, es signo de la “autoridad” singular de Jesús y exponente de su estrecha vinculación al Dios, que llama sin cesar al hombre. Y por otra, es adecuada expresión de todo el entramado de la salvación. Una salvación que no deberá ser entendida desde la mera obediencia a unos preceptos, sino como respuesta a una llamada personal percibida como “elección” gratuita que nos invita no a una mera “imitación” exterior sino a una incorporación a la persona y al camino de Jesús como “vida entregada por todos”. (Gesteria Garza, 1997)

seguimiento no consiste en un convencimiento doctrinal o en un propósito firme de la voluntad, sino que consiste esencialmente en una experiencia concreta y suficientemente delimitada: la experiencia de un encuentro personal con Jesús. Es decir, no se trata sólo de estar persuadidos de quién es Jesús y de lo que él representa para cualquier hombre; como tampoco se trata solamente de querer, con un propósito firme, seguir el Evangelio o las enseñanzas de Cristo. De lo que se trata esencialmente es de sentirse de tal manera atraído y hasta arrastrado por la experiencia personal de Jesús, que esa atracción sea la que determina nuestras opciones y nuestros rechazos, nuestras atracciones y nuestras repugnancias, lo que hacemos y lo que dejamos de hacer. A fin de cuentas, se trata de la experiencia esencial de la vida, la experiencia del encuentro, no con “algo” sino con “alguien”. Y eso es lo importante: convencerse de que Jesús no es una idea o un proyecto, sino una persona viviente, con quien yo me puedo relacionar hoy, aquí y ahora. (Lois Fernández, 1982)

3.5.3 El compromiso y seguimiento cristiano, implica vida digna, personal y comunitaria.

Contextualizar la temática e identificar las categorías de *seguimiento y compromiso* cristianos en la obra del teólogo Jesús Espeja permite implementar las posibles contribuciones fundamentales que permiten una comprensión del testimonio del cristianismo hoy en Latinoamérica y el Caribe, contexto que no es ajeno a los problemas de Europa, pero con problemas sociales muy peculiares que hacen más compleja la experiencia de un Dios de amor, misericordioso y justo manifestado en Jesús de Nazaret.

Esta problemática es importante analizarla en la perspectiva *espejiana*, propuesta que es rica en vitalidad humana porque brinda valiosos elementos y signos de esperanza a nuestros pueblos, no pocas veces sumidos en una religiosidad idolátrica debido a un cristianismo superficial y sincrético, combatido hoy por una civilización científicista, agnóstica y atea, que confunde sus raíces étnicas y culturales de los hombres y mujeres de nuestros pueblos, y por lo tanto desvirtúa la experiencia del Dios humanizador, salvador y liberador manifestado en Jesús de Nazaret.

La personalidad de Jesús de Nazaret es sencillamente estremecedora, pues cuestiona de raíz la vida y el entorno concreto de los seres humanos, además de darle un profundo sentido a la existencia misma. De hecho, en la Humanidad de Jesús contemplamos un hombre normal pero invadido completamente por Dios, lo cual nos conduce a afirmar que una de las formas para construir *crístología* correctamente en el contexto latinoamericano es *desde abajo, encarnándose en la historia*.

Pero también es evidente que toda verdadera cristología también viene *desde arriba*, es decir, *descendente* en cuanto no puede estar separada de la *ascendente*, coordinadas en las que se juega su papel importante la fe. Historia y fe en Jesucristo van de la mano. Sin embargo, es preciso afirmar que, si queremos conocer y comprender realmente quién es Jesús de Nazaret, este ambicioso ideal sólo se logra definitivamente en el seguimiento y el compromiso con su proyecto.

Por muchos años la teología no desconoció la historicidad de Jesús, pero se le dio más importancia a su Divinidad que a su Humanidad. Y uno de los problemas fundamentales de la cristología hoy es desconocer la realidad humana e intrahistórica de Jesús de Nazaret, por cuanto en Él Dios se hace presente de una manera plena en la historia del ser humano; si no se tiene en cuenta este punto podríamos caer otra vez en una corriente de tono herético que se nombró en su momento como *docetismo*, doctrina que surgió en los inicios de la Iglesia y consistía en negar la dimensión humana de Dios, como afirma el mismo teólogo Jesús Espeja: “Se parecía a un hombre, hablaba como un hombre, se le tenía por hombre, cuando en el fondo era Dios disfrazado de hombre” (Espeja, 2002:16), y esta errónea posición quizás está presente todavía en algunos cristianos de la actualidad, fenómeno que ha desfigurado y desvirtuado el genuino rostro del Dios, de la vida de Dios manifestado en la historia humana de Jesucristo.

Por consiguiente, si queremos saber realmente cómo actúa Dios, tenemos que ver las acciones más profundas y radicales de Jesús, manifestadas en sus hechos históricos. Ante esto, Jesús Espeja afirma lúcidamente: “Cada vez más la historia de Jesús se considera

decisiva para toda reflexión teológica sobre Jesucristo; fuera de esa historia no hay garantías de verdad para la confesión creyente” (Espeja, 2002:17), y obviando esta historia desvirtuamos la esencia del mensaje de Cristo, de modo que el hombre se miraría a sí mismo como una realidad presente pero dualista, que sesgaría e inmovilizaría al hombre en su búsqueda concreta de la verdad.

Es imprescindible entonces tener claro que la investigación sobre la persona de Jesús de Nazaret conduce una vez más a tomar conciencia de la intervención gratuita de Dios en la Historia del Hombre, que propone un Reino de amor y fraternidad en un lenguaje sencillo, pero mediado de una interpretación creyente de Jesús. A todas luces, la comprensión de Jesús como un ser humano es fundamental para entender su misión en la humanidad -que es dar Vida eterna-, como afirma la Escritura: “Sí, tanto amó Dios al mundo, que entregó a su Hijo único para que todo el que cree en Él no muera, sino que tenga Vida eterna” (Jn 3,16).

Una vida eterna que ya está incoada en este mundo, puesto que empieza en nuestra historia, desmonta una concepción de la vida eterna que ha sido vista en ocasiones fuera de la historia, en una perspectiva solamente metafísica, vista a partir de la muerte, limita la verdad del hombre en esta vida y no aclara los motivos reales para jugar nuestro papel fundamental, en responsabilidad y compromiso con el otro. Es aquí donde comienza la Vida eterna, y respecto a este tema el teólogo Joseph Ratzinger (Papa emérito Benedicto XVI) afirma: “Vida eterna significa la vida misma, la vida verdadera que puede ser vivida también en este tiempo y que después ya no puede ser rebatida por la muerte física (Ratzinger, 2011:102). Esta fue la experiencia fundamental de Jesús, que vivió en esta vida

en plenitud experimentando y llevando a Dios a todos los seres humanos, convencido de que era una alternativa para todos los males que el hombre existencialmente enfrenta.

En este orden de ideas (Nolan, 1981:22) afirma que Jesús “vio una salida, o mejor aún, vio la salida hacia la Liberación y la realización total de la humanidad”. Una salida que busca encontrarle una respuesta más llevadera al sufrimiento y demás limitaciones humanas, y en las cuales Dios tiene la última palabra y una palabra de Esperanza y de Vida. Es por esto que el Dios de Jesús es el Dios de la Esperanza, y no de un simple optimismo inmanentista.

Esta Esperanza se logra en el seguimiento sincero de Cristo, y esto implica escuchar el mensaje de Jesús, pero también escuchar su llamada, y -en esta perspectiva- quien sigue a Jesús tiene igualmente que tomar su Cruz. Porque Cristo no es solamente una persona que nos estremece con su testimonio, sino que también en Él encontramos un camino. "No puede haber cristología sin Cristo en su praxis" (Moltmann, 1997: p. 44). Es por esto que la única manera de conocer realmente quién es Cristo sólo se entiende y se comprende *siguiéndolo* a él y, por supuesto, viviendo su mensaje en nuestras vidas. Desde luego tal *seguimiento* nos conduce al ineludible *compromiso* de anunciar el Evangelio de Cristo a todos los hombres, pero especialmente a los más necesitados, empobrecidos y desplazados, a gente que no cuenta para el Sistema establecido; anunciar el Evangelio significa devolverles a todos aquellos que no cuentan, su dignidad como personas, esa dignidad divina que ha sido usurpada por los que patrocinan la violencia, la injusticia y el egoísmo en el mundo.

Para Moltmann (1997), "quien empieza a andar en el camino de Cristo, ingresa en la lucha de la vida contra la muerte" (p. 44). Es por esto que seguir a Jesús implica -y esto es para todos los hombres y mujeres-, el compromiso de luchar a favor de la justicia, la libertad, la autonomía y la dignidad de todo ser humano, especialmente en aquellos lugares donde se necesita rescatar como prioridad la dignidad humana.

Por consiguiente, es importante aclarar que a partir de los paradigmas de la modernidad el mundo quiere opacar la imagen de Dios en las instituciones, que pretenden quitar al ser humano su autonomía y libertad; pero, al mismo tiempo en este contexto todavía hoy vigente, es preciso tener en cuenta que *"el objetivo primero de los filósofos ilustrados no fue directamente la negación de Dios y de la religión, sino la afirmación del ser humano muchas veces oprimido por los dioses y las imposiciones religiosas"* (Espeja, 2002: p. 59). Este fenómeno ambivalente se presenta más en unas culturas que en otras, como es el caso de la cultura española, lo cual ha conducido a algunas culturas a una reacción resentida contra todo que suene a religión. *"Por primera vez en la historia de la humanidad, mucha gente se siente capaz de vivir sin religión"* (González, 2000:82); sin embargo, las personas al mismo están necesitadas de una espiritualidad que le dé fundamento y *sentido a todo lo que hacen*.

Esta situación que se presenta de una manera más explícita en algunos países 'avanzados' de Europa y Norteamérica -y ya presente también en nuestros pueblos latinoamericanos-, gracias al fenómeno de la Globalización, se evidencia de una manera más clara en las personas jóvenes porque tienen un acceso más directo a los medios de comunicación masiva, que les aporta mucha información pero en ocasiones sin elementos

críticos. Este fenómeno permite que las secuelas de la mal asimilada modernidad sigan presentes en la conciencia de algunas personas, y los conduzca a afirmar superficialmente la negación de Dios en la historia, hecho que puede constatarse como una oportunidad para hablar de Dios, pero también como una gran amenaza o peligro, pues el ser humano no ha sabido manejar su libertad y se ha vuelto esclavo de sus propias invenciones.

En la actualidad es importante reevaluar la clase de Humanidad que están promoviendo los nuevos estudios sobre el desarrollo justo y pleno del ser humano, y qué clase de *teovisión* es la que el ser humano está presentando o atacando, con miras a reestructurar la concepción y la experiencia de Dios en un mundo cambiante, en donde ubicamos unos hombres y mujeres con situaciones diferentes y, al mismo tiempo, necesitado de un Dios cercano y presente en su quehacer cotidiano de personas.

En consecuencia, el Concilio Vaticano II ve con preocupación la manera como se está abordando el tema de Dios en la actualidad, al afirmar que los cristianos somos igualmente responsables de la falta de fe o de su mala interpretación, por lo cual nos convoca de nuevo a la reflexión profunda (a 50 años de su realización y en el marco de este Año de la Fe), afirmando que una de las causas de la desfiguración del verdadero Dios se debe a que una «exposición inadecuada de la doctrina, con los defectos de nuestra vida religiosa, moral y social, hemos velado más bien que revelado el genuino rostro de Dios y de la religión» (G.S. 19). Por lo tanto, las preguntas para nuestro mundo -por parte de los creyentes- deben ser más profundas y retadoras que sencillamente desesperanzadoras; en otras palabras, el problema de fondo es aclarar de qué Dios estamos hablando, si todavía un *'dios mecanicista'*, con una moral preceptiva, o si estamos afirmando al Dios que da vida

por medio de la misericordia y el amor manifestado en Jesús, y que está presente en la historia humana. Por consiguiente, la propuesta del teólogo dominico Jesús Espeja Pardo es procurar un acercamiento bastante interesante a la misión fundamental de Jesús de Nazaret, que es favorecer la vida, la dignidad y la felicidad de los seres humanos.

Por su parte y para corroborar la validez de nuestro enfoque, para Castillo sólo puede haber “verdadera relación con Jesús y auténtica fe donde hay *seguimiento* del mismo Jesús” (Castillo, 2005:8). Es por esto que seguir a Jesús implica un *compromiso* con todo lo que construya dignidad humana, lo cual significa comprometerse con la propuesta de Jesús:

Sólo se entiende la fe en Jesús de Nazaret si la expresamos en el seguimiento concreto y sincero de su proyecto; no podemos afirmar que creemos firmemente en Jesús si no lo expresamos con el seguimiento y el compromiso con la propuesta salvadora del reinado de Dios.

Finalmente, tanto para Castillo (2005) como para Espeja (2000), la espiritualidad cristiana se fundamenta ante todo en el *seguimiento*, que consiste en ese encuentro personal con Jesús que implica la liberación y la felicidad, que son los fines últimos a que está llamado todo ser humano. Esta propuesta responde al espíritu de Jesucristo, que es libre en su manera de pensar, actuar y expresarse con miras a la perfección humana. Todos somos pobres y necesitados espiritualmente, carentes de fe, de oración y de Dios en nuestra vida, por lo cual el Padre Espeja quiere hacernos notar que sólo quien es capaz de tener una relación íntima con Dios se libera de todas sus angustias y dolencias, y a partir de esto surgen espontáneamente las categorías del *compromiso* y el *seguimiento* cristianos.

Podríamos concluir con otro autor muy nuestro, más allá de la controversia que ha generado: “*Lo único que hay que aclarar es que ese Espíritu sea en verdad el de Jesús, y no se presuponga que ya existe institucionalizado en las estructuras eclesiales*” (Sobrino, 1982: p. 210). Efectivamente, se trata de que la experiencia de *seguimiento* de Dios manifestada en Jesús sea la de un Dios vivo, cercano, pleno de Esperanza y fortaleza para todos los hombres, pero especialmente para los pobres y marginados, y en este caso puntual, de los de Latinoamérica y el Caribe.

Es por esto de vital importancia exponer la Buena Noticia de Jesús -que siempre es Palabra de Vida-, en el mundo y en la Iglesia actual. Analógicamente, Espeja realiza una reflexión teológica basada en *la pasión por el hombre y en la compasión hacia el pobre*, desde una ‘*teoría*’ que pareciera europea, pero que se adopta y adapta de distintas maneras al contexto de los pueblos especialmente latinoamericanos; es allí donde él reconoce la realidad como lugar teológico donde se forja la salvación, y viene a ser presupuesto fundamental para cualquier teología válida, que responde al clamor de los pobres, como recuerdo viviente del Crucificado, y punto de partida, llamada y razón para la teología cristiana. En este contexto la Teología de la Liberación es, pues, una experiencia de Dios que, basada en el seguimiento de Jesucristo, descubre en el rostro del pobre el Rostro y el rastro amoroso de Dios. Por tanto es preciso tener claro cuál es “*el lugar preferencial de la Encarnación de Dios, y ese lugar no es otro que el pobre y el oprimido*” (Sobrino, 1982:215).

Conclusiones del Tercer Capítulo.

El Objetivo principal de este capítulo 3 ha sido el delinear *la vivencia y el seguimiento de Jesucristo, en el complejo contexto latinoamericano actual*, a la luz de la audaz Cristología del comprometido teólogo *Jesús Espeja Pardo, O. P.* En el intento por alcanzar este ambicioso cometido, se delimitaron los *antecedentes liberadores de Jesucristo en América Latina*, identificando las luces y las sombras del medio milenio de Evangelización latinoamericana, y reconociendo muchas falencias en el testimonio del mensaje evangélico, opacado no pocas veces como muchos lunares que han opacado la gracia del Señor. A todas luces, autores reconocidos aunque muy controvertidos como *Leonardo Boff, Jon Sobrino, José Comblin y Gustavo Gutiérrez*, pioneros de una Teología Liberadora en nuestro '*Continente de la Esperanza*', ayudan a esclarecer nuestro panorama, así como también el trabajo teológico de muchos teólogos europeos que respaldan esta válida línea latinoamericana, autores ampliamente reseñados en nuestro texto. Máxime ahora con un *Papa latinoamericano* (argentino) y con un nombre tan evangélico como *Francisco*. No obstante, es en la Sagrada Escritura -sobre todo en el Evangelio- donde más firmemente fundamentamos nuestra posición teológica, como se evidencia en este capítulo.

De ahí surgen entonces algunos *retos y desafíos* puntuales desde la Cristología de Latinoamérica y el Caribe, interpelaciones que se perciben en el contexto latinoamericano a nivel de seguimiento cristiano, propuestos en las obras de Jesús Espeja, dominico español de amplia experiencia pastoral en Cuba y otros países latinoamericanos.

Sin duda, es inaplazable *la vivencia de Jesús desde la experiencia del compromiso socio/cultural/político y económico*, como se infiere del impacto de la cristología de Jesús Espeja en el contexto latinoamericano. En efecto, se trata de cuatro ineludibles coordenadas actuales que condicionan inevitablemente *el significado de ser cristiano como seguimiento a Jesús*, según el enfoque del teólogo dominico, *marcado por el reconocimiento de su Señorío*. Esta categoría teológica del *'seguimiento'* de Jesucristo -tan recalcada en la Conferencia Episcopal Latinoamericana de Aparecida (Brasil, 2007)- se traduce concreta e históricamente en la radical aceptación de su proyecto, asumiendo a Jesús como punto de partida y de llegada en los retos de la Nueva Evangelización en América Latina y el Caribe, en su estilo evangélico de vida. Y esta llamada sólo se plenifica en una vivencia comunitaria, que conlleva un transparente compromiso y seguimiento cristiano, y por ende implica una vida digna, personal y comunitaria.

CONCLUSIONES GENERALES.

Son muchas las conclusiones que se pueden extraer de este trabajo cristológico basado en la obra del teólogo Jesús Espeja; en orden a establecer los aportes más importantes para la cristología de Latinoamérica y el Caribe, se pueden mencionar de manera especial los siguientes:

- El teólogo español, contribuye a contextualizar la temática cristológica desde las categorías de seguimiento y compromiso cristianos, aspectos que permiten delinear las contribuciones fundamentales para una nueva comprensión de lo que implica un auténtico testimonio del cristianismo hoy en Latinoamérica y el Caribe, que si bien no es un contexto ajeno a los problemas de otras regiones el mundo, invita de manera peculiar a pensar la complejidad de la experiencia de un Dios de amor, misericordioso y justo manifestado en Jesús de Nazaret a lo largo y ancho de nuestra geografía caribeña y latinoamericana. En efecto, si se puede encontrar una categoría que sea clave para entender la obra de Jesús Espeja, es justamente la de “*seguimiento*”: no se puede ser cristiano al margen de la figura histórica de Jesús de Nazaret, que murió y resucitó por nosotros, y Dios Padre le hizo Señor y Cristo (Cf. Hch 2,36). En Espeja, el ser cristiano no es simplemente una doctrina, una ética, un rito o una tradición religiosa, sino que cristiano es todo lo que dice relación con la Persona de Jesucristo. Sin él no hay cristianismo. Lo cristiano es Él mismo. Antes que nada, los cristianos son seguidores de Jesús, sus discípulos. En Antioquía, por primera vez los discípulos de Jesús fueron llamados '*cristianos*' (Hch 11,26).

- La experiencia de Dios a través de Jesucristo, que se vislumbra en la obra de Espeja, es colmada de una vitalidad humana siempre nueva y profética, la cual brinda valiosos elementos teológicos, antropológicos, culturales y psicológicos que ofrecen un matiz de esperanza y de fe para el compromiso de la Iglesia de cara al presente y al futuro de la humanidad en contraste con una religiosidad idolátrica debido a un cristianismo superficial y sincrético, combatido hoy por una civilización científicista, agnóstica y atea, que confunde sus raíces étnicas y culturales de los hombres y mujeres de nuestros pueblos, y por lo tanto desvirtúa la experiencia del Dios humanizador, salvador y liberador manifestado en Jesús de Nazaret.

- En el teólogo español, así mismo, se puede concluir que se enfatiza, el hecho del encuentro personal con el Maestro: “se comienza a ser cristiano por el encuentro personal y comunitario con Jesucristo que da nueva visión, nuevo entusiasmo y nueva fuerza para tejer la propia vida según la forma de pensar, sentir y actuar de Jesús”; este aspecto, contribuye a releer el tema del discipulado misionero, propuesto por varias de las Conferencias Generales del Episcopado Latinoamericano, de manera particular en Aparecida (Brasil) en donde el Papa Benedicto XVI, propuso ir al “encuentro personal con la persona de Jesús”, como paso inicial para el discipulado misionero, en el contexto de la gran misión continental, propuesta para Latinoamérica y el Caribe.

- De la misma manera, Jesús Espeja recuerda que la propuesta de Jesús tiene un proyecto, una misión: anunciar y realizar el Reino de Dios asumiendo a Jesús como punto de partida y de llegada en los retos de la Nueva Evangelización en América

Latina y el Caribe, en su estilo evangélico de vida. Y esta llamada sólo se plenifica en una vivencia comunitaria, que conlleva un transparente compromiso y seguimiento cristiano, y por ende implica una vida digna, personal y comunitaria. Por consiguiente, la propuesta del teólogo dominico es procurar un acercamiento bastante interesante a la misión fundamental de Jesús de Nazaret, que es favorecer la vida, la dignidad y la felicidad de los seres humanos.

- Así mismo, otra conclusión, es que para Espeja (2000), la espiritualidad cristiana se fundamenta en el tríptico seguimiento-encuentro-liberación, este último, se constituye en el elemento clave al que está llamado todo cristiano en Latinoamérica y el Caribe, especialmente la liberación de las ataduras del pecado, los signos de muerte y las estructuras injustas . Esta propuesta responde al espíritu de Jesucristo, que era libre en su manera de pensar, actuar y expresarse con miras a la perfección humana. Otra contribución importante es la profundización de la imagen de Jesús de Nazaret, con su propuesta de salvación universal, porque una de las verdades del cristianismo es que en Jesús se hace visible el rostro del Padre, un Dios que es compasivo y solidario con todos.

- Igualmente, el Fraile Dominicano español, quiere hacernos notar que sólo quien es capaz de tener una relación íntima con Dios se libera de todas sus angustias y dolencias, y a partir de esto surgen espontáneamente las categorías del compromiso y el seguimiento cristianos. Podríamos concluir con otro autor muy nuestro, más allá de la controversia que ha generado: *“Lo único que hay que aclarar es que ese Espíritu sea en verdad el de Jesús, y no se presuponga que ya existe*

institucionalizado en las estructuras eclesiales” (Sobrino, 1982:210).

Efectivamente, se trata de que la experiencia de *seguimiento* de Dios manifestada en Jesús sea la de un Dios vivo, cercano, pleno de Esperanza y fortaleza para todos los hombres, pero especialmente para los pobres y marginados, y en este caso puntual, de los de Latinoamérica y el Caribe.

- Para Espeja, es inconcebible que el continente de América Latina siga estigmatizado por los signos de muerte: muerte precoz, vida inhumana y muerte violenta: de esta situación de muerte, nace del pecado personal, estructural y social (estas dos últimas categorías fruto de la teología de América Latina), y de una auténtica idolatría: el dinero, la riqueza, Los bienes materiales se absolutizan como el Dios absoluto (Cf. Col 3,5), al que se somete todo lo demás; esto implica que ser cristiano en América Latina supone un corte radical con todo lo que sea injusticia, corrupción, opresión, violación de derechos humanos y mentira e implica una opción por una cristología de la vida, como signo anticipado del Reino de amor, paz, justicia y solidaridad que predicara Jesús de Nazaret y que sigue vigente en el seguimiento cristiano en América latina.
- Otra conclusión importante es que el compromiso y seguimiento cristiano, implica según Espeja, una vida digna, personal y comunitaria al estilo humano e intrahistórico de Jesús de Nazaret, por cuanto en Él Dios se hace presente de una manera plena en la historia del ser humano; si no se tiene en cuenta este punto se podría caer otra vez en una corriente de tono herético que se nombró en su momento como *docetismo*, doctrina que surgió en los inicios de la Iglesia y consistía en negar

la dimensión humana de Dios, como afirma el mismo teólogo Jesús Espeja: “Se parecía a un hombre, hablaba como un hombre, se le tenía por hombre, cuando en el fondo era Dios disfrazado de hombre” (Espeja, 2002: 16), y esta errónea posición quizás está presente todavía en algunos cristianos de la actualidad, fenómeno que ha desfigurado y desvirtuado el genuino rostro del Dios, de la vida de Dios manifestado en la historia humana de Jesucristo.

- Igualmente, en Espeja, la conversión es el paso de una religiosidad meramente sociológica a una fe personal; de una religiosidad meramente de conceptos y doctrina a una fe vital y existencial; de una religiosidad espiritualista a una fe integral, madura e histórica; de una religiosidad superficialmente privada a una fe pública; de una religiosidad individualista a una fe comprometida y solidaria con los sectores populares y empobrecidos.

- Por otra parte, desde J. Espeja, se deduce que es *todo el hombre* que debe ser liberado con sus potencialidades y riqueza, con sus miserias y dificultades; porque se trata de un continente que necesita ser liberado *integralmente* y que precisa del apoyo de todos. La fe -según la teología de este autor-, tiene un gran valor liberador, ya que ataca el mal en su raíz: *el pecado personal y estructural*. Pero, además la fe posee una gran fuerza inspiradora, por cuanto presenta la gran Utopía del Reino de Dios, y nos ofrece los grandes valores del Evangelio: el amor, la justicia, el perdón, la Esperanza, la libertad, la fraternidad, la cruz y la Resurrección.

- Por último, como síntesis de todo lo expresado, se podría afirmar que el seguimiento de Jesús -releído hoy desde Espeja-, en América Latina significa también luchar a favor del 'Dios de la Vida', lo que implica que la postura cristiana no puede ser meramente negativa, la lucha contra los 'dioses de la muerte' se orienta a batallar en pro del Dios de la Vida, del Dios Creador de la vida, de Jesús que ha venido para que tengamos "vida abundante" (Jn 10,10), Espíritu de Vida. De hecho, podríamos resumir todo lo dicho sobre el seguimiento de Jesús en estos diez mandamientos del 'Dios de la Vida'. Por lo tanto, esta investigación aporta elementos valiosos para establecer un diálogo riguroso entre la propuesta de Jesús y los problemas existenciales del ser humano; una indagación que clarifica y profundiza la concepción de Dios, con una debida humildad que aporte la capacidad de entender que todos con respecto a Dios, estamos de camino. Igualmente esta investigación ayuda a orientar unos criterios para que a partir del *seguimiento* de Jesús de Nazaret y el compromiso con su proyecto de vida, el hombre le encuentre sentido superior a los problemas existenciales concretos, a partir de la experiencia del Dios del amor y el perdón, pero también del compartir con el otro, especialmente con el más débil y oprimido.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS Y CIBERGRÁFICAS

Boff, L. (1977). *Jesucristo, el liberador: Ensayo de cristología crítica para nuestro tiempo*. Bogotá: Indo-American.

_____ y Sobrino, Jon. (1990) *Mysterium Liberationis* ('Summa Theologica Latinoamericana'). Madrid: Trotta. 2 Vols.

_____ (1996). *Ecología: grito de la tierra, grito de los pobres*. Madrid: Trotta.

_____ (2006) *Ecología, Política, Teología y Mística*. Recuperado de: <http://www.franciscanos.net/teolespir/ecoboff.htm>.

_____ (2007). Cristología a Partir del Nazareno. En J. M. Vigil, *Bajar de la Cruz a los Pobres. Cristología de la Liberación*. (pág. 302). ASETT.

Cervantes Gabarrón, J. (2011). *¿Hacia dónde va la religión?* Madrid: Ediciones Pax.

Castillo, J. M. (1992). *El Seguimiento de Jesús*. Salamanca: Sígueme.

_____ (2000). *El Reino de Dios por la vida y la dignidad de los seres humanos*. Bilbao: Desclée de Brouwer, 2a ed.

Consejo Episcopal Latinoamericano (2007). Documento Conclusivo. V Conferencia General. Aparecida, Brasil.

Chow, M. (2005). *Universo vecino*. Barcelona: La Liebre de Marzo.

Espeja, J. (1985). *El Hombre de "iglesia en el mundo"*. En: Medellín Volumen 34 (136) pp. 719-730.

_____ (1986). *Jesús creyente, contemplativo y la contemplación cristiana*. Madrid-Salamanca. Volumen 34 (140), pp. 843-858.

_____ (1998). *Hacia nuevos planteamientos en cristología*. En: Medellín. Volumen 34 (127), pp. 157-18.

_____. (2008). *El Dios en una cultura científica*. En: Medellín Volumen 34 (82), pp. 32-39.

_____. (2008). *La conversión pastoral como cambio de paradigmas, métodos y lenguajes*. En: Medellín. Volumen 34 (132), pp. 308-285.

_____. (2010). *Jesucristo. Una propuesta de vida*. Madrid: San Pablo (Colección Frontera).

_____. (1979) *Jesucristo palabra de libertad*.

_____. (1982). *Cristología Narrativa de E. Schillebeeckx. Ciencia Tomista 109*. Madrid: Dominicos 2009.

_____. (2004). *Evocando la Memoria de Juan Pablo II. Mística y Misión. Evocando la Memoria de Juan Pablo II. Mística y Misión* (pág. 2). Cuba: Espacio Laical.

_____. (S.F). *Jesús y América Latina. La Cristología Latinoamericana*.

Ferraro, B. (2007). *Jesús Liberador: Cristología en América Latina y el Caribe*. En J. M. Vigil, *Bajar de la Cruz a los Pobres. Cristología de la Liberación* (pág. 302). ASETT.

Floristan, C., & Tamayo, J. J. (1983). *Conceptos Fundamentales de Pastoral*. Madrid.

Galeano, A. (2007). *El conflicto de la teología católica con la modernidad*. En: Medellín Volumen 34 (82) pp. 308-285.

García Davalos, L. A. (2007). La apostolicidad de la opción por los pobres. En J. M. Vigil, *Bajar de la Cruz a los Pobres. Cristología de la Liberación* (pág. 302). ASETT.

Gesteria Garza, M. (1997). *La llamada y el Seguimiento de Jesucristo. En el Seguimiento de Cristo*. Madrid: Universidad Pontificia Comillas.

Gutiérrez G. (1989). *El Dios de la Vida*. Lima: Instituto Bartolomé de las Casas.

Gutierrez, G. (2013). *La espiritualidad de la liberación. Escritos esenciales*. . España: Sal Terrae.

Gutiérrez, G. (S.F). Seguimiento de Jesús y Opción por el Pobre. *Seguimiento de Jesús y Opción por el Pobre*, (pág. 10).

Lois Fernández, J. (1982). *Qué Significa ser cristiano como seguidor de Jesús*. Madrid: Fundación Santa María.

Mesters, Carlos; Equipo Bíblico CRB. (2000). *Seguir a Jesús: Los Evangelios*. Navarra: Editorial Verbo Divino.

Moltmann, J. (1997). *Cristo para nosotros hoy*. Madrid: Trotta.

Nolan, A. (1981). *¿Quién es este hombre? Jesús antes del cristianismo*. Cantabria: Sal Terrae.

Ospina Arias, D. F. (2011). La Moral Cristiana como Seguimiento de Jesús. *Reflexiones Teológicas*, 95-122.

Quelas, J. (2009). Belleza de Cristo Hitos para una estética cristológica en a obra de Olegario González de Cardedal. *Revista Teología*, 109-127.

Ramos Reyes M. (2009). *Cristianismo y modernidad: La propuesta de la Iglesia a la Democracia Liberal*. Recuperado de http://www.law.yale.edu/documents/pdf/Student_Organizations/SELA09_RamosReyes_PV.pdf

Ratzinger, J. (2011). *Jesús de Nazaret: Desde la Entrada en Jerusalén hasta la Resurrección*. Roma: Encuentro.

Schillebeeckx, E. (1981). *La Historia de un Viviente*. Madrid: Cristiandad.

Silva, E. (2007). La Centralidad del Reinod de Dios en la Cristología de la Liberación. En J. M. Vigil, *Bajar de la Cruz a los Pobres. Cristología de la Liberación* (pág. 302). ASETT.

Sobrino, Jon, S. J. (1991). *Jesucristo Liberador*. Madrid: Trotta.

Vigil, J. M. (S.F). *Seguir a Jesús bajo el Imperio Neoliberal en América Latina*. Nicaragua: UCA.

REFERENCIAS CON ACCESO A LA WORLD WIDE WEB (WWW):

Teología Latina. Recuperado de <http://www.geocities.com/teologialatina>

El Mensaje de la Cruz (III) Seguir al Señor. (24 de Noviembre de S.F). Obtenido de La Doctrina: <http://www.ladoctrina.org>

Tomar la Cruz y Seguir a Jesús. (2005). *Tomar la Cruz y Seguir a Jesús*.

<http://www.hallvorthington.com/getverses.php?search=Matthew%2010:38,16:24,mark8:34,10:21,luke%209:23,14:27;&version=151;>